

Arturo
Jauretche

**POLITICA Y
ECONOMIA**



Peña Lillo editor

ARTURO JAURETCHE

Política y
Economía

Proponemos haciendo



Peña Lillo editor

Primera edición: octubre de 1977
Segunda edición: octubre de 1984

I.S.B.N. 950-517-031-9

*Esta edición se terminó de imprimir
en offset, durante el mes de
Febrero de 1987
en los talleres de GRAFICA LOGOS,
ubicada en Elía 755,
Buenos Aires - Argentina*

Copyright by A. PEÑA LILLO EDITOR S.A.
Hipólito Yrigoyen 1394 - Tel. 37-0994
(1086) BUENOS AIRES - ARGENTINA

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Prohibida la reproducción total o parcial
sin la debida autorización de los editores.

IMPRESO EN LA REPUBLICA ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINE

Advertencia del editor

Entreverado sin descanso en las luchas políticas de nuestra época, Arturo Jauretche no gozó del reposo necesario para clasificar y archivar sus notas periodísticas. A él, que escribía como militante, la militancia cotidiana lo alejaba una y otra vez de sus escritos, a tal punto que no pudo dejar siquiera concluidas sus Memorias. Por eso no logró darnos en vida su anunciado libro Política y Economía y cuando se nos fue —ese triste 25 de Mayo que no en otra fecha podía morirse un argentino tan cabal— sus notas sobre asuntos económicos quedaron dispersas en publicaciones de azarosa vida donde su pluma gustaba incursionar. Don Arturo, insensible siempre a los devaneos de la gloria, apenas conservó alguna que otra de esas hojas amarillentas donde había estampado con ese estilo punzante y gráfico, tan suyo. A su muerte quedó el compromiso para sus amigos y compañeros de rescatar toda su producción e incorporarla al libro para que las generaciones venideras puedan reseñar en ellas la mejor tradición del pensamiento nacional.

La obra que ahora ofrecemos al público forma parte de este intento por resguardar toda la producción jauretcheana, en este caso artículos económicos que enseñan mucho más que la más sesuda cátedra universitaria. La mayor parte de ellos fueron publicados en el diario "Democracia" que di-

rigia el Dr. Valotta entre 17 del 5 y 2 del 7 de 1962 e iban dirigidas a impugnar la política económica del ministro Alvaro Alsogaray, en ese año de la presidencia del Dr. José Ma. Guido, después del derrocamiento de Frondizi y del insólito paso por el Ministerio de Economía de Federico Pinedo. Los dos últimos escritos que integran la III parte del libro corresponden a una publicación del periódico "Azul y Blanco" y a una charla-conferencia que Jauretche pronunció también en 1968. En ambas completa su concepción acerca de nuestros problemas económicos abordando el tema de la insoslayable reestructuración de nuestra economía al desaparecer las condiciones mundiales que habían generado esa semicolonía tan singular que recibió el nombre de "el granero del mundo".

Nos honramos así en mantener vivo el pensamiento de uno de los intelectuales más brillantes y profundos que ha tenido la Argentina en este siglo.

Ba drich

Proponemos haciendo

INTRODUCCIÓN

"ESTOS ASESORES NO SE PROPONEN CURAR
AL ENFERMO SINO MATARLO..."¹

Hace ya muchos años Haya de la Torre dijo que uno de los males de nuestra América es que los hombres de gobierno entienden de finanzas y no de economía. Y es verdad. Y saber finanzas sin saber economía es como instalar el puente sin averiguar primero por dónde pasa el río. No quiero decir con esto que el señor Ministro sepa finanzas y no economía. En mi modesta opinión no conoce ninguna de las dos, pero pulmonea porque es indiscutiblemente inteligente y guapo como para echarle la capa al toro más pintado. Es como el que compró la guitarra sin saber música, y ahí nomás se puso a cantar lo primero que improvisó:

*"Tocar no es cosa de ciencia;
"Es cosa de resolvencia.*

Por otra parte, esta especie particular de coraje no es cosa rara en el país, donde hay tipos capaces de operar su propia madre si con ello pueden hacerse pasar por cirujanos.

¹ Nota publicada en el diario Democracia el 17 de mayo de 1962.

La exposición del Ministro se puede dividir en dos partes. La más extensa se refiere a las finanzas. Y dentro de ésta, a la forma en que el Estado se va a procurar recursos para hacer frente a los pagos atrasados de sueldos y proveedores, desde la creación de nuevos impuestos a la de nuevos mecanismos destinados a resolver el problema de los acreedores del Estado provocando paralelamente el ingreso a Tesorería de los fondos provenientes de esos arbitrios. Estos no son originales porque los bonos destinados al pago de los proveedores y utilizados en el mercado de los importadores para el pago de los recargos ya estaban en marcha. El arbitrio de pagar en cuotas los atrasos de sueldos y jubilaciones, no sabemos si se vincula con el estado de Tesorería o persigue la finalidad de retardar la entrada en el mercado del consumo de las sumas adeudadas para atenuar, como lo está atenuando el atraso, el brutal impacto que sobre el costo de la vida hizo la fugaz actuación y "revólúo preventivo" de su antecesor.

En una palabra, las medidas financieras propuestas no encaran el problema económico sino exclusivamente el fiscal, y en cuanto encaran el problema económico no tienden a acelerar la capacidad compradora del mercado, que es lo que está afectando de urgencia la economía de nuestras industrias metalúrgicas livianas y textiles especialmente, sino a la inversa, a espaciar en el tiempo la demanda. Además en definitiva, la solución de fondo del problema fiscal se transfiere a nuevas medidas impositivas, como el impuesto al capital, cuya ortodoxia no es muy libre empresista y cuya eficacia depende de que grave el capital improductivo en mayor medida que el productivo, inversamente al impuesto a los réditos; con este sentido lo creo impracticable en un sistema de gobierno asentado sobre las clases rentistas de la propiedad inmobiliaria en gran parte en baja producción y vinculada

crédito, estaba en manos de esa dirección, del mismo modo que dirigir el crédito en el sentido de expansión más conveniente a los intereses generales del país, graduar los efectos de un "crack" financiero. En el sistema de competencia bancaria, en cuanto se produzca un fenómeno de crisis correrán todos a hacer efectivas las obligaciones y en esa carrera desesperada se acelerará el proceso de la crisis precipitando una sobre otra las liquidaciones de las firmas. En cambio en el sistema anterior estaba en una sola mano contener ese proceso y graduarlo hasta el momento de reinvertir la situación.

Y aquí llegamos a lo importante que es el aspecto económico. Se nos quiere presentar como problema financiero un problema económico, así como al principio de la revolución libertadora se presentó un problema financiero como problema económico.

Esta crisis que se aproxima o en la que ya estamos ha sido deliberadamente provocada. La sustitución de la economía nacional, empíricamente ensayada, con aciertos y con errores, pero que daba respaldo económico al país para superar las dificultades financieras, como había ocurrido a raíz de la sequía de 1952, la más grande que sufrió el país en este siglo, planificaba desde un principio lo que está ocurriendo ahora. Mi crítica al informe y al Plan Prebisch, que analicé en principios de 1956, en un librito que tuvo amplia circulación, anuncia con precisión estos resultados queridos por los grupos financieros y por los intereses extranjeros que gravitaban, y siguieron gravitando, y de la que una continuidad de gobiernos y ministros de Economía han sido ejecutores, consciente o inconscientemente, de malandrines, unos, y de zonzos otros. Cada uno de ellos a su vez en su orden sucesorio, ha hecho suya para su oportunidad la frase con que Prebisch pintaba lo grave de la situación.

a la política económica extranjera que ve al país como un suministrador barato de materias primas, en una estructura en que el giro es menos importante que el capital fijo.

Lo que se refiere a la novedad del redescuento bancario es un retorno por vía indirecta al sistema derogado del Banco Central con el peligro de que asome después a través de los bancos particulares otro instituto movilizador como el de la "Década Infame" porque irán al redescuento, en los bancos particulares, con preferencia y casi exclusividad los documentos emanados de las firmas consociadas que cada banco representa. Lo que se refiere a las deudas con el Instituto de Previsión es una solución plausible y eficaz para adelante, pero la verdad es que éste es un problema que hay que resolverlo, pero no actúa con carácter de urgencia desde que nadie paga ni se aflige por las sumas siderales que figuran en los balances y que ya los gerentes miran como un capítulo de ganancias y pérdidas. La libertad de la tasa del interés bancario, medida teóricamente razonable como es razonable todo lo que se ajusta con la realidad, en este caso la del interés vigente, me temo que es una medida más para hacer crecer los bancos particulares a expensas de los bancos oficiales. Éstos estarán en inferioridad de condiciones para la tasa del interés de los depósitos porque en el cobro respectivo de los intereses de su préstamo estarán limitados por la cartera de créditos de fomento, tanto a la industria como a la producción agropecuaria que no pesa sobre la cartera de los bancos particulares. Esta fue una de las razones de la nacionalización del Banco Central y hay otra que especialmente se debe tener en cuenta en momentos de peligro.

Bajo el sistema del Banco Central derogado y con el predominio de los Bancos Oficiales bajo una sola dirección y con el control de la mayoría del

Prebisch dijo: Que nuestro país "atravesara por la crisis más aguda de desarrollo económico; más que aquella que el presidente Avellaneda hubo de conjurar ahorrando sobre el hambre y la sed, y más que la del 90, y que la de hace un cuarto de siglo, en plena depresión mundial". Y cada ministro al hacerse cargo ha echado sobre las espaldas del anterior la responsabilidad de una crisis más aguda, hasta llegar a éste que afirma que estamos a las hoqueadas y que ésta es la última oportunidad. Resulta un poco incomprensible que el agonizante de 1956 haya tenido esas sucesivas agravaciones de su agonía en manos de los sucesivos doctores a tal punto que la dramática situación de entonces sería considerada paradisiaca hoy.

Esto nos lleva necesariamente a considerar que el mal no está en los médicos sino en el tratamiento. Pero yo voy a demostrar que el tratamiento no se proponía curar el enfermo sino matarlo. Y le reconozco al Ministro un mérito.

Dice que si los remedios de la libre empresa fracasaban habría que volver a la economía dirigida. ¡Por ahí cantaba Caray! Sólo que con esa fraseología de importación contribuye a confundir una cosa concreta como es la economía nacional y división internacional del trabajo y subordinación a economías extranjeras, con esa teoría que es el debate entre dirigismo y libre empresa. Pongamos pues las cosas en claro: Se trata de una cuestión entre ECONOMIA NACIONAL y ECONOMIA COLONIAL. Fue ésta la que vino a destruir aquella con los consejeros económicos y políticos que rodearon a las Fuerzas Armadas cuando tomaron el poder en 1955. Más les hubiera valido a éstas y al país que los milicos les hubiesen dicho a los consejeros: "Yo sé equivocarme solo". Porque estos asesores lograron inducir a error a las Fuerzas Armadas aprovechando las pasiones del momento y la confusión deliberadamente introducida entre libertad y liberalismo económico.

PARTE I

UNA EXPERIENCIA ECONÓMICA NACIONAL Y SU DESTRUCCIÓN¹

1. - CÓMO USARON LAS FUERZAS "VIVAS" A LAS FUERZAS ARMADAS

Si usted conoce muy relativamente la materia económica, tendrá algún contacto con el pensamiento de Raúl Prebisch. Es posible que haya leído su "Introducción a Keynes" y, muy especialmente, sus trabajos de la CEPAL, anteriores y posteriores a su actuación como asesor económico de la revolución llamada "libertadora". Fue el introductor y el organizador técnico de los mecanismos dirigistas de la Década Infame, especialmente, el control de cambios. El dirigismo tiene el sentido que le da el que dirige, y siempre hay dirigismo. Sólo que se llama dirigismo cuando dirige el Estado y libertad económica, cuando dirigen los grupos monopolistas particulares, que en los países coloniales o semicoloniales no son muy particulares, porque a su vez están dirigidos por la política del imperio predominante.

Es un hecho conocido que Prebisch estaba a punto de ser contratado para funciones parecidas por la "tiranía depuesta". ¿Es que Prebisch, como las

¹ Las notas que van a continuación fueron publicadas entre el 18 de mayo al 4 de junio de 1962 en el diario *Democracia*.

doctrinas económicas, sirve lo mismo para un bárrido o para un fregado? Ciertamente, sí, según resultó.

Pero que la "tiranía depuesta" lo contratara era completamente lógico; ella en materia monetaria podía calificarse de "keynesiana"; los organismos de defensa de la economía nacional utilizados por la misma eran los creados en su mayor parte, por Prebisch en la Década Infame. Solamente, como ya lo he dicho antes, que eran utilizados con signo nacional, invirtiendo su utilización, mientras que anteriormente, bajo la influencia pinediana, habían sido utilizados para fines antinacionales. Todo el pensamiento económico de Prebisch, expresado en la CEPAL, hasta entonces, coincidía con la política económica de la "tiranía depuesta".¹

¹ Nota del Editor: Tanto en los informes de Cepal que reproduco parcialmente Jauretche, como en su libro sobre Keynes, ya Prebisch demostraba su descreimiento acerca de las virtudes del liberalismo económico. Sin embargo, es en el último informe de CEPAL (1er. semestre 1976) donde manifiesta ya sin ambages su nueva posición y desde su cátedra de prestigioso técnico, viene a coincidir con lo manifestado tantas veces por quienes han enfocado los problemas económicos argentinos desde una óptica nacional. Reconoce ahora que en condiciones de amplia libertad económica y división internacional del trabajo, la periferia está condenada al atraso: "El desarrollo como fenómeno integral que con la industrialización se extiende mucho más allá de la producción primaria, sólo ha sido posible cuando la periferia, en sucesivas crisis de los centros (crisis o guerras mundiales) ha podido sobreponerse al juego del mercado internacional, que refleja las relaciones de poder entre aquéllos y la periferia". Y más aún, frente a los mitos pregonados por la prensa como causas del atraso (la pereza latinoamericana, las empresas estatales, etc.), este técnico de tan vasto prestigio y tan vasta experiencia sostiene ahora: "Hay tres fenómenos típicos que contribuyen a explicar el ritmo insuficiente de acumulación de capital: en todos ellos aparecen las relaciones de poder. En el consumo desmesurado de los estratos superiores, que no podría explicarse sin la desigualdad distributiva que emerge de aquéllas. En la absorción espúrea de fuerza de trabajo, en que gravita sobre todo el poder de los estratos

Expresamente dice refiriéndose a la Argentina, en su "Estudio económico de América latina", año 1949, página 96: "Las grandes reservas monetarias acumuladas en años anteriores, años de escasas importaciones, y las que se siguen acumulando por extraordinarias ventas exteriores, alientan el propósito de acelerar la industrialización del país para responder a su enorme capacidad potencial de consumo y elevar su nivel de vida. Recurrese a todos los medios para hacerlo: protección decidida, abundancia de crédito, amplia participación del Estado, facilidades para realizar fuertes importaciones de bienes de capital. Estas importaciones y muchas otras, en que se manifiesta la demanda insatisfecha de los años de guerra, no son óbice para acometer la repatriación de la deuda externa, iniciada antes del conflicto armado, con el designio de eliminar otro de los elementos de vulnerabilidad que la crisis económica de los años 30 había patentizado en la economía. Ahora es posible esa repatriación en mayor escala, al tiempo que las

intermedios. Y en los ingresos desproporcionados que extraen los centros por el juego de las relaciones de poder en el plano internacional". En buen romance, no hay desarrollo porque las oligarquías latinoamericanas se apropian de la mayor parte del ingreso y consumen desmesuradamente en artículos suntuarios, viajes al exterior, cuentas en Suiza, etc. para evitar lo cual habría que redistribuir el ingreso en favor de los sectores populares. No hay desarrollo, además, porque amplias capas de clase media son parasitarias (fenómeno de la gigantesca administración pública uruguaya o argentina, de la intermediación comercial, etc.) vicio solo superado cuando un país entra en decidido tren de crecimiento industrial. Y finalmente, no hay desarrollo porque existe el imperialismo.

En dicha publicación, Prebisch escribe: "Confieso que en mis tiempos juveniles me dejé seducir por el rigor lógico y la elegancia matemática de las teorías del equilibrio económico (clásicas y neoclásicas). Me ha costado gran esfuerzo intelectual arrojarlas por la borda para comprender mejor los fenómenos reales". Celebramos su conversión. Lástima que haya tardado tanto.

"libras bloqueadas en gran cuantía permiten realizar la vieja aspiración nacional de lograr la propiedad del sistema ferroviario".

Y si eso dijo Prebisch en 1949, vamos a ver ahora lo que dijo en 1952 ("Estudio Económico de América Latina", años 1951-52, página 39): "Anteriormente la Argentina debía tener un exceso de exportaciones para cubrir remesas de utilidades e intereses del capital extranjero: en tanto que ahora este renglón ha quedado reducido a proporciones relativamente exiguas en virtud de la readquisición de inversiones extranjeras efectuada entre los años 1945 y 48".

Si era lógico que con ese pensamiento, así expresado, el gobierno de Perón contratase al doctor Prebisch como técnico, es inexplicable que lo contratase la Revolución Libertadora, salvo que ésta pensase continuar la política económica de la "tiranía depuesta"; pero lo inadmisible es que para destruir todo intervencionismo de Estado y fundar la economía en la libre empresa, se contratase un técnico anti-libreempresista. Y que para producir un informe desfavorable a la política económica del gobierno depuesto, se contratase a quien había manifestado, como se acaba de ver, y a través de los sesudos estudios de la CEPAL, su conformidad con la misma.

Debo recordar que el trabajo de Prebisch se componía de dos partes: un INFORME sobre la situación económico-financiera, y un PLAN de acción futura.

Prebisch produjo un informe que negaba todo lo que antes había sostenido, y un Plan que es la negación de todas sus tesis para la América latina en la CEPAL, tanto las anteriores a su actuación como asesor del gobierno de la Revolución Libertadora, como las que ha producido en años sucesivos, muy suelto de cuerpo, como si el Informe y Plan los hubiera firmado Mongo.

Si el Informe y el Plan son completamente opuestos antes y después de los mismos al pensamiento de Prebisch, es necesario convenir en que los que trajeron a Prebisch sabían que Prebisch iba a producir un informe y un Plan que no tenía nada que ver con el pensamiento de Prebisch. Que Prebisch vendría al país para ponerle la firma a un Informe y un Plan que respondía a determinados intereses que se quería disimular con su reputación técnica. De esto no tuve ninguna duda desde que leí el Informe y Plan y mi crítica al mismo, editada en 1956, ya lo señala, evidenciando su incompatibilidad con el pensamiento económico del firmante. Era lógico que ya entonces intuía qué fuerzas estaban detrás de la firma alquilada, y qué se proponían. Pero muy recientemente he podido saber cómo les metieron la mula a las Fuerzas Armadas y quiénes fueron los autores.

Es el doctor Bonifacio del Carril quien nos informa en su libro titulado "Crónica Interna de la Revolución Libertadora" (edición 1959, página 131). El doctor Del Carril, acompañado del general Julio Lagos, entrevista al general Lonardi en la tarde del 22 de setiembre de 1955. Se tratan varios temas, hasta que se llega a lo económico. A Bonifacio del Carril *no le parece prudente* analizar varios puntos de vista del general Lonardi, que quedarán para después, salvo el que se refiere a la provisión del Ministerio de Relaciones Exteriores, en que objeta un candidato sospechoso de nacionalismo (hay aquí una referencia al representante especial de las revistas "Time" y "Life", cuya finalidad no esclarece el autor, pero que se entiende no está de acuerdo con ese nacionalismo, lo que pone en evidencia su criterio de política internacional, y las autoridades, fotógrafos y cagatintas, en que se apoya, siempre que sean extranjeros). Vamos a lo económico:

El general Lonardi le dice a del Carril: "Una de

"Las cosas que me preocupan es la persona que tendré que nombrar para el Ministerio de Asuntos Económicos, ¿qué han pensado ustedes?", preguntó. "Tomé la palabra, y con algunos circunloquios, no sin cierta cautela, para no contrariar al general, comencé diciendo:

"Hay en la Argentina una persona que evidentemente tiene capacidad mundialmente reconocida en estos temas y cuya opinión es necesario conocer. No sé si a usted le va a gustar el nombre —Ya sé —me interrumpió el general Lonardi, que evidentemente había conversado ya sobre el tema: —Prebisch; para eso lo llamo a Schacht. Yo no le digo que lo llame a Prebisch —le repuse— para nombrarlo ministro; nosotros para los Ministerios teníamos otros nombres, Julio Alizón García y Roberto Verrier, por ejemplo, pero creo que usted podría llamar a Prebisch para escuchar su opinión, para que estudie la situación y proponga un plan que, después el gobierno estará en libertad de seguir o no según lo resuelva. —Bueno, ya veremos" —respondió Lonardi.

Dos cosas muy claras resultan de esta conversación referida por el doctor Bonifacio del Carril: que el General Lonardi había sido ya hablado, respecto de la designación de Prebisch, pero que para Lonardi, Prebisch no era el que debía producir el plan que negara a Prebisch, sino el lógico de sus antecedentes. Esto resulta muy claro de la referencia de Schacht. De ninguna manera Lonardi creía en el Prebisch que los acontecimientos habían de revelar, negándose a sí mismo.

Pero Bonifacio del Carril sí sabía que Prebisch era el que iban a traer; cómo y para qué lo habían comprometido y tenía una visión clara de lo que se iba a hacer en el futuro, de Prebisch en adelante. Es casualidad que sacara del bolsillo el autor del plan y del informe y seguidamente, dos de los ejecutores más efectivos de la política de aniquila-

miento nacional que se iba a practicar, los ministros futuros Verrier y Alizón García?

¿Era adivino Bonifacio del Carril o era a su vez ejecutor de fuerzas poderosas que no eran militares ni políticas, que ya tenían trazado el plan económico de la Revolución Libertadora y hasta los nombres de los ministros sucesivos que ejecutarían esa política económica?

Principiemos porque personalmente del Carril no tenía gravitación y actuación revolucionaria que lo destacase y lo pusiese en primera fila. No conocía a Lonardi ni a Aramburu, ni a casi ninguno de los actores militares o navales del movimiento. Su relación es casi exclusiva con el general Lagos y ninguno de los dos tampoco tuvo una actuación inmediata en la revolución, pues cuando el Ejército de los Andes se sublevó en San Luis del Carril y su general salieron recién del sótano de la bodega Reboredo, donde estaban refugiados, incorporándose a las tropas ya triunfantes, después de desentumecerse, porque habían pasado cuarenta y ocho horas muy incómodas en un ropero. Y no lo digo peyorativamente, porque yo también he sido conspirador, y he tenido que aceptar esos repliegues, para decirlo en términos marciales. Lo que estoy diciendo, salvo la información de la bodega Reboredo, que me viene de fuente militar revolucionaria, consta en el libro que estoy comentando de Bonifacio del Carril.

Otros, además de Bonifacio del Carril, estaban en el secreto de la política económica que las Fuerzas Armadas tendrían que ejecutar. Por eso digo que mejor es equivocarse solo, pues "para semejante candil mejor es estar a oscuras". Es fácil conjeturar quiénes eran esos otros, particularmente, algunos de esos otros. Bonifacio del Carril era abogado y gestor de los Bemberg, y los Bemberg estaban detrás de la revolución. Los otros que habían hablado con Lonardi, y hecho el mismo nombre —y que estaban en el secreto de que el Prebisch que ven-

dría no tendría nada que ver con el Prebisch que creía Lonardi, que era el lógico— debían de tener la misma fuente de informes y encargos que tenía Bonifacio del Carril.

No es necesario tampoco que fuera exclusivamente Bemberg. La SOFINA (vulgo CADE o SEGBA), Bunge y Born, Dreyfus, el grupo ANSEC, y así todos los intereses afectados por una política de economía nacional que impedía el despojo del país, estaban en el asunto. Y lógicamente, los intereses imperiales de que aquellos monopolios eran expresión.

Si al árbol se lo conoce por el fruto, la destrucción de la política de economía nacional ha dado frutos para todos ellos. Yo no creo sinceramente, que ésa haya sido la finalidad perseguida por los hombres de armas que tuvieron sobre su espalda el riesgo de la revolución, pero sí en su incapacidad para comprender los planes siniestros de la banca internacional, a la que sirvieron al través de los consejeros civiles y de la que no han podido desprenderse después, porque inteligentemente esos consejeros los llevaron a una política de persecución y de odio destinada a generar el odio de los perseguidos y estabilizar la política argentina en la oposición de dos miedos, de dos revanchas rencorosas de las que no pudieron salir por razones elementales de defensa propia.

Estos consejeros sabían lo que hacían; fueron engañadores y no engañados. Y si las FF. AA. o una parte de ellas pudieron ser engañadas, fue por ausencia de una concepción de política nacional.

Bonifacio del Carril, abogado de Bemberg, conocía perfectamente la significación de Bemberg antes de ser representante de sus intereses y actuar como tal en la Revolución Libertadora. En el número 55 de "Renovación", del 19 de febrero de 1946, Bonifacio del Carril define su posición, en contra de Perón, "en apoyo de la Unión Demo-

crática, y uno de los fundamentos es el siguiente cargo, que le hace al candidato popular:

"Es falsa su campaña de recuperación económica del país, tan luego en él, que tapó la investigación de la CADE, *obligó al silencio en el proceso Bemberg*, se vendió a los capitalistas ferrocarrileros..." (Reproducido también en su libro mencionado, página 231 y siguientes).

Si el supuesto silencio sobre el proceso Bemberg hacía falsa una campaña de recuperación económica, ¿qué ocurriría cuando ella se dirigiese por los hombres indicados por el abogado y gestor de Bemberg?

2. INFLACIÓN CONTROLADA E INFLACIÓN DESBOCADA

El pretexto central del plan y el informe Prebisch y las reformas económicas sucesivas fue la inflación. Años después, sabemos a qué atenernos y el resultado de las medidas tomadas. La inflación anterior a 1955 había existido; más aún, se la había impulsado deliberadamente, pero como era deliberada no había escapado al control de los mecanismos de gobierno como ahora. En esa materia hay dos épocas bien características. La época de Miranda y la época de Gómez Morales. En la primera se la había impulsado aunque racionalmente porque era la forma lógica para crear el capitalismo nacional que desde luego, no podía provenir de una clase capitalista, me refiero a la industria, inexistente, ni tampoco del ahorro de la clase terrateniente incapaz de adecuarse a las nuevas exigencias de la realidad.

La inflación se hizo principalmente a través de la ampliación del crédito bancario, y el sistema del Banco Central creado permitía controlarla y dirigirla en el sentido de las formas de producción que se buscaban. Lógicamente, se hacía a expensas

de la clase rentista en una paulatina transferencia de capital que se iba creando por la estabilidad numérica de las deudas y la valorización de los activos adquiridos con las mismas, y la mayor rentabilidad que este aumento de capital originaba. Al mismo tiempo por la plena ocupación, la diversificación de la producción y el alza de los salarios se producía un nuevo reparto de la renta nacional que levantaba el nivel de vida de la población y contribuía a reforzar el mercado interno con mayor poder de compra.

Paralelamente, la ley de arrendamiento y el IAPI como instrumento de comercialización de la producción agraria actuaban como elementos defensores del productor rural, que al mismo tiempo encontraba en el desarrollo del mercado interno una colocación de su producto que lo resguardaba contra la excesiva vulnerabilidad de los precios de exportación.

El mismo Perón demostró tener clara conciencia de esta inflación dirigida: "Para pagar nuestra reforma hicimos, en parte, buenos negocios; pero en parte, la pagamos con la desvalorización de la moneda, lo mismo que hizo el mundo para pagar la guerra". "Suspendimos el patrón oro (Juan Perón. Conducción Política - Buenos Aires, 1952).

Pero la inflación no se había ido de la mano. Tal es así que cuando se consideró, acertadamente o no, que había que contenerla, ello fue posible.

Entramos en la etapa en que Gómez Morales dirigió el Consejo Económico. Se trata precisamente de una de las épocas más difíciles de la Historia Argentina: la sequía 1952-1953 no tenía antecedentes en lo que corre del siglo. Sin embargo, la situación se había superado y la inflación frenado. Don Bonifacio del Carril nos va a aportar aquí su opinión. En la página 38 de la Crónica Interna de la Revolución Libertadora dice refiriéndose a 1954: "El gobierno había logrado frenar la inflación...".

hecho suficientemente conocido: y en mi opinión frenado en exceso. Lo que me importa es señalar que la política de la inflación, mala o buena según el criterio de gobernante que se aplique, según se quisiera dar al país una auténtica estructura capitalista en función de su desarrollo o mantenerlo como simple granja abastecedora, era una política querida, dirigida y controlada por el propio gobierno del país. Situación completamente distinta a la actual y que comienza desde que se hicieron cargo los economistas traídos por la Revolución Libertadora en que la inflación se les escapa de la mano, se hace incontrolable, y rompe todas las posibilidades de orientar la economía.

Es que precisamente era eso lo que se buscaba. He tomado el caso de la llamada inflación como uno de los tantos ejemplos. Lo importante era destruir los mecanismos que ponían en manos del Estado la orientación de nuestra economía para trasladarla a los viejos monopolios que la habían manejado hasta 1945. Ni Bemberg, ni Bunge y Born, ni Dreyfus, ni la CADE, ni la ANSEC, ni los frigoríficos, ni las embajadas, estaban detrás de los militares o marinos, como no lo estaban detrás de los fubistas y los nacionalistas que protestaban por La California (por el curioso proyecto de La California, que un gobierno tiránico con un Congreso obsecuente, no pudo hacer pasar en un año en la Cámara). Pero estaban detrás de los abogados, de los Consejeros Económicos, ya previamente elegidos como se ha visto.

Encuentro aquí a mano una expresión de un hombre que perseguido en los últimos años del peronismo, hubo de exiliarse en el extranjero y que por lo tanto no era en el momento en que escribió esto sospechoso de simpatía hacia el gobierno caído; además católico militante, me refiero al doctor Arturo Sampay. "Pero si el gobernante es lego en economía puede ocurrir que el experto en este arte

le introduzca un programa político en sus planes técnicos, programa que entonces el estadista sigue a ciegas, convirtiéndose en gobernante gobernado sin que él mismo lo sospeche”.

Exactamente esto es lo que les pasó a las Fuerzas Armadas en su revolución de 1955.

Bonifacio del Carril dice luego, en la página 128 de la obra citada: “Tomó entonces la palabra el General Lonardi y nos dijo que él iba a gobernar el país durante el más breve tiempo posible, que no iba a hacer política de ninguna manera, y que esperaba consolidar rápidamente la situación porque lo único que le preocupaba en esos momentos era la actitud de la CGT, pero no dudaba de que sus dirigentes iban a comprender la realidad de la nueva situación creada y habrían de colaborar con el nuevo gobierno”. “Y con el apoyo de la CGT —agregó Lonardi— ya no habrá más problemas”.

Perdido el gobierno de la economía, creía tener soluciones sociales. ¡Pobre Lonardi! ¡Pobres Fuerzas Armadas! Legos en economía, el experto les había introducido un programa político para que lo siguieran a ciegas. Les había metido el perro, mejor dicho, se lo estaban metiendo en ese momento. Después manejarían sus rivalidades y sus ambiciones, y ya a caballo sobre la burra, habría que domarla.

Los militares no estaban en el asunto, no lo entendían, y fueron llevados de la nariz.

Pero los técnicos sí lo sabían. Ese mismo Verrier, y Alizón García, ya preparados desde las empresas para ministros, son hombres normalmente inteligentes, como Alsogaray o como Cueto Rúa. Quiero decir que no son retardados mentales, que no son pensionistas de un Cottolengo, sino hombres que en su capacidad están por arriba o en el nivel normal de la inteligencia corriente, y por sus estudios, por equivocadas que sean sus orientaciones, algo conocen de la materia.

Lo mismo Prebisch que Alemann. No están en el caso de un ganadero o de un rentista, o de un coronel, a quienes les han pintado como la época de oro del país el Centenario de 1910. Por reaccionarios que sean saben que no se puede retrotraer la economía a condiciones perimidas y que los veinte millones de argentinos, tan llevados y traídos en estos últimos años, no caben en los cuadros de la economía del Centenario.

Pero puede que no lo sepan, porque mirando hacia afuera lo único que desconocen es su propio país.

Pero lo de afuera lo conocen. ¿Es posible que firmaran los acuerdos del Club de París, que destruyeran los tratados bilaterales, que los saldos deudores en cuenta corriente los convirtieran en líquidos, y que nos metieran en el multilateralismo, sabiendo que nosotros renunciábamos al bilateralismo, justamente en el momento en que los países posibles compradores constituían mercados comunes o tratados bilaterales? No podían ignorar eso porque lo sabían los profanos, porque era una realidad en marcha.

Todos los técnicos sucesivos han tenido plena conciencia de que desarmaban al país y que lo engañaban cuando le prometían el paraíso imposible de 1910 y un mercado comprador en el exterior que ellos tenían que saber, era cada vez más reducido, en la línea tradicional, única en que admitían comerciar.

Honradez, fue la del ex ministro Alberto Hueyo, que planteó el problema de nuestra reestructuración económica en términos claros y crueles. Él sí proponía volver totalmente a la economía agraria. Pero principiaba por aceptar que el mercado internacional no era el mismo de la soñada época de oro y terminaba por convenir que para una Argentina de ese tipo sobraba la mitad de la población, que tenía que emigrar. Así crudamente lo dijo. Como ex-

presión de la vieja clase oligárquica buscaba una solución cruel pero no mentía. Los demás mentían todos. Y además no querían que llegase a conocimiento de las Fuerzas Armadas, la política económica que se estaba tramando.

El señor Prebisch hizo la farsa de un debate con la triste comedia de una mesa redonda amañada en la Facultad de Ciencias Económicas. En ese momento dirigía el diario "El Líder", intervenido, un marino de buena fe, el Teniente de Fragata Tettamanti, que creía en la libertad de prensa. Por intermedio de sus columnas propuse que el plan y el informe fueran discutidos públicamente y que dado los intereses en juego los grandes diarios ofrecieran sus columnas para el debate, sereno y orgánico y no para el tumulto de las mesas redondas. Los que verdaderamente tenían la responsabilidad del gobierno podrían así formarse opinión.

Prebisch no contestó. Y como Prebisch no aceptó la polémica, conmigo o con cualquier otro, porque yo no la pedía para mí, Tettamanti me dio las columnas de "El Líder" para la impugnación del informe y el plan.

Me dijo: "Seguramente Prebisch contestará después". La contestación fue que a la segunda publicación, Tettamanti se vio obligado a negarme el espacio.

Pocos días después fui a la imprenta de "Argentinisches Tageblatt"; que es propiedad de uno de los Ministros que se han sucedido, el doctor Alemann. Casi siempre he impreso allí mis publicaciones, pero esta vez el regente, me dijo que por tratarse del tema que se trataba tenía que consultar al doctor Alemann. Pasaron varios días sin obtener contestación y al fin me contestaron que el doctor Alemann había ordenado que no se imprimiera en esa imprenta.

El doctor Alemann leyó el trabajo y tuvo interés en que no se publicara. Salió en otra y sus 40.000

ejemplares circularon rápidamente porque yo ya estaba prevenido y los distribuí rápidamente. El secuestro vino en seguida para alcanzó sólo una pequeña parte de la edición. El único que lo conocía con anticipación era Alemann.

La Revolución había venido a restaurar la libertad de prensa, pero no la hubo, para que los responsables de la conducción del país no se enteraran del callejón adonde los metían los técnicos. Yo no tengo un prestigio internacional como el doctor Prebisch, ni soy un experto en economía como parecen serlo todos estos personajes que han manejado la economía del país y la siguen manejando. ¿Qué mella podían hacerles mis argumentaciones? Ninguna, si sus tesis fueran relativamente acertadas. Pero todos estaban en el secreto de que les habían metido el perro a las FF. AA. y lo importante era que no ladrara.

3. "BAJO EL PRETEXTO DE UNA CRISIS ECONÓMICA SIN PRECEDENTES ESTÁ POR CONSUMARSE LA GRAN ESTAFA A LOS INTERESES DE LA NACIONALIDAD"

En 1956, en el momento en que el gobierno revolucionario publicaba el "informe" y el "Plan Prebisch", y en que toneladas y toneladas de papel impreso, radios y todos los medios de comunicación levantaban el estruendo formidable de la agitación posrevolucionaria, yo simplemente me propuse al publicar "El plan Prebisch, retorno al coloniaje", hacerles llegar a los nacionales un análisis sereno y mesurado de la situación para que se viera cómo se la falseaba.

Lo dije entonces, y lo reitero: *bajo el falso pretexto de una crisis económica sin precedentes, está por consumarse la gran estafa a los intereses de las aspiraciones de la nacionalidad.* En realidad, se trataba de dificultades financieras que día a día se

superaban mejorando la situación, pero el país marchaba con paso firme en materia económica. No me interesa en estos momentos analizar el aspecto político ni si los revolucionarios tenían razón o no del punto de vista del libre juego de las instituciones, y aun del punto de vista de la moral.

Ese es otro asunto que habría que analizarlo si no fuera que la cuestión económica fue el objeto fundamental de la revolución, con seguridad que no en sus verdaderos combatientes pero sí en sus consejeros y asesores civiles. Y si ése no fue el objeto, fue el resultado que es lo mismo.

Deliberadamente se magnificaron las dificultades. Deliberadamente se hizo una pintura siniestra de la situación. Y el objeto no era desacreditar a Perón, ni a sus ministros, ni a su partido, ni siquiera a los negociantes que pudieron haberse enriquecido durante su gobierno. El objeto era desprestigiar, hundir para siempre el primer ensayo de economía nacional que se hacía en el país.

Se hablaba de los negocios del IAPI, pero no era para desprestigiar a los que negociaron con el IAPI, sino para imposibilitar la existencia de instituciones como el IAPI, de defensa de la producción nacional. Se falseaba el resultado de los tratados bilaterales para destruir tan preciosas armas que nos liberaban de los compradores monopolistas; se desprestigiaba la política de control de cambios con el pretexto de las preferencias de algunos negociantes, para facilitar nuestro endeudamiento, la dilapidación y la incontrolable evasión de las divisas. Se desacreditaba al Banco Central para quitarle a la colectividad la dirección de la economía y trasladarla a los grupos financieros tradicionales y a los organismos internacionales encargados de asegurar las dependencias coloniales; se devaluaba la moneda, pero no para insuflar el sector activo de la población y redistribuir la renta sino para que perdido todo control se malvendiese en el exterior la producción ar-

gentina cada vez a precio divisa más bajo, y para que la aparente alza de valor interno de la mercadería exportada crease una simulada prosperidad circunstancial en el agro, privado de sus instrumentos de defensa, con la finalidad de que los exportadores absorbieran los nuevos márgenes que circunstancialmente se transferían a los productores rurales.

Cada una de las falsas apreciaciones del plan fue ajustada a la realidad y desmentida en esa oportunidad.

Ahora no hace falta. Durante años, mientras la catástrofe de la indefensión nacional se precipitaba, se siguió "echándole la culpa al "finado". Pero eso no fue posible porque la gente se reía.

Ya los últimos ministros han tenido que renunciar públicamente al "chivo emisario". Ahora el que viene le echa la culpa al anterior y así sucesivamente. Y cuando alguno ha tenido dos turnos en esta época, como Alsogaray, trata apenas de salvar las responsabilidades del propio. Pero nadie dice la verdad, todos ocultan que la base de este desastre está en el abandono de la política nacional y su sustitución por las teorías internacionales que profesaron los sucesivos consejeros y ministros, agentes del interés internacional, o mentecatos que repiten los lugares comunes de la cátedra y contratan, con curiosas siglas especializadas para el caso, profesores y más profesores que vienen con sus recetas y sus enseñanzas que son desde luego las enseñanzas que convienen a los países que representan.

Todo lo que está ocurriendo, lo anuncié en ese librito de 1956. ¡Dios sabe cómo hubiera querido equivocarme y no ser la acertada Casandra de este desastre! Voy a transcribir el epílogo del mismo que lleva el título "¿Hacia dónde vamos?" y que ahora podría titular "Adónde estamos llegando".

"El Plan Prebisch significará la transferencia "de una parte sustancial de nuestras riquezas y de "nuestras rentas hacia las tierras de ultramar. Los

"argentinos reduciremos el consumo, en virtud de
"la elevación del costo de la vida y del auge de
"la desocupación. De esta manera, no sólo aumen-
"tarán nuestros saldos exportables, sino que serán
"más baratos, lo que será aprovechado por el con-
"sumidor inglés que ensanchará su cinturón a me-
"dida que nosotros lo vayamos achicando.

"La mayor parte de nuestra industria, que
"se sustentaba en el fuerte poder de compra de
"las masas populares, no tardará en entrar en li-
"quidación. Será el momento de la crisis delibera-
"da y conscientemente provocada.

"Los productores agrarios, que en un momento
"verán mejorar su situación, no tardarán en caer
"en las ávidas fauces de los intermediarios y de los
"consorcios de exportación, que muy pronto ab-
"sorberán los beneficios de los nuevos precios ofi-
"ciales. Para ese tiempo no existirá el IAPI ni ha-
"brá defensa posible.

"Exportaremos más, pero percibiremos menos
"por esas exportaciones en razón de la caída de
"nuestros precios, como efecto directo de la re-
"forma cambiaria. Luego, a medida que se destru-
"ya el sistema de comercio bilateral y entremos en
"la zona de la libra esterlina, tendremos que co-
"menzar a ceder a la presión del «único compra-
"dor». Llegado ese momento no habrá más remedio
"que aceptar sus imposiciones, porque estará ce-
"rrada toda otra posibilidad.

"Mientras tanto nos iremos hipotecando con el
"fin de permitir que falsos inversores de capital
"puedan remitir sus beneficios al exterior.

"Y como nuestra balanza de pagos será defici-
"taria, en razón de la caída de nuestros precios y
"de la carga de remesas al exterior, no habrá en-
"tonces más remedio que contraer nuevas deudas
"o hipotecar definitivamente nuestro porvenir.

"Poco a poco se irá reconstruyendo el estatuto
"del coloniaje, reduciendo nuestro pueblo a la mi-

"sería, frustrando las grandes ideas nacionales y
"humillándonos en la condición de país satélite...

"Bajo el falso pretexto de una crisis económica
"sin precedentes, está por consumarse la gran es-
"tufa a los intereses y a las aspiraciones de la na-
"cionalidad. Quienes en este momento ejercen el
"poder y tienen fuerza para convertir en ley sus
"decisiones, deben asumir la tremenda responsabi-
"lidad de la política económica. Todo lo demás es
"pura bambolla hecha ex profeso para distraer la
"atención y disimular la estafa. En la reforma eco-
"nómica está el secreto de nuestro porvenir libre
"o esclavo, del bienestar o de las penurias de los
"argentinos y del juicio definitivo que la historia
"formulará sobre los hombres y sobre las institu-
"ciones que asumieron la responsabilidad de man-
"dar en esta tierra".

Había muchos argentinos que lo sabían como yo.
Y lo sabían los cipayos y vendepatrias que actuaban
como consejeros y como expertos. Porque todo esto
ahora no hace falta demostrarlo, pues todas estas
desgraciadas advertencias se han confirmado; pero
es bueno que los hombres de armas sepan que no
son el producto del error o de la casualidad. Un
grupo numeroso de ellos habrá hecho la revolución
por motivos morales y políticos, pero ellos han sido
utilizados por los que tenían motivos antinacionales
que cumplir. Y los han logrado.

Para eso fue necesario desarmar toda la estruc-
tura del ejército, desmontar totalmente su pensa-
miento nacional y subvertir el orden lógico del ra-
zonamiento marcial, anteponiendo lo jurídico-políti-
co a lo nacional.

Porque quiero imaginar que ese orden natural
no hubiera sido perturbado y que las Fuerzas Ar-
madas hubieran tenido en ese momento la clara
concepción de una política nacional. Podía haberse
desalojado a todo el partido gobernante, pero no
desaprovechado la más rica experiencia de política

económica nacional que el país había hecho para analizar sus aciertos y sus errores, sus virtudes y sus peculados. El último ministro de Economía del régimen depuesto era el doctor Gómez Morales. Lo mandaron a Ushuaia. ¿Por qué, ya que lo tenían preso, no lo pusieron con una cadena al lado de las mesas de las decisiones para analizar la política económica que se impugnaba junto con sus impugnadores, apreciar sus aciertos y sus errores, cotejar el pro y el contra?

La mayoría de los hombres que tomaron el poder con las armas en la mano había profesado esa doctrina nacional que ahora se impugnaba; se levantaron contra ella en la medida en que se desnaturalizó haciéndose doctrina de un partido o de una facción. Pero es inexplicable que confundieran lo político circunstancial con lo político permanente. ¿Cómo se dejaron arrebatar por la propaganda organizada por la superestructura cultural del coloniaje? ¿Cómo fue posible que convirtieran una revolución contra Perón en una revolución contra el país?

Porque ése es el problema. Han sido llevados de la nariz por los asesores y por los técnicos, por las propagandas interesadas. Y ahí están los resultados. Es inútil que le busquen la vuelta con planes políticos, con remiendos financieros. Ya tienen conciencia de ello aunque no lo dicen. No hace falta argumentar. Ahí está la realidad, ahí está el fracaso de la Nación en carne viva. Y ahí está el fracaso de los falsos magos de la técnica.

El remedio sin embargo, no es difícil. No está en el peronismo ni en el antiperonismo. Está en pasar por encima de las designaciones circunstanciales y plantearse los problemas nacionales como problemas nacionales. ¿Cuál es el camino para hacer de ésta una Nación fuerte, próspera y feliz?

La respuesta la tienen todos en los labios: Hay que vencer el miedo y los prejuicios. Y eso se vence

pensando en términos nacionales, únicos admisibles en la estructura mental de las Fuerzas Armadas.

Porque todos nuestros problemas no se resuelven con tecnicismos. La cuestión es saber qué ruta elegimos. La de la Nación o la del coloniaje, la de la grandeza o la de la dependencia. A cada una le corresponde una técnica pero ninguna sirve si el camino es equivocado.

4. - LOS QUE PIDEN AL EXTRANJERO EL DESARROLLO CAPITALISTA, SON ANTI-CAPITALISTAS EN EL PAÍS

En 1945 en el país se había producido una gran revolución. Era una revolución pacífica que había empezado en la primera guerra y traído en sus primeros avances el radicalismo al gobierno; que había retrocedido después de 1930 con el Estatuto Legal del Coloniaje y la tentativa de restaurar una economía y una estructura social de principios de siglo y que de nuevo se ponía en marcha con las condiciones creadas de 1939 en adelante con la última gran guerra.

El país estático, detenido en su desarrollo, en el lecho de Procusto que le habían impuesto las directivas económicas de la política inglesa, al relajarse ésta, irrumpía bruscamente en las formas capitalistas de producción. Ésta se diversificaba, creaba trabajo y ocupación, daba las condiciones para el desarrollo del movimiento obrero, hacía surgir una nueva clase de empresarios y absorbía las enormes masas de desocupados que vegetaban miserablemente en los pueblos de campaña esperando el trabajo estacional de las cosechas. El país dejaba de ser exclusivamente agrario y entraba a vivir para sí y para sí mismo. El nuevo hecho económico y social de la entrada de la Argentina en el capitalismo cambiaba por completo los esquemas políticos y los partidos que no lo habían entendido dejaban

de representar la realidad porque se habían quedado al margen de la historia.

Las Fuerzas Armadas, que tenían entonces una evidente vocación nacional, lo comprendieron y de ellas surgió el hombre que había de acaudillar el nuevo movimiento. Perón no inventó nada. Simplemente se puso a la cabeza de un hecho que ya estaba en marcha. Perón no inventó el peronismo. El peronismo lo inventaron los antiperonistas que dejaron vacante la representación de ese nuevo país, producto de las circunstancias históricas, y que no tuvo cauce en los viejos partidos políticos. Políticos e intelectuales se empeñaron en ver en el nuevo hecho expresiones puramente políticas; como ellos eran la democracia, lo otro era el nazismo, el falangismo o para decirlo más pintorescamente el nipo-nazi-falangí-peronismo. Partidos que habían perdido su contenido social y económico porque habían confundido lo político, forma, con la sustancia, era lógico que no comprendieran el contenido social y económico de los que se les oponían.

Pero si no lo comprendían era porque no comprendían el país que tenían delante. Se les había atrasado el reloj de la historia. Es una cosa que pasa frecuentemente en política, como en los gimnasios. Se va a éstos para adecuar el músculo a las necesidades del hombre y termina por adecuarse el hombre a las necesidades del músculo. La política, que es simplemente un medio, se les había convertido en fin, y era además una simple técnica electoral que daba resultados por sí misma sin tener en cuenta en qué medio y circunstancia funcionaba, y qué objetivos perseguía.

Perón les llevaba la ventaja de que no tenía esa deformación profesional, y esto le permitió percibir la demanda nacional y popular que surgía del nuevo momento histórico.

Salíamos de las formas primarias del agrarismo y entrábamos en una economía industrial de tono

capitalista. Los peones estaban ascendiendo a obreros, los artesanos a industriales y los bolicheros a comerciantes. La Argentina se estaba desarrollando y esto significaba una profunda transformación social que buscaba su conductor político. Lo vio, se puso a la cabeza y venció.

Y porque vio, y en cuanto lo vio, la naturaleza del proceso, realizó la política económica que el proceso demandaba. El desarrollo de una nueva economía que necesariamente era nacional porque venía creada por la realidad y que se sustentaba sobre la aparición de una nueva clase empresaria y una clase obrera cuyas existencias se demandaban recíprocamente. Así la ejecución en el gobierno les pareció a unos socialista, en cuanto se apoyó en lo sindical, y a otros capitalista en cuanto apoyó a los nuevos empresarios que generalmente no estuvieron a la recíproca. En realidad se trataba simplemente de cumplir una etapa capitalista que en el país había venido siendo postergada por la política inglesa, dominante hasta entonces. Pero la marcha hacia el capitalismo se cumplía en el siglo y en un país que para realizarla necesitaba romper viejos lazos de dominación establecidos sobre él. Por tal razón, el desarrollo capitalista tomaba las formas imprescindibles de un movimiento nacionalista mientras el desarrollo obrero alteraba la estructura social de la sociedad de patrones y peones que había privado hasta entonces.

Incomprensión de la inteligencia colonial

Estos elementos característicos de un país colonial que entra en el capitalismo, facilitaban la incomprensión del proceso por parte de una inteligencia colonial incapacitada para percibir el hecho propio en cuanto no era la reproducción de los movimientos políticos de los países metropolitanos, que era lo único que conocían.

Sólo así es posible la curiosa paradoja de que los defensores del capitalismo hayan desconocido la etapa capitalista nacional cuando ésta se puso en marcha. Son los que ahora le están pidiendo al extranjero la promoción del capitalismo entre nosotros, después de haber obstaculizado y casi haber impedido su desarrollo, o es, como lo he dicho en otra oportunidad, que quieren el capitalismo sin las implicaciones sociales del capitalismo. No comprenden que el gremialismo y el poder político de las masas obreras son inseparables del desarrollo que postulan. Quieren el capitalismo en la estructura social de la estancia; quieren la tecnificación y el obrero capacitado, pero lo quieren en patas y sin salario digno; quieren un mercado amplio para sus productos, pero no se resignan a retribuir el trabajo de modo que el mercado tenga poder de compra. El chanco, los veinte y la máquina de hacer chorizos, en una palabra.

Esta Argentina que se puso en marcha hacia el desarrollo, mucho antes que hablaran de desarrollo sus actuales teóricos, es a pesar de todas las represiones y a pesar de la sistemática tentativa para destruirla, la Argentina que tienen por delante. Los planes no funcionan porque se divide el país en peronistas y antiperonistas obligándolo a encuadrarse dentro de estas dos definiciones. Ese es el error de 1955 y sigue siendo el error de hoy: en lugar de mirar la realidad y aceptarla como es, se la quiere constreñir. Y queriendo impedir el acceso de la Argentina peronista la hacen cada vez más peronista, simplemente porque el esquema antiperonista en que la quieren encerrar no es argentino ni corresponde a la realidad. Es un esquema viejo que ya fue superado en 1945, razón por la cual los partidos se quedaron en babia. Sirven los planes de colonización del país con sus políticas económicas y con la consecuencia social y económica de su aplicación al intentar volver atrás el país, refuerzan

políticamente al sector que fatalmente representa la esperanza de marchar adelante. El prestigio político del peronismo se nutre de la estupidez económica y social del antiperonismo. Y todos los planes conducen a empujar cada vez más al país real hacia el peronismo.

Y el único plan posible es precisamente pasar adelante, encabezar la marcha nacional y social de la Argentina como en su hora lo hizo Perón.

5. - TODA UNA GRAN NACIÓN APARECE "APICHONADA"

Ya he dicho que el desarrollo capitalista argentino, con la expansión de la industria, el alza del nivel de vida, la creación del mercado interno, el desarrollo sindical, la plena ocupación, no fue un invento de Perón. Fue un producto de las circunstancias históricas postergadas por la política inglesa en alianza con la oligarquía, de que el país se había zafado en parte con la Primera Guerra y cuya expresión política fue el triunfo del radicalismo. Después de 1930 Inglaterra, en alianza con la oligarquía ganadera, intentó con la economía dirigida, de los liberales de ahora, restablecer el país como su granja abastecedora, por el "Estatuto Legal del Coloniaje". Pero el país no había crecido en vano, y a pesar de todo, la nueva realidad siguió marchando, a tropezones, pero marchando, y la guerra de 1939 aceleró el proceso. Tanto lo aceleró que el último presidente de la Década Infame, que por sorpresa no era un vendepatria sino un catamarqueño honrado, empezó a comprender el hecho (política internacional, Banco Industrial, Flota del Estado, etc.), con las limitaciones que le imponía su origen.

Los conservadores no quisieron aceptar el hecho nuevo. Pero lo increíble es que no lo comprendían los partidos llamados "populares"; los socialis-

tas, que se creían los campeones del sindicalismo, cuando éste deja de ser cosa de gringos, se aliaron con los conservadores en lo social, como se habían aliado antes en lo político, y los radicales pierden de vista su línea histórica, porque ven simplemente un problema político, en un proceso que integraba lo económico y lo social del país.

Perón ocupa la vacante que éstos dejan. Genio o inepto, capaz o incapaz, vio la realidad que los otros no veían. Tal vez esto no dé la medida de la capacidad de Perón, pero sí la medida de la ineptitud de sus adversarios.

Porque téngase presente que los partidos populares teóricamente sostenían las mismas tesis sociales y económicas que vino a sostener el peronismo. No se puede acusar a los conservadores de ineptitud, porque ellos en principio se oponían al desarrollo y al avance del país, y estuvieron en una posición lógica en la "Unidad Democrática", como expresión de los intereses que querían mantener la condición colonial y miserable de la República Argentina. En todo caso serán cipayos, pero no ineptos; por el contrario, cipayos eficientes. Pero socialistas y radicales habían pedido lo mismo que se estaba realizando, y cuando eso se ponía en marcha lo desconocían y lo contrariaban. ¿Por qué? Porque vieron un proceso político, ideológico, intelectual, lo que se quiera, que se les escapaba de las manos, y se les escapaba de las manos porque no lo veían en su dimensión social, económica e histórica. Un caso clavado de ineptitud. Estaban detenidos en el tiempo, y queriendo ser la historia se convertían en la antihistoria.

*Abuelos en 1945,
tatarabuelos en 1955*

Diez años después, vuelven al poder, y son los consejeros de las Fuerzas Armadas. Si eran viejos

como abuelos en 1945, ya eran tatarabuelos en 1955. Aconsejaron y orientaron con soluciones que correspondían a un país inexistente. El país existente por debajo de las estructuras de gobierno, siguió siendo, y su efecto político sólo podía ser inesperado para los que no ven la realidad. En el momento de la máxima debilidad del movimiento político peronista, crearon las condiciones para que éste resurgiera, al querer obligar al país a entrar por el callejón sin salida donde lo ha colocado la falta de visión histórica de estos consejeros, y la pérdida de la noción de grandeza y de destino que han puesto a su servicio las Fuerzas Armadas.

Tal vez estoy redundando en algo que ya he dicho antes. Alguno me observará que recaigo constantemente en la historia, así sea de hechos relativamente recientes. Insisto, sin embargo, en la necesidad de actualizar constantemente el pasado, para aprender con sus experiencias. Algunas veces dudo de que sea eficaz, con esa especie de fatalismo que refleja el viejo guitarrero de mi poema gauchesco "El Paso de los Libres":

*"Les he dicho todo esto
pero pienso que pa' nada,
porque a la gente azonzada
no la curan los consejos:
cuando muere el zonzo viejo
queda la zonza preñada".*

Sin embargo, no es así. Hasta los viejos partidos empiezan a comprender que el hecho político tiene que asentarse sobre el país real y no sobre las abstracciones ideológicas, más o menos democráticas o totalitarias.

Frente a la tentativa de prescindir del mismo, frente a este dibujar mapas en el agua de los planes políticos, pueriles, que tenemos por delante, ya nadie quiere complicarse. La última ficción ha sido

destruida; carente de piernas, caminaba sobre la panza como los reptiles, pero también ahora ha dejado de caminar. Hay que salir al encuentro del país real, de sus fuerzas positivas, de su economía social, y ofrecer soluciones para la realidad.

Las últimas elecciones, que tampoco la reflejan totalmente, mostraron una mayoría y una minoría que representa las tres cuartas partes del país enfrentada al esquema económico y social de la oligarquía ganadera y los técnicos del fracaso.

El Ejército está quedando solo, y no sólo políticamente. Los industriales, con retardo, ya comprenden adónde se los lleva y los verdaderos productores rurales, no los rentistas de la tierra o los intermediarios de los frigoríficos, saben que su suerte está ligada al desarrollo nacional, al mercado interno, y que el desarrollo nacional es necesariamente social. La central obrera se robustece en poder y en unidad, y da la medida de ese robustecimiento con la prevalencia de una técnica de dirección profunda y seria, que no se deja arrastrar por los acontecimientos. Una parte de la Iglesia se lava las manos, mientras la más dinámica se expresa en el país real, y los partidos Demócratas Cristianos, de los que pudiera inducirse su orientación política, se enfrentan totalmente al poder que manda. A su vez, un gobierno proveniente de las Fuerzas Armadas articula una política internacional de sumisión, como si quisiera compensar en los repliegues de la soberanía su falta de occidentalismo práctico, al impedir el desarrollo interno que es la única base de sustentación de Occidente.

Las condiciones son las de 1943. Nada sostiene, ni siquiera la ficción, al poder que manda, y de tal modo, son las Fuerzas Armadas exclusivamente las que gobiernan, frente al país real, unificado en una posición negativa. Pero las Fuerzas Armadas, contenidas por el rencor, o por el miedo de los fracasados al país real, se empeñan en ver sólo la

afirmativa de peronismo y antiperonismo, que es la bandera con que se sostienen los cipayos y vendepatrias que las orientan económicamente. No comprenden que si la alternativa rige para ellas, rige también para el país real. ¿Qué esperan? ¿Que también se haga real el ataque hecho a Balbín por los gorilas: Balbín y Perón, un solo corazón?

Me da la sensación de gente que ha firmado un pagaré a la vista, que no sabe cuándo se presentará al cobro. Y así ocurre que es mucho más cómoda la situación del perseguido, que tiene el pagaré, que la del perseguidor que vive en la incertidumbre de cuándo se vencerá.

Pero ésa no es la alternativa real de las Fuerzas Armadas, si actúan como nacionales y no como facciosas. La falta de nación es lo que crea esta alternativa.

Si salen a buscarla, encontrarán la Nación. Hay que jugar al futuro y no al pasado. Pero hay que jugar grande. Como juegan los ejércitos cuando son tales. Porque ahora están solitos con unos cuantos civilacos cipayos que son los que dan las cartas...

6.- LAS FUERZAS ARMADAS ESTÁN SOLITAS Y MAL ACOMPAÑADAS

Solitas. Sí, solitas con unos cuantos cipayos que dan las cartas, se están quedando las Fuerzas Armadas. Los tienen ahí a mano a Sanmartino, a Mathov, a Rojas, a Adrogué y a Calabrese, que tolean, tolean... Es una escena de matadero de pueblo ésta de un congreso linfático, a quien le hacen cirugía, para impedir una transfusión de sangre nueva. Digo mal cirugía: hibernización. Algunos miembros del mismo, que se dan cuenta de que del sueño no va a despertar —es un receso sin receso—, ladran ayudando. Tal vez consigan una achura. Y aunque no consigan nada, como carecen de toda capacidad constructiva, son hijos del barullo, y buscan el barullo siempre. Nadie los ha co-

nocido en otra tarea que no sea la del escándalo, y el naipe no les da para más que para ladrar.

A este propósito, recuerdo una anécdota parlamentaria.

Romeo David Saccone era un inteligente y vivaz diputado radical, que se había acostumbrado a las interrupciones, cuya técnica dominaba. Un día el viejo Repetto le gritó: "¡Parásito parlamentario!". Y explicando, agregó que el diputado Saccone, con sus ágiles intervenciones, se introducía en los grandes discursos parlamentarios, pasando, prendido del trabajo de los otros, a la historia registrada en el Diario de Sesiones. En política también hay parásitos del caos, que aman el desorden por el desorden mismo, y hacen del odio un negocio político que les da espectacularidad. Aman las ruinas, como las víboras y las lagartijas, y les incomoda la construcción porque los albañiles y el movimiento de materiales los excluye de las mismas. Pero estos cuzcos de matadero, estos parásitos del desorden no tienen importancia, en el tema que estoy tratando. Las Fuerzas Armadas los desprecian y no los toman en cuenta. Tampoco quienes arreglan a los cipayos, porque trabajan gratis, por el solo precio de la espectacularidad, y tampoco sirven para crear el orden que los amos extranjeros quieren. La clase social de carniceros del país, a quien ayudan en el matadero, los desprecia, por "gringuitos", no porque sea muy exigente en la materia, sino porque les ve el apuro de entreverarse. Y si hay algún "niño bien" entre ellos, es uno venido a menos. Algún empobrecido, con psicología de "declassé". Y éstos odian a sus compañeros de clase porque están más arriba, y a los pobres, porque es lo que les queda de "niño bien", y a los que triunfan y vienen de abajo, porque suben mientras ellos bajan. Les pica todo el cuerpo, pero no creen que es el prurito; creen que es la camiseta, y ninguna les viene bien.

Pero la verdad es que nadie les lleva el apunte, y que les he dedicado demasiado espacio. Tal vez era necesario, para deslindar los campos, y no confundir nuestros males sociales y políticos con las enfermedades particulares de algunos sujetos, que los hay, en todos los partidos y en todos los movimientos, entre los radicales, entre los conservadores, entre los peronistas...

El problema son los que dan las cartas.

Aparentemente, en este momento los que dan las cartas son los mandos militares. Lo que dice el ministro de Relaciones Exteriores necesita, para tener alguna fuerza, que lo avale el ministro de Aeronáutica, como ha ocurrido. Lo que dice el ministro del Interior, cuando no dice que no sabe, que es lo habitual, no tiene ninguna importancia si después no lo confirma o lo modifica la reunión de los ministros de las Fuerzas Armadas, y los planes económicos dependen de la sustentación que éstas le ofrezcan, si dura el ministro.

Pinedo, que ya tiene una larga experiencia, se dio cuenta en seguida y se hizo su revalío preventivo. Diez días de pasajero en el hotel del gobierno, y con las valijas más pesadas que al entrar, se fue, y quedamos todos nosotros pagando las valijas con un treinta por ciento de aumento del costo de la vida, y la obligación de los que quedaron de ir creando escándalos sucesivos para tapar este escándalo matutino de todos los días con que la mujer le protesta al almacenero, al lechero, al verdulero, y que las Fuerzas Armadas parecen ignorar tenga alguna relación con la breve presencia del huésped en la Casa de Gobierno. Porque, entre tanta averiguación escandalosa, ¿por qué no investigan quiénes se beneficiaron y en cuánto con la maniobra que provocó el brusco salto del dólar?

Pero esto también es historia menuda, tan menuda que ha pasado sin que provoque el ladrido de los cuzcos de que hablé al principio.

Volva mos pues a los cipayos que dan las cartas. Tampoco es cierto que las den, porque eso dejan que lo hagan los ministros militares. Digamos, más bien, los que preparan el mazo.

Allí están los ministros civiles. Empecemos por el de Defensa, que es un ciudadano sin actuación pública, hijo de un hombre con actuación pública. Su falta de actuación pública lo ha obligado a llevar de subsecretario a un experto, para que lo inicie. Para una cosa tan anodina como la que se ha convertido el Ministerio de Defensa, su presencia es puramente simbólica. Sirve para recordar que las Fuerzas Armadas son teóricamente una unidad, y no un compuesto de tres fuerzas distintas y rivales, por lo menos potencialmente. Pero para que el símbolo no desentone con la realidad gobernante, se trajo el subsecretario, y no encontró nada mejor que un ex concejal "cadista" para la emergencia. Ahí podía haber ido Mongo, para lo que tiene que hacer, pero no eligieron a Mongo. Eligieron a uno de la CADE. Parece que hubieran querido decir que los fines moralizadores llegan sólo hasta ese límite. ¿Es posible que las Fuerzas Armadas ignorasen la carrera política del subsecretario? Pero entonces uno se pregunta: ¿Para qué tienen tan costosos y multiplicados servicios de información, si van a elegir para médico a un enfermo contagioso?

En este momento me traen el recibo de la luz. Pesos mil setenta y uno. Somos tres personas en la casa. ¡Gracias, doctor Arambarri, y todos los que se siguieron, hasta el último de SEGBA! No salgo a ventilar la bronca porque estoy en un quinto piso y después tengo que subir a pie; el ascensor no anda desde hace tres días, porque los cables de la calle están podridos o algo así, y por cuarta vez en lo que va del año, tienen que levantar la vereda para arreglarlos. Desde que el concejal Arambarri informó la "cláusula oro" de la escandalosa

concesión, impidiendo que se cumpliera la anterior, cuyo vencimiento significaba que las usinas pasaban a poder de la Municipalidad de Buenos Aires, se salvó la empresa privada, la libre empresa, la excelente administración de los particulares. Esto no se lo pueden echar en las costillas de la nacionalización. Y desde 1935 todos los meses ponemos dinero para que el concesionario, que se supone debía poner el capital, junte plata nuestra, y con el dinero nuestro constituya el sagrado capital de los concesionarios de servicios públicos.

Cuando les han metido a las Fuerzas Armadas en la cabeza que nuestros males provienen de ciertas nacionalizaciones, habría que preguntarles a las Fuerzas Armadas de dónde provienen estos males. Ahí lo tienen a mano al subsecretario de Defensa para preguntarle. Él obtuvo resultados satisfactorios de la "libre empresa". Pero él y sus colegas, ninguno más. También podrían preguntárselo a Alsogaray.

Ya he dicho que este personaje es bastante inteligente. Fue el más destacado cadete de su promoción, y tenía un amplio horizonte abierto en el servicio de las armas, que habían honrado su padre y su ascendiente más remoto, que tuvo el honor de contarse entre los defensores de la Vuelta de Obligado. Pero el capitán Alsogaray prefería el dinero a la charrasca, y decidió hacerse hombre de negocios, en un gesto que lo honra, porque si hay dos vocaciones incompatibles son la milicia y el comercio. Después de haber visto tanto general cambalachándose por las sociedades anónimas, el gesto de Alsogaray se realza. Lo que resulta un poco absurdo es que en un momento de crisis moral las Fuerzas Armadas busquen para enderezar las cosas a un hombre en quien la vocación por los negocios fue superior a su vocación por el servicio. A no ser que a este ex soldado le pase una cosa distinta a la que les pasa a los generales que he mencionado

antes. Y es que después de llegar al grado de general en los negocios, le viene la vocación por el servicio, y las virtudes del soldado le nacen con posterioridad a las virtudes del comerciante. Anda por ahí un librito que creo que es de Alfredo de Vigny, titulado "Grandeza y servidumbre militares", que convendría hacerlo circular un poco.

También el señor Alsogaray es partidario de la libre empresa y adversario de la intervención del Estado en la economía. Será como soldado. Porque como comerciante le vendió al Estado su empresa aérea Z.O.N.D.A., y no me vengan con que lo obligaron, porque hizo un buen negocio, y estaba tan contento que aceptó ser presidente de F.A.M.A., la empresa de servicios públicos aérea del Estado, y con Perón. Yo, personalmente, no lo conozco sino de haberlo tropezado todas las mañanas en el Banco Central, durante años, entrando y saliendo del despacho de don Miguel Miranda, quien le acordó al grupo que él presidía el negocio de la Alcoholera de San Nicolás, que después no llevaron adelante, por razones que ignoro.

Y como uno de los fundamentos de este proceso es la aparición de algunos peronistas en el Congreso, tengo que preguntarles a las Fuerzas Armadas si en esta selección de antiperonistas creen que Perón lo nombró presidente de F.A.M.A. y Miranda le dio la Alcoholera por contrera.

Pero siguiendo más adelante, también les voy a decir que Alsogaray se hizo antiperonista porque Perón defendió intereses militares frente al ex capitán Alsogaray. El ingeniero Alsogaray, en el momento en que un humilde minero puntano, Novillo, andaba colgado en la última argolla de la necesidad, en los largos trámites de la venta de sus derechos como descubridor de la mina de hierro de Sierra Grande a Fabricaciones Militares, se los compró por un mísero precio. (Esto es lo que se llama en derecho "lesión enorme", que con-

siste en el abuso del estado de necesidad. Qué es el estado de necesidad no necesito explicarlo, porque es el fundamento jurídico de todo lo que está ocurriendo, y su casuística está enriqueciendo de sabiduría jurídica a los ministros de las tres armas, por obra de sus asesores civiles, o cívico-militares, como son esos pintorescos generales de código, a quienes un empleo oportuno les ha dado uso de uniforme y laureles en la gorra). Fue en esa ocasión que un funcionario bancario, indignado y en defensa de los intereses del país y de Fabricaciones Militares, se incautó del contrato y lo rompió. Fue un abuso, indiscutiblemente, paralelo al abuso del estado de necesidad. Para remediar la situación del minero, siquiera en parte, mientras Fabricaciones Militares obviaba los inconvenientes burocráticos, yo le conseguí un puestito de maestra en Bahía Blanca a la hija de Novillo, que allí debe estar. (No sea que ahora la echen). El ingeniero Alvaro Alsogaray fue a verlo a su correligionario, el general Perón, con la denuncia del atropello de que había sido víctima, y el presidente de la República lo llamó a su despacho al funcionario, quien le explicó la cuestión. El resultado fue que cuando volvió Alsogaray a entrevistar a Perón, éste le dijo: "Lamento mucho lo ocurrido, por tratarse de un partidario tan distinguido, pero como militar y como presidente, yo hubiera hecho lo mismo que el funcionario que usted acusa".

No sé si le aconsejó buscar otra cosita. Pero sí que el antiperonismo del ingeniero Alsogaray tiene esa fecha de bautismo, antimilitar, antinacional y forzosamente libreempesista.

Ya hemos visto en otras notas cuáles eran las ideas, en materia de economía nacional y de política internacional, del ministro de Relaciones Exteriores, antes de que la casa Bemberg se le apareciera en su camino de Damasco.

Me temo que me estoy pareciendo en esta nota a los cuzcos de que hablé al principio. Prefiero tirar por alto usando la artillería pesada, pero el tiro rasante a veces es necesario para aclarar el campo de tiro.

Si la cuestión es moral, tenemos que moralizar desde la moralidad de los actores. Si es política, y una posición política anterior determina la posesión de la verdad, esa posición política no debe surgir de intereses patrimoniales. Si el problema es ideológico, no es admisible que se llame a los conversos cuya conversión es interesada.

Pero la realidad es otra. Porque a la vez estos personajes no son más que personeros. Pueden reemplazarlos más adelante con algunos otros, cuyo estado de virginidad anterior los ponga a salvo de imputaciones.

La cuestión es la cuestión nacional. De qué lado nos ponemos en la cuestión nacional. Del lado de la grandeza, de la soberanía, del destino a realizar, o del lado chiquito de un país dependiente, que llegó a puerto, y que se resigna con su sucio destino de mediocridad. Porque si una es la opción, hay la posibilidad del soldado, como expresión de ese destino; si la otra no hay más que la posibilidad del vigilante, que cuida en ese puerto de recalada que no pase nada, que todo esté en orden para los que lo utilizan como puerto, para cargar y descargar su mercancía.

El país todo está en lo de la Patria Grande. Quiere seguir adelante. Hasta ahora le han mostrado, por exclusión, un solo camino para seguir adelante, y toma por ése. Nadie intenta ofrecerle otro, o mejor que otro, la ancha avenida por donde todos marchen confundidos e identificados y, si es posible, llevando a la cabeza las viejas banderas y las bandas militares. Conoce el camino. Son otros los que lo han olvidado, confundiendo un pequeño problema de hombres y de partidos

con el problema de la grandeza nacional que rebalsa los hombres y los partidos, cuando se los plantea con tono de batalla y no con el tono de covachuelista que las Fuerzas Armadas le están dando a su acción de este momento.

La incompreensión no está abajo, sino que está arriba, y no hay rencor ni revancha que impida que la multitud marche hacia su bandera, cuando la bandera está donde debe estar. Lo ha probado esa multitud, cuando renunció a todo rencor, a todo agravio en 1958, y alguien levantó la bandera con la que después no cumplió. Porque se encontró con la resistencia de los que eran "anti", antes que "pro", y le faltó el ánimo esforzado y la fe en sus convicciones que malbarató en dos sucesivas transacciones políticas, que lo pusieron por debajo de los acontecimientos, sobre los cuales lo había levantado el pronunciamiento popular para que sirviera de vehículo a la inteligencia entre los argentinos y no para que fluctuara entre dos posiciones negativas de rencor.

En lo grande no se puede jugar chico. Por eso estamos hoy donde estamos. Pero se sigue jugando chico. Cosa de provocadores y no de soldados. Es un problema espiritual, porque uno puede sentirse soldado o provocador. Depende de cómo se siente el servicio. Servicio; no oficio que es otra cosa.

7. - UNA POLITICA ECONOMICA NACIONAL: DE NUEVO SACARLE PUNTA A LA EXPERIENCIA DEL 55

Volvamos de nuevo los ojos a la historia. En 1955 los únicos problemas apremiantes que teníamos eran: 1º) La necesidad de modernizar nuestro sistema de transportes, ya obsoleto, no por su nacionalización, como la propaganda se encargó de demostrarlo, sino porque desde 30 años antes a

su nacionalización no se reponía ni modernizaba nada, y por el contrario, durante el período de la Década Infame, Pinedo y los suyos, con la coordinación de transportes, le habían entregado el monopolio al viejo sistema, impidiendo la modernización espontánea, que se hacía a través del transporte privado automotor. Es fácil constatar además, que las únicas modernizaciones producidas en el mismo en los últimos 30 años, se habían producido después de la nacionalización, y ninguna entre el período 1920-1946.

Además, la modernización del transporte requería la adecuación del mismo a la nueva configuración económica del país, saliendo del transporte organizado con la exclusiva dirección puerto, para pasar al transporte de intercambio interno exigido por la nueva estructura del mercado. Y esto no implica no reconocer la falta de una política adecuada en la materia, que es uno de los déficits incuestionables del gobierno peronista, tanto en materia caminera como en esa reorientación.

2º) Eliminar de la balanza de pagos el costo divisa originado por la importación de combustible.

Aquí hay un aspecto fundamental que la propaganda se ha cuidado de ocultar.

Hasta 1954 la Argentina no era un país de grandes posibilidades petrolíferas. Tal era la tesis de la doctrina Zanetta, imperante, y que es la que se enseñaba en la Escuela Superior de Guerra y la profesada por la generalidad de los expertos. Éste es un hecho que con frecuencia olvidan nuestros expertos en el problema del petróleo. Lo limitado de las reservas conocidas creaba no sólo la necesidad económica, sino la necesidad militar de guardar su aprovechamiento. Sólo contemporáneamente con el descubrimiento de Madrejones, cambia totalmente nuestra perspectiva petrolífera, que hasta entonces era de cautela. Esto motiva que la "tiranía sangrienta" ponga su acento sustancialmente

en el aprovechamiento de otras fuentes energéticas, y así la política se dirige, en materia de carbón, hacia Río Turbio, o hacia el aprovechamiento de la hulla blanca. La política hidroeléctrica que caracteriza ese momento, acelera la construcción de diques, con grandes inversiones inmovilizadas, que por la magnitud y lentitud de las obras serán de lento efecto económico. Aquí se suma además al bloqueo político-financiero internacional, el bloqueo de los dos grandes grupos eléctricos que controlan en ese momento en el mundo la provisión de turbinas y maquinarias, y exigen, previamente, la restauración y consolidación de sus monstruosas concesiones, provenientes de épocas anteriores, en una palabra, todo lo que consiguieron después de la Revolución Libertadora, que es mucho más de lo que pedían entonces, pero sin dar nada en cambio, negociado al que se llamó, como a tantas otras cosas, "estado de derecho". Con todo, la construcción del primer gasoducto, realizado por el esfuerzo nacional exclusivo, abría el camino a las soluciones propias que se debían continuar. No debe olvidarse tampoco que el problema de la energía se agravaba precisamente por el mismo crecimiento del país y el cambio de su signo de país industrializado y de alto mercado interno, que venía a sustituir al país-granja, organizado sólo para el abastecimiento exterior, y que alteraba la estructura de la energía como había alterado la estructura del transporte. Lo mismo en materia de transporte.

3º) La necesidad de renovar y modernizar, al mismo tiempo que aumentar, los equipos mecánicos, que estaban en retraso con el desarrollo industrial producido en el país, con lo que se afectaba la productividad y la relación internacional de costos, que sólo se compensaba, cosa que también se oculta, con la extraordinaria eficiencia y rendimiento de la mano de obra —sistemáticamente calumnada— la ingeniosidad con que se mantenía vi-

gente y hasta se mejoraba la maquinaria vieja, y el bajo costo de vida que hacía del salario argentino, alto según los costos internos, un salario internacionalmente bajo.

No existía deuda externa, ni oficial ni privada, y fue empeño de Prebisch y sus sucesores hacer aparecer como tal los saldos deudores en cuenta corriente, de los tratados bilaterales, que era deuda transitoria dentro del ejercicio anual, y cuyo medio de pago estaba en las existencias aún no exportadas, pero a disposición del acreedor en el IAPI. En realidad, no era una deuda, sino el producto de la falta de correlación entre los embarques, de productos industriales del acreedor, siempre a disposición del mercado, y los productos agrarios de la contraparte, que estaban regidos por el ritmo anual de las cosechas y el proceso mucho más lento de transporte, concentración y exportación.

En síntesis: el país no tenía más deudas que los transitorios descubiertos de esas cuentas corrientes, con los medios de pago propios y provenientes en exclusivo de la producción nacional del mismo año, y en cambio, tenía una disponibilidad de oro absolutamente libre, que hasta para los más encanados adversarios del gobierno depuesto superaba los setecientos millones de dólares.

Éramos un país sin pasivo exterior, en el preciso momento en que las nuevas perspectivas ofrecidas por el nuevo panorama petrolífero, cambiaban por completo el horizonte, mientras se producía en el orden internacional un cambio favorable, que permitiría aligerar las consecuencias del bloqueo impuesto a la Argentina.

Tan es cierto lo que estoy diciendo, que el país había superado la crisis agrícola-ganadera originada por la sequía más terrible de nuestra historia de los últimos cien años, como lo fue la de 1952. Lo que se llamaba "inflación", término generalizado e inadecuado para el caso, era el producto de una

crisis de crecimiento, que no podían entender los ortodoxos de la cátedra, y que se promueve en todo país que entra en brusco desarrollo, por el constante desacuerdo entre los medios de pago y las cambiantes exigencias del mercado. Toda la historia de los países nuevos y en transición está llena de estos fenómenos, como en el caso de los Estados Unidos, que en sus luchas entre el patrón plata y el patrón oro, correspondientes a cada etapa de su expansión, han generado fenómenos iguales, pero que nuestros expertos intentan ignorar. Lo que pasaba en el país como crisis de crecimiento y azoraba a las señoras gordas y a los economistas con mentalidad de señora gorda, y alquilada, era un hecho parecido al del chico que de pronto empieza a echar granos, le cambia la voz, y está pidiendo a gritos los pantalones largos; además, fuma, y tiene otras necesidades, que desesperan a la madre, porque sólo el padre puede comprenderlas. Fenómeno de crecimiento, con sus implicancias en el campo de los medios de pago, pero llevadero y necesario, como la transición entre el niño y el hombre, y que se diferencia en este aspecto de la inflación, como esta, *sí inflación*, que tenemos delante, de lo que entonces los expertos llamaron inflación.

Cuando Braden intervino en política interna argentina, entre la vocinglería entusiasta de los patriotereros habituales —fue en ocasión de aquel viaje a Rosario— Perón me dijo: "Braden ha simplificado el problema político; la alternativa será Perón o Braden y no tengo duda de que los argentinos somos mayoría".

Asentí a la manifestación del entonces coronel. Pero a renglón seguido, le señalé que los inconvenientes vendrían después, por el hostigamiento que el Departamento de Estado haría a su gobierno; y muy sensatamente, Perón me dijo: "Los Estados Unidos comprenderán que un gobernante con la

mayoría popular, con la Confederación del Trabajo en la mano derecha como seguro, y las Fuerzas Armadas en la izquierda como reaseguro, es lo que más le conviene en esta parte del continente, para asegurar la estabilidad del mismo, y su ordenado desarrollo social y económico". Perón se adelantaba a esto de la Alianza por el Progreso, para lo que bastaba que no molestase. Ahora, si lo quiere, tiene que poner el hombro. ¡Y en qué forma! Tanto, que no se ve.

Yo le observé que eso era lo lógico y lo racional, pero que la política de Estados Unidos en el continente no era racional. En "Política y Ejército" he desarrollado los fundamentos de esta respuesta, explicando cómo Moscú tuvo el talento de atraer la atención de Estados Unidos hacia Europa, creando desde Berlín un objetivo diversificante, la amenaza a Europa, que ocultaba el desplazamiento de su política ofensiva hacia la retaguardia de los movimientos nacionales del Lejano Oriente. Efectivamente ocurrió así. El Departamento de Estado no le asignó importancia al proceso social latinoamericano, y la sección respectiva del mismo continuó después de la elección de 1946 con las mismas directivas de Braden, ejercidas al través de su acólito Byrnes. América Latina era entidad despreciable entonces, y dejó a los expertos ideológicos que siguieran jugando con nuestros problemas, con el mismo criterio que en Nicaragua o Cuba. Recién bajo la presidencia de Eisenhower, Estados Unidos percibió, y aún no lo comprende del todo (a pesar de la presencia de Bowles, que es el mejor conocedor en el equipo de Kennedy), cuál era el verdadero escenario de la lucha mundial, y comenzó un relajamiento de las presiones, con la visita de Milton Eisenhower.

Se convirtió en objetivo de la política norteamericana, en el orden político inmediato, destruir el gobierno existente en la Argentina. En lo econó-

mico, esto significó el bloqueo financiero y de abastecimientos para las necesidades industriales, al que concurría también Rusia, que no tenía inconveniente en postergar momentáneamente sus objetivos en nuestro continente, para distraer la atención de su contrincante. Recordemos esto, sobre todo la gente de izquierda que se indigna por el bloqueo a Cuba. Argentina fue bloqueada totalmente, no sólo por los Estados Unidos, y desde los dos lados de la Cortina y romper ese bloqueo, con el instrumento de los tratados bilaterales, fue una de las empresas más meritorias de aquel proceso. Es bueno recordarles a los aliados internos de ese bloqueo, de todos los sectores, la parte que tuvieron ellos en el impedir la mecanización paralela del país, creando esta desproporción que padecemos, entre el aumento enorme de la capacidad técnica de sus hombres, que hizo de peones obreros especializados, en el nivel mundial de la más alta capacidad, sin que pudiera parejamente adecuar el equipamiento.

Como objetivo inmediato económico, los Estados Unidos intentaron en primer término sustituirse como acreedores de Inglaterra, en la situación dominante de aquella, haciéndose transferir sus intereses económicos locales, cosa que se evitó en gran parte con la nacionalización de los transportes, cosa que los críticos también se esmeran en ignorar, y en segundo término, convertirse en los negociadores de nuestra producción agraria. Sobre este particular, el choque de Miranda con la dirección del Plan Marshall, ilustra suficientemente. No se nos permitía concurrir a los mercados europeos para negociar sobre los dólares que Estados Unidos proporcionaba a los mismos, y se pretendía que nos sometiéramos al comprador único del Plan Marshall, para que el mecanismo norteamericano nos impusiera bajos precios, para vender en altos precios a los beneficiarios de los dólares, que se prestaban para rehabilitar a Europa. En una pala-

bra, Estados Unidos intentaba mantenernos en la misma situación que lo había hecho Inglaterra, pero transfiriéndose a sí mismo el negocio, de esa Inglaterra, a la que ayudaba circunstancialmente.

8. - CÓMO NOS SALVAMOS DE QUE INGLATERRA NOS TRANSFIRIESE COLONIALMENTE A LA JURISDICCIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS

La insuficiencia de divisas, o mejor dicho, el saldo desfavorable de nuestra balanza comercial, no era ninguna novedad económica en la Argentina.

Prebisch nos ha explicado suficientemente su origen, que es común a todos los países subdesarrollados, y se motiva en la relación desfavorable de los términos del intercambio; un país que vende al exterior exclusivamente materias primas y adquiere materias industrializadas, sufre la consecuencia fatal de que el aumento de valor, si ocurre, de las primeras, es desproporcionadamente más bajo que el correlativo aumento de valor de las segundas, lo que se explica, sin considerar innumerables otros factores, porque en cada proceso de transformación ocurre un aumento de precio.

Ese era el signo de nuestra economía colonial. Ofrecer cada vez más mercadería materia prima por cada vez menos mercadería industrial. Diríamos, para ejemplificar, que en el más favorable de los casos, los aumentos del precio de la mercadería prima se producen en progresión aritmética mientras la industrializada aumenta en progresión geométrica. No son éstos los términos precisos, pero sirven para ejemplificar. La lectura de Prebisch es suficientemente ilustrativa sobre el particular. Esta circunstancia se agrava cuando como ocurría en nuestro país, el comercio de exportación de materias primas estaba monopolizado por sectores financieros de política coherente con la imperial, que provocaban nuestro bajo precio, y en la misma si-

tuación el transporte y el seguro marítimo, que provocaban igual evasión de divisas, por cuanto era en su mayor parte extranjero y producto de una sistematizada organización.

El déficit tradicional de nuestra balanza comercial era corregido todos los años por la contratación de un nuevo empréstito, el que impedía la influencia de ese déficit sobre el valor de la moneda, corrigiendo el exceso de demanda. Pero a su vez, este remedio constituía la enfermedad fundamental de nuestra balanza de pagos, pues el servicio de deudas y amortizaciones absorbía, hasta que hubo política nacional, el treinta por ciento de nuestras disponibilidades de divisas, al que concurrían las remesas correspondientes a las concesiones de servicios públicos.

Este es el momento en que hay que poner en claro la cuestión de los créditos exteriores acumulados en Gran Bretaña durante la guerra, y de los que se habla como de un tesoro que se hubiese dilapidado.

En primer término, sirvió para enjugar la deuda total del país, desde sus orígenes, y para nacionalizar la mayoría de los servicios públicos que provocaban esa evasión de divisas. Desde ese momento, la Argentina dejó de tener sobre su espalda esa carga que le absorbía el treinta por ciento del producto de sus exportaciones. Ahora otra vez esa carga se ha restablecido con exceso, bajo la teoría liberal o neo-liberal, por deudas directas o indirectas, y con la panacea escasa y malamente aplicada de las llamadas "inversiones de capital extranjero" y de préstamos de todo orden.

Cuando se habla de la dilapidación de los créditos acumulados en Londres durante la guerra, nada se dice de esta dilapidación presente, cuya contrapartida aparece muy escasamente en los libros de la economía argentina.

La otra dejó en primer término, como saldo, la

eliminación de los servicios exteriores, ahora restablecidos y multiplicados. Significó, desde el punto de vista de las nacionalizaciones, la eliminación de los correspondientes servicios exteriores, y sobre todo, del punto de vista político —que no se puede separar del económico— del peligro que importaba transferir el poder que Inglaterra había ejercido al través de los mismos en lo interno del país, de una potencia debilitada por la guerra, a una exultante de triunfo, y que había tenido la insolencia de vejarnos con la intromisión de un embajador en la acción directa de la política interna. Si los dueños de los ferrocarriles —recoremos el banquete de Constitución, y la proclamación de la candidatura Ortiz por la Cámara de Comercio Británica— habían llegado por el manejo de cuantiosos recursos a hacer presidente de la República a un abogado de sus intereses, ya sin disimular su intervención, a pesar de la sutileza de la política británica, ¿qué no haría un país que se manejaba en los asuntos latinoamericanos con una torpeza de cowboy, una vez dueño de los mismos resortes con que los ingleses habían hecho decir al ex vicepresidente de la República, doctor Julio Roca, que “la Argentina era parte integrante del Imperio Británico” y le habían hecho firmar las capitulaciones del pacto Roca-Runciman, que al precio de unas pocas monedas, pocas y por poco tiempo, arrojadas al sector de la ganadería que intermedia con los frigoríficos, impusieron el Estatuto Legal del Coloniaje, con Justo como presidente y Pinedo como instrumentador?

La nacionalización significó pues, no sólo un ahorro permanente de divisas, completando la repatriación de la deuda, sino un seguro para la soberanía, para la estabilidad de nuestras instituciones y para que fuera cierta la voluntad democrática de los argentinos.

Aunque nos desvíe un momento del objetivo directo de esta nota, conviene recoger sus impugna-

ciones. El argumento que se hace es que los fondos destinados a este objeto pudieron servir para fines vinculados al equipamiento del país y a la solución de otros problemas. Los que lo dicen mienten conscientemente o son unos ignorantes.

Los fondos acumulados en Gran Bretaña no eran fondos de libre disponibilidad, desde que Inglaterra no se allanaba a transferirlos a otro mercado. Sólo servían para comprar cosas en Inglaterra. ¿Qué cosas se podían comprar en Inglaterra en ese momento? Nada, absolutamente nada, Inglaterra, como toda Europa, y aun los Estados Unidos, estaba en plena reconversión industrial. La guerra había arrasado parte de la industria y otra parte de la industria había sido transformada para satisfacer necesidades de guerra. Hasta cuatro o cinco años después, Inglaterra no fue vendedora de equipos industriales, pues todos eran absorbidos por sus propias necesidades. Agreguemos que lo mismo pasó en los Estados Unidos, hasta que completó su reconversión, y que completada ésta, se estableció un orden de preferencias para satisfacer las mismas necesidades en Europa en aplicación del Plan Marshall. Tampoco Europa y particularmente Alemania y Francia, estaban en condiciones de vender. No había mercado vendedor de equipos, aun en el supuesto de que Inglaterra dejase aprovechar las disponibilidades a nuestro favor en otro mercado. Además, Inglaterra, violando los compromisos contraídos con nuestro país, colocó a nuestros fondos allí bloqueados bajo los efectos de la devaluación de la libra, de manera tal que éstos estaban fatalmente condenados a disminuir, como moneda internacional, en el caso que jugaran un triangulación que nos estaba impedida. Lo que se hizo fue lo único que se podía hacer, y fue posible hacerlo, aprovechando el interés común de Inglaterra y la Argentina en que no se transfiriesen los bienes y créditos de la primera al nuevo rival

que aparecía en el hasta entonces exclusivo campo de caza de Gran Bretaña. El resultado fue que liberamos el treinta por ciento del producto de nuestras exportaciones, para poderles dar otro destino que el pago de pasivos centenarios, y que adquirimos el dominio de gran parte de nuestros servicios públicos.

Y aquí salgo al paso a otra objeción, que se funda en la deficiente calidad actual de los mismos. ¿Qué razón hay para creer que Inglaterra, que desde 1920 no introducía ninguna mejora en los mismos, habría de introducirla en las circunstancias difíciles en que se encontraba y con tarifas a pérdida? Sólo podría llegar la explotación privada a renovar el material con un aumento adecuado de tarifas y con suministro de material extranjero pagadero en divisas, cuyo volumen puede imaginarse por lo que se calcula le costarían al Estado, con lo que se acumularían los efectos de la repatriación de la deuda, y la suma de los servicios al exterior se hubiera incrementado hasta límites incalculables. Tenemos el modo operante de SEGBA, a quien los usuarios le estamos constituyendo al capital que debía poner como concesionaria, y el país proveyéndolo de las divisas que como tal debía importar. Esa hubiera sido la alternativa si los ferrocarriles no se nacionalizan, y dejando de lado la realidad política que importa haberse liberado de un decisivo factor interno de la política extranjera.

Pertenece a la misma calidad de macaneo económico la objeción que se hace a las importaciones efectuadas por el IAPI. Es el típico argumento de los concesionarios de Chevrolet y Ford, contra los "surplus" de guerra que se importaron entonces. Pero la verdad es que ningún concesionario cuenta que Estados Unidos no pudo poner coches a su disposición hasta pasados cuatro años del fin de la guerra, y que lo mismo pasaba con la maquinaria agrícola. En cuanto a Inglaterra, recién ofertó tractores

en el mercado, los Ferguson fueron los primeros, en el año 49. Por el contrario, todo lo que se compró, deficiente o no, era lo único que se podía comprar, y sirvió admirablemente para resolver la emergencia, pues estábamos sin instrumentos imprescindibles para mover nuestra producción y hacer efectivo el trabajo, precisamente en el momento en que el país entraba decididamente a transformarse en una nación capitalista en desarrollo, saliendo del subdesarrollo exclusivamente agrario en que lo había mantenido la política británica hasta 1945, en el orden político y social, y hasta 1939, en el orden económico. Y conviene aquí disipar una leyenda, un mito sobre la naturaleza de los fondos acumulados en Londres, que los pintan como un tesoro de libre disponibilidad, transferibles a cualquier parte, y con poder de compra en una jauría de aprovisionamientos ofrecidos, olvidándose de que eran simplemente un ahorro forzoso, provocado por cinco años de abstención total de aprovisionamiento, y que obligaba a reponer con urgencia la maquinaria faltante. Cualquier comerciante sabe que hasta 1948 el permiso de cambio era difícil de obtener; lo que se cotizaba entonces era la disponibilidad de mercadería.

Lo positivo es que nos salvamos de la transferencia del poder de Inglaterra a Estados Unidos, para hacerlo nuestro, tomando el dominio de los servicios públicos, que liberamos la deuda exterior totalmente, y que nos aprovisionamos en la situación adversa del mercado, de manera suficiente, no sólo a no interrumpir la marcha del país, sino a proyectarlo vigorosamente hacia adelante.

Ya he dicho que no estoy diciendo estas cosas para hacer reivindicaciones ni para glorificar a nadie. Las estoy relatando para poner los puntos sobre las íes, y para que los puntos que actualizo sirvan de enseñanza y fortifiquen nuestra fe. Lo que una vez se hizo, se puede volver a hacer. Lo

que se hizo mal se puede corregir, pero de lo que no se puede prescindir es de que hemos tenido una experiencia de economía nacional, sobre la que seguiré hablando, cuyos resultados dieron días de prosperidad y potencia al país, potencia material y potencia espiritual, cuando éste, bloqueado por todos lados y hostilizado por la unanimidad internacional, de un lado y de otro de la Cortina, se afirmó en sí mismo, se movió por sí mismo e improvisó y fue creando una política económica propia, que venciendo los complejos de inferioridad sembrados por el colonialismo, nos dio fe en nosotros mismos, que también tuvimos entonces política internacional propia, porque la grandeza se expresa hacia adentro y hacia afuera. En esta hora amarga y triste en que los argentinos se mueven sin fe y sin esperanza, sólo bastará poner a los argentinos en presencia de su responsabilidad para que vuelvan a ser los mismos, sacándole los tutores venales que inciden en su economía y en su política internacional, y que han creado un complejo de dependencia y de miedo, típico de los vencidos de la historia.

Y si bien no quiero glorificar a nadie, tengo que traer un ejemplo. El del "almacenero" Miranda, sí, del "almacenero", como le llamaban estos técnicos infatuados que nos han llevado al fracaso, torciendo la ruta con que el humilde almacenero nos había enseñado a ver la realidad, a operar sobre la realidad, y a ver hombres de mostrador y no "gentlemen" impolutos en los que vienen a negociar con nosotros, y a discutir con ellos en tono de mostrador las cosas de mostrador no poniendo la soberanía en el mercado de las transacciones, ni incorporando a las cotizaciones el precio de sus miedos políticos y sociales. Porque también se vende la patria por miedo. Y lo que hay en el fondo de nuestros problemas es una gran cobardía para afrontar los hechos tal como son y tal como deben ser. En lo interno y en lo externo.

El cura Castellani, hablando de esta "caquexis" que padecemos dice: "Mejor rojo que cojo", como dicen en Cuba. Lo dice el cura. Pero el cura no es general. Tampoco tiene miedo. Ni al diablo, por razones obvias. Ni a los obispos, lo que ya no es tan obvio.

9. - SIEMPRE SOBRE UNA POLÍTICA ECONÓMICA NACIONAL

Insisto, y hay que insistir siempre, en que el problema no es una cuestión teórica entre la economía liberal y la dirigida, como lo hemos demostrado con la triple personalidad histórica del doctor Pinedo, que sirvió los mismos intereses eficazmente como socialista, como dirigista y como liberal, y aplicando las tres panaceas según la conveniencia del amo extranjero. También es fundamental recordar que no hay política económica nacional sin política internacional de soberanía. No hay política económica separada de la política internacional y de la social porque la política nacional es una y no la informa una técnica sino un espíritu, una voluntad nacional que no puede traducirse de distinta manera en materia de soberanía política y en materia de soberanía económica. No es un vano slogan circunstancial el que unifica en un solo mandato soberanía, independencia económica y justicia social. Son los tres términos de una fórmula inseparable que surgió del seno del pueblo como producto de una experiencia y certidumbre de una esperanza.

Habíamos dicho que los únicos problemas apremiantes al 16 de setiembre de 1955 eran la modernización y adecuación del transporte, la eliminación de la balanza de pago de los costos originados por la provisión de combustibles y el reequipamiento mecánico para poner la producción al nivel de la alta capacitación lograda por el material humano.

Los factores más graves que incidían en la misma habían sido ya eliminados con la repatriación de la deuda, la nacionalización de servicios públicos, que aligeraban un 30 por ciento la balanza de pagos. El país no tenía deuda externa ni mayores giros que realizar por concepto de amortización e intereses. Una rigurosa política de control de las divisas había frenado no sólo las importaciones sustantivas sino también todas aquellas prescindibles, y el alto desarrollo alcanzado por la industria local había producido la necesaria sustitución de las importaciones.

Conviene aquí disipar un error frecuente en los que creen que una política de industrialización, con la sustitución de las importaciones, aligera bruscamente el mercado de divisas. No es así; hay un largo período intermedio en que el desarrollo del mercado interno, que la misma industrialización promueve con nivel adecuado de salario y plena ocupación, origina el aumento de los consumos populares, cuya incidencia es la siguiente. Por un lado, hay una mayor absorción de la materia prima exportable, que gravita sobre los saldos vendibles al exterior al ser consumido en el mercado interno. Por otro, si bien disminuye la necesidad de divisas para la provisión de mercaderías industriales importadas, se multiplica en cambio la necesidad de afectar divisas a la provisión de materias primas necesarias para esa industria de sustitución. Quiero significar con esto, por vía de ejemplo, que si en la economía anterior se importaban 10.000 heladeras no significa esto que se ahorren las divisas correspondientes, pues el progreso social originado en el desenvolvimiento de la economía nacional con el alza del nivel de vida crea una demanda que ya no es de 10.000 heladeras sino de cien o doscientas mil. En tal forma el impacto sobre la necesidad de las divisas no lo resuelve la simple sustitución de importaciones, pues la materia prima y elementos

que no son de producción nacional imprescindibles a esa nueva producción puede llegar a superar en su costo en divisas al anterior. Éste es el hecho, la incidencia en el mercado de divisas de una transformación necesaria y útil pues representa no sólo el ascenso social de la población sino que se expresa en valores económicos por la capacitación técnica que esa población adquiere por el simple hecho de que un peón o un changuín se convierta en tornero o ajustador y porque un bolichero y vendedor de baratijas pase a ser industrial.

La gente del equipo Frigerio ha hecho al desarrollo industrial de esa época el cargo de no haber empezado por la industria pesada. No me voy a meter en el problema de cuál es primero, si el huevo o la gallina en un mundo abstracto, aunque yo lo pondría al señor Frigerio a sembrar frutilla o pescar langostinos en un mundo que no consumiera ni frutilla ni langostinos. Las industrias se crean en el orden de las necesidades del mercado, y el primer mercado es el de la industria liviana, que a su vez origina el de la industria pesada. Pero aunque el argumento en contra fuera válido en un mundo abstracto, no es válido en un mundo concreto. Parece que se olvidan deliberadamente de que el país estaba bloqueado internacionalmente, que regían para el mismo toda clase de trabas financieras y que nos estaba cerrado totalmente el acopio de materiales críticos.

Por otra parte, postergar el desarrollo de la industria liviana a un hipotético desarrollo de la industria pesada significaba destruir la base de sustentación democrática de los gobernantes. Surgidos éstos de la voluntad de un pueblo en ascenso, se pretende que frenaran las formas de producción que originaban ese ascenso, tal vez por simple imitación del sistema aplicado en los regímenes totalitarios. Hitler podía coercitivamente imponer sacrificios de esa naturaleza, como el de "menos mante-

ca y más cañones". También Stalin lo hizo en sus sucesivos planes, pero esta política era impracticable en la Argentina además de disparatada por lo dicho anteriormente. La industria pesada debía venir en su hora. La verdad es que en definitiva todo lo que existe en la materia tiene su punto de partida allí, desde la adquisición de Sierra Grande por Fabricaciones Militares hasta la Siderurgia de San Nicolás, que se complementaban con el modesto esfuerzo que significó terminar la obra antes comenzada en Zapla.

Esto es una digresión necesaria para adelantarse a objeciones que frecuentemente se dejan pasar de largo.

Volviendo al problema de las divisas señalemos pues que se cerró totalmente la importación de artículos superfluos y prescindibles y paralelamente se hizo una enérgica represión del contrabando con la sanción y el establecimiento efectivo de terribles penalidades, que desde luego eran jurídicamente exageradas desde el punto de vista de la calificación moral del delito en una legislación puramente penalista, pero que atendían al principio de la salvación nacional, porque en la emergencia como la que pasa la Argentina el contrabandista no es un delincuente común, sino un traidor a los intereses de la Nación.

Y aquí tengo que hacer otra digresión adelantándome a lo que diré sobre el abandono de la política nacional en materia de divisas.

¿Que razón hubo para que se derogaran las severas disposiciones sobre la represión del contrabando, cosa que fue una de las primeras medidas de la Revolución Libertadora? No se derogó el CONINTES, que jamás había sido aplicado y por el contrario se lo aplicó. Y en cambio tuvo una infinita piedad para los contrabandistas. No hablemos del paralelo 42 y las deformaciones y violaciones que reiteradamente se toleraron hasta deformar

una medida que en sus justos límites y con riguroso control promovía efectivamente el desarrollo de zonas argentinas en retraso. ¿Qué jurista, qué político o qué hombre de armas se interesó por la suerte de los contrabandistas? Sólo la severidad de las penas puede resolver el problema del contrabando haciendo enormemente costoso el servicio de los ejecutores del mismo, ya que jurídicamente es imposible la prueba contra los "capos" que se mueven en la sombra.

Hay un personaje misterioso y que nadie nombra. Es el "Cacho Otero". Él fue el que introdujo la mayoría de las armas automáticas de los revolucionarios. ¿Se le retribuyeron así los servicios? H. Este personaje además de manejar esta actividad es la figura que controla los manejos ocultos de los lipodromos. Los millones se le caen de los bolsillos pero nadie lo menciona. Ni siquiera cuando ocurre un triple homicidio, como en el caso de una ya famosa mexicana. ¿Soborna o intimida?

Hace pocos días se allanó un establecimiento de campo en las cercanías de San Pedro, que en la práctica era un aeropuerto. A cargo del mismo estaba un viejo y conocido pequero llamado Charadía, cuyo nombre y leyenda se actualizó periodísticamente. Pero nadie mencionó al verdadero propietario del establecimiento. Y yo hace dos años había denunciado la compra de ese campo en 16 millones de pesos para establecer un aeropuerto de contrabando. Señalé entonces qué cantidad de seguridades debía de tener el mismo para que se arriesgase a hacer una inversión de esa naturaleza y cuyo destino no podía ocultarse a ninguno de los funcionarios encargados de velar en la materia. No era una estancia; era un aeropuerto.

¿Qué padrinos tiene, qué intereses están en juego, para que se mantenga su anónimo y su impunidad?

Lo que acabo de decir es tal vez anecdótico,

aunque no es anecdótica la pérdida de divisas por los caminos ocultos del contrabando y la competencia desleal impuesta a grandes sectores de la industria. Pero integra el cuadro de destrucción de los factores que frenaban las erogaciones hacia el exterior en los límites mismos de la necesidad y contribuían a dotarnos de una economía estabilizada en su ritmo de progresión ascendente.

Resumiendo lo dicho anteriormente. Sabemos que al 16 de setiembre de 1955, con el control de cambios y la represión de la deuda, como medidas restrictivas del uso de divisas, situación desfavorable y permanente del país en su balanza de pagos, seguía siendo incómoda pero permitía el desenvolvimiento de una economía de expansión interna, que elevaba el nivel de vida, fortalecía el mercado de consumo y por consiguiente la producción industrial, liberando la producción agraria de la imposición de precios exteriores, y permitía mantener los costos de vida, a pesar del levantamiento de su nivel, en condiciones internacionales bajas. Despusé vendrían los que buscaban niveles internacionales de producción, y sólo lograron costos de vida más altos que los internacionales, y por consecuencia, precios de producción también más altos.

Estaban así corregidos, con el ahorro de divisas que se operaba en el sistema, los males que ocasiona la importación en las condiciones determinadas por la "relación desfavorable de los precios del intercambio", en cuanto a las adquisiciones en el exterior.

Veamos ahora cómo se corregía el mismo inconveniente desde el ángulo del bajo precio de nuestras materias primas, manejadas por un comercio exterior monopolista, que hacía el acopio interno, lo embarcaba, lo aseguraba, lo distribuía en el mundo, y en definitiva, se compraba a sí mismo, como en el caso de los exportadores de cereales, cuyas filia-

les eran los propios compradores y molineros en el exterior.

Laneros, cerealistas, etc., con una mano compraban en nuestro país y le vendían a su otra mano, que los transformaba en el exterior. De tal manera, la tan cacareada ley de la oferta y la demanda del liberalismo consistía como consiste de nuevo, en el sistema de "yo la escribo y yo la vendo", de aquel personaje famoso de una esquina de Buenos Aires. Dueños de los molinos exteriores, de las fábricas de aceite, de los lavaderos de lana y de las hilanderías, etc., los exportadores se llevaban la materia prima, a la que sólo habían incorporado el precio de la renta de la tierra, el muy módico del trabajo rural, y el transporte, del que también se giraba al exterior y el interés y la amortización. No sólo pagaban poco la producción, sino que la exportaban para que el valor trabajo que se le incorporaba en el futuro, se realizase en beneficio de otras economías. Es lo que los socialistas en general, con el librecambio del "maestro" Justo, han ignorado siempre, mientras repetían como loros el "proletariado del mundo, uníos", sin entender los intereses opuestos entre el proletariado de los países imperiales y el de los países coloniales.

Más adelante veremos, al considerar las posibilidades de una política nacional de exportaciones, que lo que caracteriza a una economía nacional es el vender CIF (costo, seguro y flete), es decir, a los precios del mercado de descarga, y lo que caracteriza a una economía colonial es el vender FOB, es decir, en el puerto de embarque, según era la política de nuestros "mercados tradicionales", a través de los también "tradicionales compradores", porque el consignatario de la producción argentina no está en el mercado de consumo de nuestros productos, como debe estar un verdadero consignatario, diversificando así por el mundo la oferta, para que funcione la famosa ley

de la oferta y la demanda, sino en nuestro puerto, o mejor, en la chacra misma, para unificar la demanda en un comprador coordinado, que es además el mismo comprador exterior.

Ese era el sistema vigente antes de 1945. Ese sistema importaba que no había precio real internacional para nuestra producción; más aún, que nuestra producción era utilizada, en esas manos, para hacerla jugar en el mercado internacional como bajista, en el conflicto de los monopolios con los países que, como el Canadá, tenían organizada nacionalmente la comercialización de sus productos. Precio bajo, por eliminación de la competencia, por la ya referida ley de la relación de los precios del intercambio, y materia prima sin ninguna transformación, para asegurar al exportador los beneficios de los procesos industriales que él hacía en el exterior, con beneficio también para la economía social del país metrópoli.

El IAPI eliminó del mercado interno de compra a los compradores internacionales. No los eliminó totalmente, por cuanto ellos, dueños del mercado comprador externo, eran fuertes para negociar el precio de las exportaciones. Pero nos hizo fuertes a nosotros también, porque nos quedaba el recurso de no vender, de que carece el chacarero aislado, de graduar la oferta y también de dirigirla a otros mercados forzando su apertura, política que complementaban los tratados bilaterales de comercio. Desde que éramos necesariamente compradores, no lo éramos necesariamente de un solo mercado. Adonde nos querían vender podíamos vender. En ocasiones, el precio de compra era superior al de mercado libre, pero era también superior el precio en que vendíamos al que acostumbraba a ofrecer el anterior vendedor. Si comprábamos más caro, vendíamos más caro, y sobre todo impedíamos que nuestra producción fuera utilizada con fines bajis-

tas en el mercado internacional, donde habíamos sido siempre el látigo y el que recibe el latigazo.

Es difícil encuadrar en el término restrictivo de estas notas la descripción de todo este panorama, con que se iba creando una economía nacional, a ensayos, tropezones, experiencias empíricas, llenas de defectos y de fallas, todas susceptibles de corregirse pero de cuyo balance comparativo con lo que urría antes y con lo que ocurrió después, quedaba plenamente demostrado que iba el rumbo de nuestras soluciones. Ahora lo hemos aprendido, después de la experiencia antinacional, y bien caro nos cuesta. No desaprovechemos la lección, para beneficiarnos en algo con el costoso importe.

Prácticamente, el país que vivía política y financieramente bloqueado, realizó entonces una verdadera guerra económica. A toda costa había que destruir el IAPI no por el IAPI mismo, sino porque era el punto de partida de una economía nacional que valorizaba la producción argentina en el mercado exterior.

Paralelamente, el desarrollo de la marina mercante, absorbía para el país divisas que antes eran exclusivamente para el extranjero, y lo mismo ocurría con la nacionalización del seguro, que rescató sus cuantiosos importes, que ya no hubo que girar al exterior.

Conviene referir aquí un episodio, en esta guerra de defensa de la producción nacional. Es lo que pasó con el aceite de lino, de cuya materia prima la semilla, teníamos prácticamente el monopolio internacional y sin embargo la vendíamos como tal, como semilla sin elaboración, y a los precios dictados desde afuera. Miranda limitó casi totalmente la exportación de semilla, y el país pasó a ser exportador de aceite de lino. Como únicos productores mundiales de esta oleaginosa, podíamos imponer el precio internacional. Los habituales ex-

portadores de semilla promovieron la resistencia de los países compradores, y encontraron eco en Estados Unidos, donde el gobierno subvencionó la siembra de lino oleaginoso (precio político), hasta tal punto que la subvención era superior al costo producción argentino. El erario norteamericano soportó una ingente pérdida durante varios años, para bloquear nuestra tentativa de establecer el precio internacional del producto. Con una mano amenazaba con su aceite subvencionado, y con la otra pretendía que le malvendiésemos y en semilla y no en aceite.

Miranda no vendía, y carecíamos ya de depósitos para acumular las existencias. Era una batalla que se perdió cuando salió Miranda; Argentina cedió y vendió, y días después de la venta, el precio internacional se triplicó.

Creo que perdimos una batalla que ya la teníamos ganada, pues el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos tenía apretado al Departamento de Estado, que era el que interfería por motivos puramente políticos, provocando la subvención, pues el Departamento de Agricultura no quería el deterioro que la explotación linera producía en sus escasas tierras aptas para el lino oleaginoso, y a las que correspondía dentro de la economía agraria norteamericana un destino más adecuado. Fue una cuestión de aguante, y evidentemente Estados Unidos puede aguantar más, pero este episodio ilustra sobre los papanatas que hablan de la libertad de comercio, ocultando que toda la producción rural de Estados Unidos está subsidiada por la industria, en la etapa actual de su economía, como la economía agraria subsidió, con la protección, a la industria hasta que Estados Unidos llegó a los altos niveles de desarrollo, que es lo que debe buscar toda economía nacional. Simplemente, no quieren que hagamos nosotros lo que ellos hicieron, porque es el camino de la liberación.

Defendíamos, pues, el precio internacional de nuestros productos, unificando la comercialización en un organismo del Estado, beneficiándonos del transporte y el seguro, exportando trabajo a través de la exportación de materia prima cada vez más elaborada, y rompíamos el bloqueo internacional, de origen político, de la unanimidad de las grandes potencias, y el de origen comercial de los grupos monopolistas de nuestra exportación, forzando a través de los tratados bilaterales la apertura de nuevos mercados, y liberando nuestros precios del papel bajista que les hacían jugar los consorcios internacionales.

Es decir, en síntesis, que por la restricción de las compras, con exclusión total de las superfluas o prescindibles, y su gradación según la utilidad, a través de variados tipos de cambio que la contemplaban, se obtenía la reducción del consumo de divisas. Y a través de la industrialización, siquiera primaria, de los productos del agro, de la absorción de gran parte de fletes y del seguro, de la apertura de nuevos mercados y de la fijación de precios fuera de la voluntad de los consorcios, como resultado de los tratados bilaterales, mejorábamos la parte activa de nuestra balanza de divisas, corrigiendo en lo posible las consecuencias de la relación desfavorable del tipo de intercambio. Exportar a mejor precio. Obtener más por menos.

Puntos de partida éstos que fueron destruidos al día siguiente del 16 de setiembre de 1955. Yo no sé si fue el precio de su contribución revolucionaria que el Cacho Otero obtuvo la revocación de la ley de represión del contrabando, pero es una rara coincidencia que los "Cachos Oteros" de comercio internacional consiguieran la inmediata destrucción del IAPI, restableciendo las formas "tradicionales" del comercio exterior, y del interior, desde luego, y que se derogasen los convenios bilaterales. Lo que el país pierde ahora lo ganan los "exportado-

res tradicionales" y las economías abastecidas a menor precio.

A este último respecto, los Krieger Vasena, los Verrier, los Alsogaray, los Cueto Rúa, y todos los que se complicaron en ello, tienen una cuenta que rendirle al país. ¿A usted, general, a usted coronel, a usted, teniente, se le ocurriría desmontar los cañones en el preciso momento en que los monta el adversario? ¿A usted, almirante, a usted, capitán de navío; a usted teniente de fragata, se le ocurriría apagar los fuegos de su barco en el momento en que su adversario da presión a sus calderas? ¿A usted, brigadier o comodoro, se le ocurriría sacar los motores de sus aviones, en el momento que alzan vuelo los del adversario? Sólo un traidor o un tarado puede hacerlo.

Y eso se hizo en el Club de París. En presencia de los mercados comunes que se organizaban, y de los que ahora parecen sorprenderse.

¿No les parece canallesco que los mismos comediantes anden mendigando ahora un huequito de entrada en el comercio internacional, cuando son ellos los que cerraron la puerta que teníamos abierta? ¿No comprenden que todo eso se hizo para colocarnos en situación de mendigos, de vendedores sin clientes, a quienes se les pone la pata en el cogote y se les hace largar la mascada? ¿Grosero? ¡Grosero es lo que han hecho ellos, mientras en el Club de París cuidadosamente vigilaban los intereses de Bernberg, a quien sí le resolvían los problemas, en contra del país!

Todo esto lo previne en 1956 y los 40.000 ejemplares de "El Plan Prebisch" advirtieron al pueblo argentino, pero no fueron eficaces donde debían serlo.

No lo recuerdo ahora para darme corte. Lo recuerdo para que se vea cómo a toda esta canallería y sus planes se la conoce simplemente con tener po-

sición nacional y vivir apasionadamente los problemas de la patria. ¿Es acaso cierto que se ha destruido el IAPI? Inexacto. Se lo ha sustituido por el IAPI que regía antes de su creación. Por Bunge y Born, y Dreyfus, por ejemplo, que funcionan igual que el IAPI, que operan lo mismo, pero con signo inverso. En contra del país.

PARTE II

SOBERANÍA POLÍTICA Y ECONOMÍA NACIONAL¹

1. - UNA ESTRUCTURA ECONÓMICA EN FUNCIÓN DE UN COMERCIO EXTERIOR COLONIAL

Hemos definido a grandes rasgos una política económica nacional: disminuir la erogación de divisas por la liquidación de la deuda externa, la restricción a lo imprescindible de las importaciones, y graduación de éstas por los tipos de cambio, y total represión del contrabando. Defensa del precio interno y externo de la producción nacional, unificando la oferta y diversificándola en el mercado mundial, por organismos como el IAPI, susceptibles de perfeccionamiento, y que pueden estar en manos directas de los productores, así como la absorción de las divisas correspondientes al transporte y al seguro. Y una política comercial internacional de país absolutamente soberano, que comercia donde le conviene, poniendo el mundo todo en competencia para su oferta. Los tratados bilaterales eran uno de sus instrumentos.

Y aquí ya se ve la inmediata vinculación entre economía y política internacional. No se puede ejercer libremente el comercio nacional sin el ejercicio total de la soberanía. No se trata de occidentalismo ni de orientalismo. Se trata de intereses

¹ Las notas de esta Parte II se publicaron entre el 6 de junio al 2 de julio de 1962 en el diario *Democracia*.

nacionales. Estados Unidos bloquea a Cuba, pero Canadá e Inglaterra dicen: "Me ne frego". Y se "fregan" también comerciando con Rusia y China. Y nosotros somos más papistas que el Papa. Hemos aceptado que se ampute del mundo la mitad del mundo, para que nos quedemos sólo con los mercados "tradicionales"; mientras continentes enteros, como África, Asia, y nuestra América latina, están necesitando de nuestra producción. Los nuevos mercados no se conquistan en un día, pues hay que acreditar la producción, organizar el sistema comercial, y de transporte, y adecuar los productos a las exigencias de los nuevos mercados, distintos a los tradicionales. Pero esto es imposible si no hay una política nacional firme, porque los habituales explotadores de nuestra producción nos imponen desde afuera, y so pretexto de cuestiones políticas, que actuemos como bloqueadores en los mismos mercados donde ellos están vendiendo. Se habla de las excelencias del comercio privado, pero yo pregunto qué comerciante privado se va a arriesgar a organizar una nueva línea comercial si en cualquier momento le sale un Bonifacio del Carril y se la prohíbe porque le ordenan desde afuera, o simplemente, porque se imagina que con eso va a ser más grato al sistema que le dicta la política internacional. Es que hasta para vender camisas o tortas de lino, hace falta la soberanía.

Recordaré de nuevo que en seguida de la revolución de 1930 fue disuelta la Yuyamtorg, una entidad que se proponía organizar el comercio con Rusia, y el doctor Honorio Pueyrredón, que la presidía, fue acusado de stalinista. Han pasado desde entonces treinta y dos años, y en esos treinta y dos años, Inglaterra, Estados Unidos, Francia, todo Occidente, comerciaron con Rusia, mandaron sus ingenieros y sus capitales para colaborar en el desarrollo moscovita, en la NEP, financiaron y construyeron diques, usinas hidroeléctricas, fábricas, es-

pecialmente de industria pesada, alternativamente fueron amigos y enemigos de Rusia, según sus conveniencias y las de Moscú, hicieron la guerra juntos, se separaron, compitieron y colaboraron. Treinta y dos años en que cada uno ha hecho su negocio y su política y nosotros hemos hecho el idiota.

¿Pero por qué somos idiotas, o por qué nuestros gobernantes son sinvergüenzas, enemigos del país, sirvientes de los que nos explotan, cipayos en una palabra?

La tercera posición argentina es pues una exigencia no sólo de la soberanía abstracta, sino de nuestros concretos intereses nacionales, como lo es la tercera posición de Inglaterra y Canadá en Cuba, o la tercera posición de De Gaulle en Francia; una exigencia del interés nacional, que deja de ser tercera cuando el interés nacional lo exige, pero solamente entonces. Por razones ideológicas y culturales, sólo tienen posición dependiente los que quieren ser dependientes.

Entonces interesa saber quiénes quieren ser dependientes.

Desde luego, todos los organismos de publicidad, todos los sirvientes de la "inteligencia" que viven de la superestructura cultural creada para que el país no sea país; los que ejercen el monopolio de nuestro comercio exterior, y un sector de la ganadería argentina que está organizado exclusivamente para el suministro a un mercado exclusivo. Son esos que dependen de que Inglaterra compre el "chilled", porque es lo que ellos producen, y no quieren reestructurar la producción ganadera porque simplemente son intermediarios entre el productor de hacienda y el frigorífico, y sólo les interesa el margen del invernador, que lo tienen asegurado por bajo que sea el precio. A ellos les interesa la pobreza, la decadencia y la miseria del país, porque les interesa el bajo costo de producción exclusivamente, para poder seguir la ca-

rera de los bajos precios que imponen desde afuera. Ellos se oponen a que se subvencione el costo de la vida o el desarrollo industrial, y viven de un sistema de subvenciones a la exportación, en que todo el país les compensa el bajo precio, cada vez más bajo, que paga la exportación de su tipo de carne. Forman parte del sistema extranjero de explotación del país al mismo título que los "tradicionales" exportadores de nuestros cereales, y manejan desde la Sociedad Rural la opinión de los productores agrarios, criadores, o vendedores en el mercado interno, que son sus víctimas, porque de la caída de los precios internos ellos se benefician. Ellos entregaron el país en la década infame (Tratado Roca-Runciman) y lo entregaron otrora y siempre al precio de conservar una cuota de carne —que el precio no importa que sea vil, pues con miseria argentina bajan los costos—. La prosperidad de los argentinos cambia la base de sus negocios y por eso se oponen al progreso y a la grandeza. ¿Las vacas? ¡La madre son capaces de entregar para que esto siga así!

Ahí andan mendigando cuotas, y mendigar es pedir mal precio. Así se explica que de 1955 en adelante los precios sigan bajando, y que cuando se logran más exportaciones, que para ellos es el desiderátum, obtenemos menos dólares por más carne. Es la vieja teoría de los saldos exportables, que son óptimos cuando disminuye el consumo local. Se llama con frecuencia "saldo exportable" al faltante en la alimentación del pueblo argentino. Peón barato y población urbana mísera es su ideal, porque su única finalidad, coincidente con la de los exportadores, es bajar costos, para exportar a bajo costo, es decir, eliminando la competencia del mercado interno de consumo, por la miseria popular. Entonces ellos hacen las mismas diferencias, con menor giro, pues compran más barato el terneraje. Y ni siquiera todos los invernadores, por-

que ellos están cuidadosamente clasificados por los frigoríficos, que saben quiénes influyen en la política económica y los benefician al aplicar la tipificación.

Desde el '55 hasta ahora ha habido bruscas valorizaciones en beneficio del agro, de cuyo resultado los precios ganaderos se han multiplicado varias veces. Por este simple hecho, que gravita en los costos, toda la economía ganadera tendría que estar saneada totalmente de deudas, ya que ellas se habían contraído a los valores de la moneda anterior. Si la variación del valor de la moneda no es una capitalización en el sentido lato, lo es necesariamente en cuanto al saneamiento del pasivo. Y sin embargo, los ganaderos vuelven a estar en la misma situación de aprieto, porque las dos operaciones monetarias sólo sirven para encubrir la realidad de que los márgenes son absorbidos de inmediato por el negocio de intermediación, que se ha logrado con la libre empresa y sobre todo por el bajo precio de la provisión al exterior.

Ese pequeño sector de la ganadería argentina sabe que su privilegio termina si nuestro abastecimiento deja de depender del comprador tradicional, y que hay que reestructurar toda la economía ganadera de la zona ocupada por el "chilled", dirigiéndola a la producción diversificada que demandaría un mercado de compras internacional diversificado. Ellos saben además que la restricción de compras de los mercados internacionales no es fundamentalmente una cuestión de precios sino una cuestión política. Precios políticos son los de la ganadería interna de Gran Bretaña y precios políticos los de los dominios; precios políticos serán los del Mercado Común Europeo si Inglaterra entra, precios políticos y restricciones políticas son los que cierran el acceso de las carnes envasadas y curadas al mercado de Estados Unidos, porque la aftosa vale lo mismo que la mosca del

Mediterráneo para ocultar una realidad demasiado evidente. La Argentina es el único país que no puede hacer precios políticos, porque su ley exclusiva es la de la oferta y la demanda, frente a un mercado mundial de precios políticos, y al que las ideas políticas de sus gobernantes reducen en la mitad, violando aquí la ley de la oferta y la demanda, en función de la política de los otros.

Con las panaceas que trajo el liberalismo figuraba el aumento de la extensión sembrada y el aumento de los stocks ganaderos. Hace años que rigen esos beneficios, y el stock ganadero no aumenta sino que disminuye, y las superficies sembradas no revelan aumento apreciable, en los años buenos, y sí desastrosas disminuciones en los malos.

Y cuando ocurre que el volumen de las exportaciones aumenta, descubrimos azorados que hemos vendido más cantidad por menos dólares. Ya no se le puede echar la culpa al IAPI, ni a la política bancaria, ni a la falta de maquinarias, ni al déficit genético. Pero rehuyen ir a las causas profundas de nuestros males, que son un problema de mercado y comercialización, que sólo resolveremos cuando los afrontemos desde el ángulo en que marchábamos hasta 1955. Esto estaba mucho mejor entonces a pesar de que estábamos en plena transformación de nuestro tipo de economía, es decir en una difícil etapa de transición, en la que lo frecuente es que los inconvenientes de la alteración económica que esto apareja se adelanten a las ventas que serán su fruto en el tiempo. En plena transición por el simple hecho de aplicarle directivas nacionales con instrumentos nacionales al comercio exterior, la situación era infinitamente más favorable que la actual.

Corresponde aquí una explicación. Nuestras formas tradicionales de comercio exterior han determinado nuestras formas internas de producción. Se oye, por ejemplo, decir, para no apartarnos de

lo ganadero, que el nuevo mercado inglés de carnes está reclamando un tipo distinto al que producimos, y se plantea la necesidad de ir hacia más carne y menos grasa, con la introducción de razas nuevas. Pero esto es muy difícil, porque nuestros ganaderos han producido razas que correspondían al interés británico anterior, y cambiar estas razas no es fácil. Se habla del "charolais", por ejemplo. Si el problema dependiese exclusivamente de los toros, sería fácil la transformación en pocos años, pues, con planteles no muy numerosos e inseminación artificial, la tarea es relativamente fácil. Pero el problema depende de las madres, porque la organización de nuestra ganadería ha determinado animales de poca pelvis e inaptos para la parición de terneros grandes, como los de esa nueva raza. Y modificar los planteles de madres ya es otra cosa mucho más difícil.

Cito este hecho como ejemplo para demostrar en qué manera el que maneja nuestro comercio exterior ha impuesto desde afuera nuestras formas de producción, y cuyo cambio también depende en absoluto del que organizó su actual estructura.

Es así que la llamada "clase dirigente" argentina no es un fenómeno aislado en el país. Los novillos tienen su misma contextura, fisiológica, si no mental y depende del exterior el cómo son, del mismo modo que depende del exterior cómo piensa aquélla. El gobernante cipayo tiene en el novillo cipayo su réplica un poco más animal.

Tienda usted su vista al mundo. Ahí está África. Es un continente verde, según la idea que nos dan los mapas; en realidad, es un continente de tierras erosionadas y con un enorme déficit alimentario. Rico en productos tropicales, lo es más aún en materias minerales que nosotros necesitamos, y en energía hidráulica, útil para su transformación primaria. Nosotros podemos alimentar a África, que no exigirá tanto veteado de carnes y

sutilezas de paladar. Que absorberá gran parte de nuestra producción agrícola y lechera, y no en sus formas primarias, sino previa transformación industrial. Deliberadamente hablo de África y no de Oriente o de la América Latina, donde el "occidentalismo" exige que no nos metamos. Pero organizar el comercio con África supone líneas de transporte, comerciantes, vendedores y compradores, adecuación de nuestros productos, en fin, una lenta preparación del mercado de intercambio, que contrariaría todos los intereses creados de nuestra estructura económica colonial. Sólo la nación puede afrontar ese problema, poniendo en vereda a las fuerzas extrañas que la obstaculizarían, y orientando y creando los medios necesarios. ¿Es posible con la libre empresa actual, que es la libertad de los monopolios para impedirnos nuevos rumbos y creaciones? Es imposible no sólo la realización material, sino la adecuación de la inteligencia pública con los mecanismos de publicidad que tan bien había analizado Bonifacio del Carril en otra época.

Sólo una revolución nacional puede hacerlo. La voluntad de un país soberano que quiere organizar su economía de manera soberana. Sólo haciendo lo que los Estados Unidos, Inglaterra o Alemania o Rusia hicieron en su hora, podemos hacerlo.

Pero el cipayo se encarga de que nuestra hora no llegue, y que nuestra independencia sea simplemente una palabreja, que aún como palabreja los cipayos han reducido a su mínima expresión.

Pero tenemos una experiencia. Volver a ello se impone.

2. - COSTO, SALARIO Y EXPORTACIÓN

Reducir la necesidad de divisas por la producción nacional, y por el racionamiento de lo exclusivamente imprescindible, mediante el permiso de cambio previo y sus distintos tipos, sumado a la

eliminación de la deuda externa, que como hemos dicho absorbía el 30 por ciento del producido de nuestro comercio exterior, fueron las medidas destinadas a disminuir nuestra necesidad de divisas. Ellas habrían de completarse, para lo cual la obra estaba empezada, por la disminución de las importaciones de combustibles. Río Turbio, conocido pero deliberadamente olvidado desde que fue descubierta a fines del siglo pasado —y digo deliberadamente, porque ésa había sido la política minera de la oligarquía, vinculada a la importación de carbón inglés, primero, y de petróleo de Oriente, después, como medio de pago de nuestro "tradicional" comprador— se pone en marcha, y la vasta obra hidráulica tiende a sustituir por hulla blanca las importaciones de combustibles. Ya se ha dicho que ésta es empresa de largo alcance y dificultada por el bloqueo internacional impuesto y por el particular de los grandes consorcios eléctricos, que exigían como condición para proveer que se les resolvieran favorablemente las restauraciones de las leoninas concesiones de la ANSEC y la CHADE. Era ésta una cuestión a negociar —tanto tomas, tanto das—, que después de 1955 se resolvería graciosamente para ellas, mejorando aún la condición anterior, y sin que dieran nada en compensación, como no ser muchas palabras democráticas y libre-emprendistas y cargos en los directorios y en los bufetes para personajes de la entrega.

Ya hemos dicho que en 1954 cambia el panorama energético del país con la comprobación de las grandes reservas petrolíferas de que se dispone, y esto decide al gobierno a acelerar la solución del problema. Aparece aquí la cuestión de la California, de que hablaremos más adelante, pero entretanto, con el primer gasoducto, ya se ha abierto un nuevo camino para resolver el problema del combustible al margen de la importación. También

en San Nicolás se ha puesto en marcha la siderurgia, se termina Zapla y se compra por Fabricaciones Militares Sierra Grande. Es una política que requiere tiempo pero que está en el camino de nuestras soluciones y que debe ser continuada por cualquier gobierno de orientación nacional, mientras que por la política internacional del cono sur se encara la solución de fondo, los yacimientos de hierro de Mutún, en territorio boliviano, ríos Paraná y Paraguay arriba, con transporte fluvial que se vincula a una política internacional por el tipo de la Uruguayana, que se intenta destruir, fácil y barato, que son la solución definitiva, pero con el deliberado propósito de impedir la formación de un bloque soberano en esta parte del continente. Vemos aquí también cómo soberanía política y economía nacional son conceptos inseparables, como lo veremos más adelante, son inseparables en materia de estrategia militar.

Si los tratados bilaterales nos permiten liberarnos de la presión del comprador único, y diversificar el mercado comprador, mejorando el precio de nuestras exportaciones y creando mercados que las diversifican y permiten su exportación elaborada o semielaborada, su destrucción fue un salto atrás deliberado. Para cualquiera que siga los diarios, verá que este problema está planteado hace muchos años, en la cuestión del mercado común europeo, entre otras. Verá lo fundamental que el problema es y cómo la suerte de las naciones y los imperios puede decidirse allí. Pues bien, aquí se decidió, contra el interés nacional, entre gallos y medianoche, dando la facultad decisiva a unos mequetrefes ignorantes y petulantes, alternativamente empleados públicos o de las grandes empresas, que destruyeron todas las defensas de la economía argentina. Eso se hizo en la misma manera que el IAPI, en beneficio exclusivo, inmediato, de los exportadores "tradicionales" y mediato de los

mercados "tradicionales" también. Si la destrucción del IAPI significaba entregar el mercado interno, la de la política comercial argentina significaba la entrega del mercado externo. El objetivo era aumentar las exportaciones cobrando menos por las mismas. Más tonelaje y menos dólares, como lo comprueban las estadísticas.

El más tonelaje debía de salir del menos consumo argentino, porque la producción no aumentó, y el menos precio, de la miseria popular; todo el canallesco aparato de publicidad se dedicó a hacer creer que la miseria de los argentinos beneficiaba a los productores rurales, que el menor salario o la desocupación, con su secuela de mano de obra barata, al bajar los costos iba a beneficiar a los productores rurales, estimulando su egoísmo. No es así, como se ha visto, porque los márgenes que se adquieren a ese precio, destruido el IAPI, como defensa inmediata del productor, y reduciendo el mercado internacional al monopolio de los exportadores, los absorben exclusivamente éstos, que son los que se transfieren la baja en el costo de producción, con la complicidad de los gobernantes entreguistas.

El ministro ha dicho una falsedad que hay que desmentir. Dijo que la Junta Nacional de Granos no disponía de recursos para pagar a los agricultores, porque el importe de sus ventas a los exportadores era transferido a la Tesorería General. La verdad es ésta: los exportadores retenían el importe dólares, pagando mal y tarde, con lo que realizaban dos negocios. Colocaban los dólares de que disponían a interés usurario en el mercado interno, cosa que sabe cualquiera que haya tenido que comprar dólares, en primer término, y en segundo término retardando el pago privaban de recursos a la Junta de Granos para pagar los precios sostenidos, con lo que ellos le compraban al productor necesitado de vender por debajo de esos precios.

Todas las veces que el Banco Central ha tenido que salir a la plaza a *sostener el dólar*, ha sido cuando la Junta de Granos, ante la grito de los productores rurales, obligaba a los exportadores a pagar, y por consecuencia a liquidar su posición dólar en el mercado. La afluencia de los mismos motivaba la baja, que el Banco Central tenía que corregir. En una de esas fuertes "posición de dólares" estaban los exportadores en 1962 en el momento en que Pinedo lanzó su especulación, lo que les permitió pagar a la Junta de Granos con dólares de \$3, los dólares que vendieron a 110. Esto es un episodio incidental que se arquitectura en el bandidaje sistemático que nuestros entregadores llaman "libre empresa", que consiste en la libertad de los monopolios, y en la esclavitud de los libres productores, privados de sus instrumentos nacionales de defensa.

En esta cosa, como en cualquier otro crimen, no se necesita ser un Sherlock Holmes para descubrirlo. El móvil está donde está el beneficio. De toda esta política económica antinacional el beneficiario mediato es el país que busca abastecerse barato en nuestro mercado, y el inmediato, el comerciante que hace sus ganancias en el sistema. No hay una sola medida que no haya sido hecha en obsequio directo de Bunge y Born, de Dreyfuss, de nuestros "tradicionales" exportadores, o de Bernberg y sus monopolios internos, o de las compañías de electricidad, que han multiplicado su patrimonio a expensas de los argentinos. Y ha concurrido y concurre a esa política de empobrecimiento del país, el abandono de la tercera posición, el sometimiento incondicional a políticas internacionales que están dictadas, no en nuestro interés, sino en el de las grandes potencias. Solamente siendo cretino se puede creer que es comunista o fascista una política nacional, como han pretendido los entregadores de la patria. Hacer una política nacio-

nal es hacer lo que han hecho Inglaterra, Estados Unidos, Rusia, Francia, Alemania, Italia o España, y lo que hacen ahora y lo que harán mañana y lo que harán siempre; no nos manejemos por ideologías y propaganda, de izquierda o de derecha, porque sólo el interés nacional puede dictar nuestra política.

Y pensar que esto lo entiende un peón, un anal-fabeto, y no lo entiende un doctor, y lo que es peor, no lo entiende un almirante, un general o un brigadier dándose así la paradoja de que las únicas fuerzas armadas antinacionales que existen en el mundo son las argentinas. Porque en cualquier país hay que andarlos parando a los hombres de armas para que no sean tan nacionalistas, y aquí hay que andarlos parando para que no sean tan antinacionales.

Lógicamente, el resultado es que se hace poco elegante andar de uniforme por la calle, como era poco elegante en los últimos años de la dominación inglesa en la India, el turbante de los nativos que formaban las fuerzas de ocupación.

Una de las mentiras más frecuentes es que estamos internamente en altos costos de producción, mentira difundida por la Sociedad Rural y todos los órganos de la prensa cipaya, que ponen en primer término el alto salario.

Siempre nuestro costo salario ha sido muy bajo, internamente. Hasta cuando el salario tenía gran poder adquisitivo era bajo, gracias a que las formas nacionales de comercio exterior permitían subvencionar la alimentación y el transporte, entre otros rubros. Teníamos, gracias al bajo costo de vida, alto salario interno y bajo salario internacional. Ahora, que lo único que se ha conseguido con la creación de lo que llaman "condiciones internacionales" es que tengamos un alto costo de vida, casi equiparable al norteamericano; si tenemos en cuenta que no gravitan en él mismo los

costos de confort y comodidad de aquel país, nuestro salario es bajo internacionalmente. Y sólo lo comparable al más pobre de Europa, el de España, país que por su pobreza natural está marginado de las condiciones típicas de producción europea.

De todos modos el salario medio español está en las cien pesetas diarias, lo que hace dos mil quinientas pesetas mensuales, tal vez mejorado, después de los últimos conflictos gremiales. Esto significa, al cambio actual, unos tres mil quinientos pesos argentinos, pero si se considera que el costo de vida español es hoy un treinta y cinco o cuarenta por ciento más bajo que el nuestro, está a la par del salario argentino como salario internacional. Pero con el agregado que la plena ocupación existente en España permite reforzar las entradas con otros recursos provenientes de actividades marginales, como ocurría entre nosotros en el momento en que cayó el poder adquisitivo de los salarios, pero subsistía la plena ocupación.

Me he referido especialmente a España, porque España y sus trabajadores provocan la sensibilidad exquisita de nuestros explotadores de "cabecitas negras", de los que quieren una "discreta" desocupación y provocar la baja de los costos a expensas de la pobreza de los trabajadores argentinos. Por otra parte, también conviene enfrentar la leyenda de que el salario incide y provoca el aumento de los costos, cuando la relación es inversa. En las condiciones actuales la reclamación de aumentos es provocada exclusivamente por el alza del costo de la vida, como ocurre siempre que una economía entra en etapa de depresión. Distinto el caso de una etapa de activación, en la cual la demanda de trabajo crea las posibilidades de que el salario se adelante al aumento de costo. No en el caso actual.

Pero comparemos el salario francés, el italiano,

el alemán, el inglés o el norteamericano, como el dinamarqués, el holandés, o el suizo, que son infinitamente superiores al nuestro, como salarios nominales y como salarios reales.

Veamos un caso: el de la industria lechera. Se dice que no estamos en costo para competir. ¿Con quién? ¿Con Dinamarca, Holanda, Canadá e Italia que son los principales exportadores?

No puede haber más burda mentira. El salario y su poder adquisitivo pasa del doble que en la Argentina. En cuanto a la forma de producción, particularmente en los tres países fríos mencionados, allí hay que estabulizar las vacas lecheras durante todo el invierno, a causa de los fuertes fríos y la nieve. Esto supone costosas construcciones, calefacción, mucho personal y alimentación a grano, mientras aquí la explotación lechera se hace a la intemperie, con escaso personal, el ordeñador y el boyero, y con alimentación a pastoreo durante todo el año. La elaboración del producto, primaria y simplista, no requiere costosa maquinaria, ni el salario gravita fundamentalmente en el precio, a pesar de ser bajo.

La lógica es que tenemos los mercados mundiales a nuestra disposición. ¿Por qué no ocurre eso? Porque deliberadamente se oculta que todo el secreto están en la comercialización y en las condiciones en que se llega al mercado comprador.

3. LA MORALINA DOMÉSTICA AL SERVICIO DE INTERESES ANTINACIONALES

Cada vez que hay un escándalo y éste tiene gran difusión periodística, yo desconfío del objetivo del mismo. Los verdaderos escándalos, como el del revalúo preventivo de Pinedo, como la sanción del "Estatuto Legal del Coloniaje" en la Década Infame, los negociados que han significado los arreglos ANSEC y SEGBA, la restauración del

grupo Bemberg, no goza del favor de la gran prensa, ni motivan la agitación de las agencias telegráficas internacionales. Destruir, por ejemplo, la fábrica Mercedes Benz para después comprar los ómnibus que allí se debieron fabricar, en Brasil donde se mudó, y dar entrada en condiciones mucho más gravosas a treinta o cuarenta fábricas de automóviles, no provoca escándalo. No provoca escándalo tampoco entregar todo el manejo de la producción rural argentina a los consorcios exportadores extranjeros. Se arma escándalo precisamente para tapar esto o para impedir aquello. Es escándalo que un comerciante haga una diferencia en un negocio con el IAPI y es coima. Si Bunge y Born, Dreyfus, etc., se quedan con todos los negocios del IAPI y con el de todos los productores simplemente negocio y acto de gobierno y libre empresa el que despoja a los productores de su ganancia y al país del precio internacional verdadero.

El escándalo ocurre cuando un criollo o turco o judío local se arma de unos pesos. Nos han enseñado que debemos imitar el ejemplo de los Rockefeller, de los Morgan, de los potentados anglosajones, que como se sabe empezaron vendiendo diarios, que parece es una condición indispensable para llegar a millonario. Pero cuando algún enfermero, botellero, o cualquier clase de aivado criollo empieza a levantar cabeza, todo el mundo se indigna recordando que ha sido enfermero o botellero, y se pone a descubrir cómo hizo la plata y con qué ventaja. No se ponen a averiguar cómo la hicieron los Rockefeller y los Morgan, que no fue atando perros con longanizas. Es cierto que la guaranguería del enriquecido favorece el escándalo, porque empieza a aparecer con coches coludos, y con el consabido leopardo de tapicería sobre el respaldo del asiento trasero. Esto provoca la reacción indignada del que tiene plata de an-

tes, lo que no quiere decir que el padre no haya sido un botellero, y sobre todo del tilingo. Y el tilingo anda por todas partes.

Darío Alessandro, ex director del Banco de la Provincia, ex diputado provincial, ex intendente de Rojas y diputado provincial electo por la segunda sección electoral en la última elección por los proscriptos, fue en tiempos de FORJA uno de sus mejores combatientes.

Austero y digno ciudadano si lo hay, guardo para él lo más delicado de mi afecto, porque siempre fue el primero en las tareas ingratas, anónimas y duras y el primero en quedarse en la oscuridad y el desinterés. Todo esto no hace a lo que voy a contar, pero aprovecho la oportunidad para rendirle un homenaje en el que estaba en deuda. Contaré una anécdota suya sobre esto de los tilingos para que se vea que en todas partes se cuecen habas.

Siendo Alessandro intendente de Rojas, se recibió de maestra una chica muy pobre del pueblo, y él le consiguió empleo. Nunca ésta había salido del ámbito reducido del pueblo y para que conociera Mar del Plata le consiguió un pasaje y una estada de diez días en el balneario por turismo social.

Esto pasó hace diez o doce años. Pues bien; este verano último Alessandro encontró a la madre de la maestría y le preguntó:

"—¿Ha ido este año la nena a Mar del Plata?"

Y la madre contestó:

"—No; ahora va a Punta del Este. A Mar del Plata va cualquier clase de gente".

Esto lo cito para que se vea que los tilingos andan por todas partes y no son necesariamente pitucos. Cualquier guarango botellero, una vez que se "para", ya empieza a razonar como tilingo y a despreciar a los que vienen atrás. Y a pensar como si lo hubiera heredado.

Si hay gente que debe estar prevenida sobre el escándalo son los peronistas, y sobre todo sobre el escándalo movido por los grandes diarios. Pero todavía no han aprendido bastante y "entran" como cualquier hijo de vecino.

Precisamente, bajo el gobierno de Perón era embajador en la India un distinguido ciudadano de San Juan, que había sido antes senador nacional: el doctor Tascheret. Al doctor Tascheret un súbdito inglés lo agredió, primero verbalmente y después físicamente, en un gran hotel de la capital de la India. Pero ésta no fue la versión periodística. Las grandes agencias telegráficas informaron desfigurando el episodio y el local, presentando al embajador como borracho y al gran hotel como un centro de diversión de equívoco ambiente. Los diarios locales reprodujeron la información con amplitud, incluyendo la cadena oficial, bajo la genial dirección de los Apold y los Aloé. El resultado fue que el embajador Tascheret fue llamado, apartado de la carrera diplomática y ni siquiera pudo entrevistarse con el presidente de la República para explicarle la naturaleza del hecho. Dos años después, un funcionario de la embajada argentina en la India, testigo presencial del hecho, fue trasladado a Sudáfrica, y allí tuvo oportunidad de reconocer al agresor en un alto personaje de los servicios de inteligencia de la Gran Bretaña.

¿Qué había pasado? Sencillamente, que entre las importaciones "tradicionales" de la Argentina, un renglón muy importante, el yute de la India, era utilizado por el comercio británico como uno de los medios de pago de nuestra producción. Tascheret, en tratativas con el gobierno de la India, había logrado vencer enormes obstáculos de toda naturaleza y tenía en trámite muy adelantado un convenio de trueque de yute por productos argentinos. Esto significaba la apertura de un mercado directo nuestro para nuestra producción, y la eliminación

de un intermediario, que gravitaba en los dos costos: venta y compra. Se promovió el escándalo como último recurso para eliminar un embajador que estorbaba, y los tilingos del país, incluyendo los peronistas, se preocuparon de las supuestamente comprometidas buenas maneras diplomáticas, hicieron el juego previsto al promover el escándalo y perdimos, junto con el mercado comprador de la India, la importación directa del yute que necesitábamos. Un embajador borracho, es tan buen pretexto como el comunismo o el fascismo o lo que sea, para cerrarnos mercados.

La moral puede ser un gran negocio.

Hace ya muchos años, conocí un sujeto que era director de una escuela particular. Era en las épocas "prósperas" en "tiempos de la República", como dice el doctor Pinedo, cuando era fácil alquilar casas, porque había muchas desocupadas, en razón de que había pocos que pudieran pagar el alquiler. Al revés de lo que pasó después, cuando la miseria consistió en que no había casas para alquilar, porque había exceso de gente que podía pagar el alquiler y esto me lleva de la mano al asunto de las "Villas Miserias", que el escándalo se preocupa que aparezca como un síntoma de pobreza y no de prosperidad, como lo es, cuando la abundancia de trabajo y de medios de pago ha creado una demanda que supera la oferta de viviendas. Villa Miseria no es el desiderátum, pero es mejor que Villa Desocupación, y los que están en Villa Miseria no vienen de ningún palacio, sino de chozas mucho peores y sin pan, que eran las que tenían en "tiempos de la República".

Pero volvamos al sujeto de la escuela mudable. El asunto consistía en lo siguiente: en cuanto encontraba una casa situada dentro del radio inmediato a una de esas posadas donde se refugia el amor clandestino, el tipo instalaba su escuela particular, y en nombre de la moral y de acuerdo a

las ordenanzas vigentes, pedía la clausura de la posada, pues podía afectar su cercanía la moral de sus educandos, que eran alquilados, como suelen ser las criaturas de las mendigas. Inútil es decir que el dueño del establecimiento denunciado lo "arreglaba", con lo que el "ético" maestro trasladaba la escuela a las inmediaciones de otra posada y empezaba de nuevo a moralizar. Este tema da para bastante. Hoy mismo cuando Buenos Aires tiene una triple población que entonces, los recursos económicos se han multiplicado varias veces y la libertad de costumbres aun mucho más, Buenos Aires tiene muchos menos de esos establecimientos que antes. No se dejan abrir en nombre de la moral y están de acuerdo en eso el párroco, las sociedades de fomento, el magisterio, el periodismo, todo el mundo que es moral. Y especialmente, los dueños de los establecimientos que tienen prácticamente un monopolio de hecho, que le hace rendir al negocio mucho más que antes, cuando había menos población, menos recursos y costumbres más morigeradas. Y también están de acuerdo los que hacen funcionar establecimientos clandestinos. De donde los moralistas vienen a ser los mejores instrumentos de los explotadores del ramo.

Traigo este ejemplo para que se vea cómo la moral chiquita, doméstica, puede ser utilizada para combatir la moral grande. Detrás del miedo al enriquecimiento, más o menos inmoral, de algún criollo, turco, o judío o lo que sea, local, funcionan los grandes intereses destinados a impedir una política económica conveniente para el país, y cuya consecuencia fatal, inevitable casi, es la existencia de inmoralidades locales que son reflejo del desarrollo capitalista.

Me estoy refiriendo al comercio, a los negocios, y el mismo dios de los comerciantes es el de los ladrones. Mercurio. Desarrollar el país implica aceptar que los negociados se hagan aquí y que sus

beneficiarios sean locales. Es la cuota de inmoralidad que se paga por la prosperidad económica. No se trata de que la inmoralidad no exista antes de esa prosperidad. Se trata de que es visible cuando los beneficiarios están a la vista, son personas de carne y hueso, que conocemos, y que el mecanismo de la inmoralidad internacional tiene interés que se ponga en evidencia. Una sociedad de peones, la única inmoralidad que puede tener es la inmoralidad de los peones, que puede ir de lo sexual al pequeño hurto, pero no conoce la inmoralidad de los negocios, y a lo sumo conoce la del comisario que se traga dos vigilantes o del tintorero que cobra una coima por un trámite. Entre tanto, la gran inmoralidad vinculada a la expoliación del país pasa desapercibida, y nadie grita, porque la inmoralidad de los tradicionales, y sobre todo cuando son extranjeros y tienen sus sedes en el exterior, nadie la percibe, y el mecanismo de la publicidad está organizado para silenciarla.

Todo el mundo conoce a los políticos que viven del escándalo local. Es raro que griten contra esos mecanismos internacionales, pero son los mejores instrumentos para salirles al cruce a los competidores criollos. Algunos son de buena fe, hombres honrados, pero cuya capacidad mental no les permite superar la visión de la política que no se refiera a una honestidad de vigilantes y ladrones. Otros son "declassés" sociales, que tienen todo el prejuicio de las viejas clases para los que vienen de abajo, y les retuerce el hígado la insolencia de los guarangos enriquecidos que pasan por delante de ellos.

No los critico en su posición de fiscales, pero sí los exijo que levanten la puntería y en lugar de preocuparse del vecino del inquilinato que se ha comprado un traje nuevo, se preocupen de aquellos que siempre han usado traje nuevo, y que son los representantes del negocio de que ningún argenti-

no pueda hacerse un traje nuevo, si no es a través de los intereses que representan; porque muchas veces, por no decir casi siempre, y siempre, cuando los grandes órganos de opinión les dan resonancia a sus denuncias, el escándalo tiene un solo objeto que ellos ignoran generalmente. Evidenciar el escándalo doméstico: Los pesos que gana, honradamente o no, cosa que en el comercio no es muy fácil de precisar, alguien, al ún piojo resucitado y que antes ganaba el mecanismo exterior de dominio de nuestra economía. O simplemente porque perturba la estructura organizada para impedirnos que comerciemos como le conviene al país.

Esto de moral y moralina, se vincula con un sistema de ideas que forma parte de la superestructura cultural del coloniaje. Hace ya algunos años comenté un reportaje que le hicieron después de la revolución de 1955 al doctor Miguel Ángel Cárcano, de regreso de una de sus anuales estadias en la "season" londinense.

El doctor Cárcano expresaba su satisfacción porque ya no se veían en Europa esas "bandas de tipos que andan comprando y vendiendo cosas". Para el doctor Cárcano la Argentina se desacreditaba con que esas bandas estuvieran armando en el exterior mercados de venta y de compra; lo correcto es para él que los "gentlemen" vengan aquí a comprar y a vender, y parece que Inglaterra no se desacredita porque las bandas de "gentlemen" anden haciendo eso.

Todo lo contrario: los Drakes y los Hawkins, piratas de primera, son los fundadores del comercio internacional británico. Aventureros se los llamaba a los comerciantes británicos en el exterior, por ejemplo, "Compañía de Aventureros de la Bahía de Hudson", "Compañía de Aventureros del Canadá". Bandas de este tipo recibieron el monopolio del comercio de la India, y bandas de este tipo eran las compañías holandesas que tuvieron

el monopolio del comercio con lo que actualmente es Indonesia y Malaya. Los que fundaron esos imperios no eran unos angelitos, y sus sociedades no eran el Estado, como el IAPI, sino monopolios particulares apoyados y financiados por el Estado. Pero, sus contemporáneos no se consideraron deshonrados, porque estos "angelitos" fueron a comerciar al exterior. Por el contrario, los ennoblecían, como a los Robertson Parish, jefe de la "banda" que compraba y vendía cosas en el Río de la Plata.

Nos dice Félix Riesenberg, en su libro "Cabo de Hornos" (que lleva una excelente nota preliminar en su traducción española del capitán de fragata Héctor C. Ratto):

"Tal vez no exista en el mundo un país donde el comercio resulte a la vez una actividad tan provechosa y honorable como lo es en Holanda, donde al mismo tiempo hay gran respeto hacia él por parte del gobierno. En razón de que la República subsiste debido principalmente al comercio, todo lo vinculado con éste se considera como un asunto de naturaleza pública". Y más adelante: "Un noventa por ciento de los miembros del directorio lo designaban los estados generales, en representación de la República". Está hablando de las compañías holandesas que hacen el comercio exterior, exportan artículos y mandras.

Pero aquí es al revés: deshonra al país y es escandaloso que nuestros comerciantes salgan al exterior, sencillamente porque les escupen el asado a los que del exterior vienen. Por esta misma razón no tenemos y se nos impide una política financiera de las exportaciones. Alguien me dio hasta este argumento en contra: "Si la hubiera, los mandrines de la Argentina la aprovecharían". Y precisamente se trata de eso: exportar, junto con los productos, los mandrines, para que en vez de estarnos jorobando a nosotros vayan a jorobar afuera. Es, pues así, como se han hecho los imperios: exportando ma-

landrines para que joroben afuera en nuestro beneficio, y lo que aquí no se quiere es que nuestros malandrines embromen a los malandrines de afuera, sacándoles el negocio, beneficiándose ellos, que es lo que los malandrines buscarán, pero beneficiándonos nosotros con mejores precios de venta y de compra.

En los imperios, la moral nacional cubre la moral doméstica. Y no se diga que los países anglosajones tienen una moral protestante, más elástica que la católica, porque es al contrario, su moral doméstica es más exigente, más pacata, más severa. Pero disponen de la hipocresía suficiente para hacerla a un lado cuando se trata de la moral del interés colectivo. Aquí, que somos más elásticos en las pequeñas cosas de todos los días, somos rígidos cuando se trata de que actuemos como ac-

túan los imperiales. Típica de esa hipocresía, para el caso de los calvinistas, que son campeones, es la Torre de los Fumadores de Berna.

Hay allí una torre donde los militares suizos que servían a Holanda en la conquista y dominio de la Malasia, una vez retirados y con sus ahorros asegurados, se refugiaban para fumar a escondidas. Vueltos a la ciudad natal, los viejos soldados, que habían alquilado su espada para matar malayos por cuenta de las compañías comerciales holandesas, traían consigo un vicio que estaba prohibido con penas severísimas por las leyes de moral calvinista de Berna: el de fumar.

Eran socialmente como soldados profesionales y por plata, personajes respetabilísimos; pero delincuentes porque fumaban. Hacíanlo pues, dentro de la torre, y entonces quedaba a salvo la moralina, del mismo modo que el juego es pecado en timba y virtud en club. La rígida moral calvinista era muy severa con el tabaco, pero no con la matanza por plata, pues una de las industrias suizas era

exportar soldados y tonificar su economía con las rentas que éstos adquirirían afuera.

En cualquier puerto del mundo los capitanes de mar tratan de no atracar al lado de un barco griego. No sé si será verdad, pero la leyenda dice que del combustible a la carga, todo empieza a pasar al barco vecino. Eso no sucede con nuestros barcos, y no hay peligro del que se apropien los tripulantes de nada que va bajo otra bandera. Por el contrario, los barcos de bandera argentina son magníficos clientes para la pacotilla, que luego desembarcarán en Buenos Aires de contrabando. Y los que traen el contrabando no tienen ningún escrúpulo en contarlos, y hasta en darse corte. Pero se enfurecerían si les dijésemos que esa mercadería la han robado en el extranjero. No: ellos roban a los argentinos, defraudando los derechos de aduana y perjudicando la industria nacional. Y cada uno de mis lectores se silba de memoria una historia de éstas, que son las únicas historias de piratas que tenemos. Aquí también es visible la diferencia entre moralina y moral nacional.

No es que yo esté en contra de la moralina, pero lo que estoy señalando es que la moralina se usa contra la moral nacional. Que ella es aprovechada por los grandes intereses económicos y movilizada, a veces de buena fe, por los políticos que no están en lo profundo de las cosas, o de mala fe por los que están bien en la profundidad, y agitada estruendosamente por los órganos publicitarios interesados en que tengamos más moralina que moral.

4. ¿DE QUIÉN ES EL DINERO DE LOS BANCOS?

Entremos ahora a un tema que es fundamental para la ejecución de una política nacional: la nacionalización de la banca. Impedirla ha sido uno de los objetivos del acceso al poder de los vende-

patrias. No sólo se han derogado las disposiciones que tendían a hacerla efectiva, sino que se siguen creando las condiciones destructivas.

Y uno de los medios más eficaces es desprestigiar los instrumentos bancarios del Estado. Estamos ahora en una campaña de desprestigio de los mismos, igual a la que se hizo en seguida de 1955. Es que el que maneja el crédito y lo orienta, maneja a la economía del país con mucha más eficacia que el gobierno, con todos sus instrumentos, desde la tarifa de avalúos a las leyes de promoción del desarrollo. El que maneja el crédito maneja más la moneda que el que la emite. El que maneja el crédito maneja más el comercio de exportación e importación que el que compra y el que vende. El que maneja el crédito estimula determinadas formas de producción y debilita otras; el que maneja el crédito establece qué es lo que se ha de producir y que es lo que no; determina lo que puede y lo que no puede llegar al mercado con facilidades de venta, y maneja por consecuencia el consumo. El que maneja el crédito crea moneda de pago y poder adquisitivo. El que maneja el crédito decide qué se produce en el país y qué no se produce, quién lo produce, cómo lo produce, cómo lo vende y cómo lo acapara, adónde lo exporta y en qué condiciones; determina las condiciones de la plaza, incide en la bolsa, todo, en una palabra. El secreto de la prosperidad o la decadencia, del desarrollo o del atraso, están en gran manera en los bancos. Las disposiciones jurídicas, las leyes de promoción, la organización de los negocios, no son más que la anatomía de la sociedad económica. El mismo transporte es también anatomía. Pero el dinero es la fisiología de una sociedad comercialista. Es la sangre que circula dentro de ella, y el precio del dinero, su abundancia o escasez, está determinado por el sistema bancario.

El dinero de los bancos no es de los bancos.

Es de la sociedad toda que allí lo deposita, y de allí sale multiplicado en forma de préstamo. Los bancos crean dinero al través del crédito, porque los depósitos convertidos en créditos se multiplican varias veces, así la abundancia o escasez de dinero está regida mucho más que por el dinero corriente y sonante en circulación, por su imagen repetida varias veces en el múltiple espejo del crédito bancario. Así, si crear moneda es una función del Estado, que éste debe vigilar cuidadosamente para adecuarlo a las necesidades del mercado, no es explicable que se pretenda que crear crédito, que es crear mucha más moneda, es actividad privada.

A eso se ha llegado y se irá más adelante, si tienen tiempo. En ese camino hay que desacreditar a los bancos oficiales, mientras se les van regateando funciones y creando la competencia.

Destruir la nacionalización de la banca fue y es un objetivo fundamental de los cipayos. Retornar al sistema anterior a la misma. Los bancos al margen del Estado. Pero los propietarios de los bancos privados no son los depositantes, sino un grupo de financieros que controla su capital accionario, recoge los ahorros de los depositantes y lo dirige hacia los fines que interesan a ese grupo financiero. Cuando ese grupo financiero está ligado con determinadas industrias, al desarrollo de esas industrias se dirige la banca, teniendo en cuenta, no el tipo de desarrollo industrial que le interesa al país, sino el que le interesa a su grupo. Cuando el banco es extranjero o está ligado a los intereses de la exportación o de la importación, dirigirá su política a beneficiar a exportadores e importadores, en una economía que ya ha sido puesta a disposición del interés comprador y vendedor extranjero, y cuando no es extranjero el banco, no promoverá el desarrollo en el sentido que interesa al país, sino en el sentido que interesa al acopiador de nuestra

producción. Esto es elemental, pero se objeta que el banco privado está mejor manejado y hace mejores inversiones. Lo de mejores inversiones es un concepto también relativo, porque un negocio puede ser muy bueno para el negociante e inconveniente para la colectividad. También se dice que los fondos son mejor manejados. Pero en la corta experiencia que llevamos desde 1955, varios bancos privados han puesto en evidencia que su ética está muy por debajo de la de los bancos oficiales que se intenta desacreditar. También se dice que en el caso hipotético de una mala situación bancaria, si los bancos son oficiales, el que paga las consecuencias es el país, pero en lo que va del siglo el país sólo ha pagado las consecuencias de los malos negocios de la banca privada, como en el caso del Instituto Movilizador de la Década Infame, en que los pasivos incobrables de la banca privada fueron transferidos a la colectividad, que se hizo cargo de sus malos negocios y de sus entongues con la oligarquía y los intereses financieros.

Además, una banca nacionalizada está en condiciones de controlar una crisis, graduando sus reclamos, administrando sus recursos, según las condiciones de solvencia de una plaza y nunca provocará deliberadamente un "crack", con una dirección única que concentrará todos sus esfuerzos en evitarla. Una banca privada puede provocar una crisis deliberadamente, con que varios de los bancos se pongan de acuerdo, o puede hacerlo dejándose arrastrar por el pánico y por el "sálvese quien pueda", como ocurrió en el año 1933.

Para desacreditar la banca nacionalizada, ya desmedrada y llena de agujeros, nada mejor que desacreditar los bancos oficiales. Ni quito ni pongo rey; con respecto a la actuación de sus directores, pero si han estado en falta o en delito, los caminos de la justicia están abiertos sin necesidad de hacer alboroto, con generalidades abstractas, o difundien-

do afirmaciones destinadas a impresionar a los que ignoran la técnica bancaria. Ahora, como en 1955, el propósito no es el aparente de desacreditar gobernantes o funcionarios; el propósito es desacreditar el sistema y la estructura general de los bancos oficiales.

Yo he pasado por ellos y los conozco, y quiero aquí hacerme un deber diciendo lo que voy a decir. Cualquiera haya sido la conducta de nuestros directores, y cualquiera el juicio que merezca la gestión que cada uno ha cumplido, hay algo que no debe comprometerse, y es la respetabilidad de la institución y el andamiaje permanente en que se apoya: su personal jerárquico, cualquiera haya sido el régimen, antes y ahora.

He vivido bastante para sorprenderme de nada. En mi adolescencia creía que la virtud se había refugiado fundamentalmente en las dos carreras que deben estar más lejos de las seducciones del dinero: la de las armas y el sacerdocio. Hace mucho tiempo que mis creencias juveniles fueron puestas a prueba, y puedo asegurar que es en los bancos oficiales, en sus funcionarios, donde he encontrado sus mejores testimonios. Pues debe pensarse que si hay un medio poco propicio para la virtud es el del dinero que constituye la vida misma de la vida bancaria. Y he visto a los hombres de la administración bancaria preocupados en materia económica sólo de sus sueldos y de sus retiros, de la mínima seguridad de sus hogares, abroquelados sólo en el prestigio de su carrera mientras la tentación permanente, la insinuación maliciosa, se estrellaba contra ellos, que veían amasar las grandes fortunas, los negocios, los éxitos, cuyos recursos proporcionaban, sin tentarse, sólo atentos a su buen nombre, a su reputación entre los camaradas, a la dignidad de una carrera ejercida durante largos años.

Me tocó vivir época de transformación violenta

de la economía, donde a cada minuto se veía un ascenso prodigioso, donde el otorgamiento de una operación significaba la fortuna, y los he visto indiferentes a otra cosa que al cumplimiento de su deber. Correctos, eficientes y preocupados sólo de la institución a la que aman entrañablemente. No digo que no hay excepciones, pero son tan escasas, y tan conocidas, que más que una incitación al pecado eran un estímulo a la virtud.

Este era también un homenaje que yo estaba debiendo, y que se me impone hacerlo en el momento que se amenaza con debilitar los bancos oficiales, por el desprestigio lanzado así, al barrer.

5. - LA BANCA NACIONALIZADA Y EL COMERCIO EXTERIOR

Esto de la banca y su poder lleva de cajón al problema del comercio exterior.

He dicho que lo que caracteriza a un país colonial de una manera típica es su forma de vender al exterior. Un país cuyo comercio tiene su representación distribuida por todo el mundo, ya sea por sucursales o por representantes, sobre todo en la etapa en que se lanza a la conquista de los mercados mundiales, vende CIF, costo, seguro y flete a pagar en el mercado de destino. Un país sometido vende FOB: a pagar en el mercado de embarque. En la economía internacional contemporánea, fuertemente distorsionada por los precios y modos políticos que los "académicos" pretenden ignorar, esto no se cumple hoy matemáticamente en cuanto a la segunda forma, pero vender CIF es imprescindible a un país que sale a la conquista de mercados. Y el medio para vender CIF es la financiación de las exportaciones por el país exportador.

Cuando el país colonial vende, por el manejo de su política interna, de su banca, de su transporte, le es fácil al país que compra el mayor volumen

de su producción eliminar competidores, orientar la producción sólo hacia las formas que a él le convienen, y organizar paulatinamente el monopolio de las compras para terminar, como ocurre entre nosotros, por la unificación de los compradores internacionales en el mercado del país colonial, imponiendo los precios a los productores aislados. Organizado el comercio internacional en esa forma, es fácil crear grupos económicos internos ligados a esa forma comercial, que se beneficia por la intermediación y que resisten cualquier política tendiente a unificar a los productores frente al comprador internacional, para discutir el precio de igual a igual. Así se crean intereses locales que simulan ser nacionales, pero que son de dependencia. Antes hemos hablado del caso de los invernadores, que si bien desarrollan una etapa necesaria de parte de nuestra producción ganadera, aparecen como la única expresión de nuestra ganadería, manejan sus organismos representativos y dirigen la política del país, que está en crisis o no está, según les va a ellos, con el apoyo de los grandes diarios y la vocinglería de los llamados "expertos". El comercio internacional no está en manos de zonzos, sino de vivos que han superado la dimensión nacional del comercio, y forma parte de su estrategia crear intereses locales coincidentes con los suyos. Los invernadores, por ejemplo, no son una creación artificial; cumplen la tarea de lograr, en tiempo y calidad, un mejor aprovechamiento de la hacienda originada en los campos de cría, y en ese sentido son productores. Pero en cuanto son compradores y vendedores de animales que como productores perfeccionan y completan, son comerciantes y como comerciantes su negocio está más en las diferencias que en lo que incorporan a cada unidad vacuna. El precio suyo, en parte precio de productor, es en la mayor parte precio de comerciante. Como productores ganan en los kilos

que el animal aumenta, pero su margen más apreciable está determinado por un hecho que se vincula al precio del ternero; si el ternero es barato, el novillo puede ser barato sin que se perjudiquen, y aun beneficiándose con el menor giro demandado. De tal manera, un pequeño sector de la ganadería está más vinculado al interés de los exportadores que la ganadería misma, pero es el que tiene la voz cantante y el que siempre opina como productor rural.

Igual cosa ocurre con los consignatarios de frutos del país en aquellos casos en que los mecanismos internacionales no tienen organizada ya su red interna de acopio, como ocurre con los cereales, que no sólo acopian para el mercado externo, sino para el mercado interno desde que se ha eliminado el IAPI y con sólo el freno de los precios sostén, que ya hemos visto anteriormente cómo se pueden burlar. El consignatario, en realidad, no es un consignatario sino un agente del exportador directo, a quien éste le compra a los precios que fija, eliminada la competencia internacional primero y la interna después. Si el consignatario lo fuera de verdad, no estaría en los puertos de embarque sino en los puertos de destino, diversificado por el mundo y ofreciendo nuestra mercadería diversificada. Un abanico abierto a los mercados del mundo, y no como es ahora, que el consignatario está en el mango del abanico cerrado. Estas son las cosas que no dice ACIEL y demás comparsas de la libre empresa, que después de organizado el monopolio por una obra secular quieren la libertad de empresa para el monopolio!

La forma en que históricamente se ha organizado el mecanismo de nuestro comercio internacional es sutil y difícil de desentrañar. Al estudioso de nuestra historia, lo primero que le llama la atención es el hecho contradictorio de que la oligarquía liberal y libreempresista, partidaria de la

división internacional del trabajo, haya sido proteccionista en algunos casos, por ejemplo, en la industria del azúcar, del vino y de la yerba, favoreciendo intereses del interior argentino. No ha sido una mala política, pero ella ha sido posible porque concurría a facilitar el monopolio del comercio exterior de la zona grano-carne en beneficio de la política imperial dominante. Hubo épocas en que Brasil y Cuba exportaban azúcar y compraban carnes saladas, como Brasil exportaba también yerba y Francia vinos. El proteccionismo contribuyó al desarrollo interior argentino, pero también a la consolidación del dominio del país-granja, que es el que interesaba al mercado, que para productos tropicales tenía otros productores y que de la Argentina sólo buscaba la ganadería y la agricultura. Esto explica también una paradoja de nuestra política interna. Que sectores industriales, como son los del norte y Cuyo, se hayan ligado políticamente a los sectores antiindustriales del litoral. Resulta contradictorio que los conservadores de Salta o Tucumán, o de Mendoza, cuyo mercado de ventas es el interno y se vincula por lo tanto al desarrollo industrial del país, en cuanto éste origina alto nivel de consumo, apoyan a los antiindustriales del litoral. Es que históricamente las dos políticas responden a una sola directiva, y hasta 1945, desde el gobierno se cuidaba de mantener el carácter monopolista de la industria del interior para asegurarle mercado cuando el del litoral se limitaba. El caso típico es el de las Juntas Reguladoras de la época dirigista de Pinedo, que aseguraban, por la des-

¹ El desarrollo vitivinícola quiebra la relación comercial con Francia (nos vendía vino y le vendíamos lanas) y el desarrollo azucarero debilita a su vez la relación comercial con Brasil y Cuba (nos vendían azúcar y nos compraban carne). El efecto, en ambos casos, es liberar carnes y lanas de esos clientes robusteciéndose así la vinculación comercial con el Imperio que se va convirtiendo en comprador único.

trucción de viñas y el vuelco de vinos, o por la limitación de las zonas cañeras, la conservación de un mercado en exclusividad para los intereses ya consolidados. Así también se explica que la política bancaria que no existía para las industrias de transformación haya sido amplia y generosa para estas ramas.

Se constituía una oligarquía poderosa en el interior, paralela a la del litoral, que daba cierta estabilidad a aquél y cuyos inconvenientes se compensaban con la eliminación de mercados competidores.

Nada de esto es producto de la casualidad. Recuerdo que en una clase de Comercial del luego presidente de la República, doctor Ramón Castillo, éste explicaba el privilegio del consignatario, que comprende los adelantos, las comisiones y los gastos. Y decía: "Los dos últimos privilegios se comprenden, pero no los del adelanto que le asigna al consignatario una función bancaria, con privilegio sobre los verdaderos establecimientos de créditos". Y agregaba: "Es que este inciso es el secreto de la organización monopolista de ciertas industrias que el consignatario controla como banquero". Y nos explicaba después: "Desconfiad siempre de los incisos; cuando hay una trampa en la ley, que responde a un fin oculto, no la busquéis en el enunciado del artículo sino en un inciso perdido".

Muchos años después en FORJA, aplicando la sutil enseñanza de don Ramón, encontramos en un "inciso perdido" del artículo 21 de la "Ley de Unificación de Impuestos", que formaba parte del "Estatuto Legal del Coloniaje" de la Década Infame, la trampa a que se refería el viejito catamarqueño.

Este inciso establecía que ni las municipalidades ni provincias, por ningún concepto, ni como tasas, ni como impuestos, podrían gravar la comercialización de productos alimenticios. El inciso parecía preocuparse por abaratar el costo de la vida y los

socialistas fueron los primeros en "entrar" —vamos a suponer, de "pesados"— en la variante, con exaltado entusiasmo. Y en realidad, el inciso estaba destinado a establecer el monopolio interno del comercio de carnes por los frigoríficos. Éstos, si bien monopolizan el comercio de exportación, tienen un límite impuesto a los bajos precios por el mercado interno que siempre está más alto que ellos, y es lo que obliga a subvencionar. Este mercado interno absorbe variablemente alrededor del ochenta por ciento de la producción de carne, según el nivel de vida de la población, y los rivales del comprador internacional son las ferias rurales donde se surten los abastecedores locales. Las municipalidades en que los derechos de abasto hacen gran parte del presupuesto, por razones fiscales y en defensa de los carniceros locales, gravan la introducción de carne de otros distritos. Eliminado este gravamen, fácil es ampliar la red de frigoríficos y tomar todo el mercado interno, cosa que evidentemente bajaría los costos, eliminando intermediaciones y ganándose en higiene y en presentación. ¿Quién se iba a oponer a ello? No el consumidor, aparente beneficiario de la baja en el costo; no el ganadero, aparente beneficiario de la eliminación de intermediarios. Ésta es la parte bonita del programa. Pero una vez liquidados los ferieros, los abastecedores y los carniceros, y puesto en una sola mano o en la mano de un grupo unificado, el comercio argentino total de carnes, ganadero y consumidor, experimentaría las consecuencias del comprador y vendedor único.

La mecánica del monopolio es siempre la misma. Así se han destruido casi todas las cervecerías del interior. De muchacho hice un viaje al Brasil para conocer la industria cervecera de las pequeñas fábricas alemanas del sur. Llegué a la convicción de que la fábrica local de cerveza, por la naturaleza del producto, por el ahorro de envase, por la faci-

lidad de transporte y la menor publicidad, compensa ampliamente las ventajas, también indiscutibles, de la gran industria. Pero eso es, diremos para emplear un símil ya usado, anatómico. La fisiología es otra cosa, porque el monopolio cervecero voltear el precio en la plaza del pequeño industrial, subvencionando a los comerciantes que expenden su cerveza, ya sea con bonificaciones, con instalaciones, publicidad, etcétera. No le importa perder en esa plaza por un tiempo, hasta que liquida el competidor, y distribuye la pérdida en los costos del resto del mercado a su disposición.

A esto le llaman "libre empresa" los caballeros de ACIEL y demás organismos que contratan profesores para azonzarnos, mientras los expertos en economía aplican el procedimiento.

Aparentemente, me he desviado del tema. Nada de eso. A través del comercio interior, el lector comprenderá cómo opera el comercio exterior monopolizado y cómo sólo es posible valorizar nuestra producción por la competencia internacional, primero, en cuanto a materias primas, y valorarla por incorporación de salario y capital, exportándola en los máximos de industrialización que el mercado permita. No el actual mercado monopolizado, sino el que tenemos que crear, restaurando el perdido con la pérdida de los veintiséis tratados bilaterales y las cuentas corrientes que teníamos en el exterior y abriendo nuevos, no sólo geográficamente, sino en variedad de productos y de etapas de transformación. Pero esto supone que vayamos a los mercados del mundo, a todos los puertos, no con ventas masivas a un solo comprador y que estén allí los consignatarios que ahora están en Buenos Aires, Rosario o Bahía Blanca. Vendiendo a los consumidores, y no a los acopiadores de la exportación, haciendo negocio, ganando plata, mucha plata, pero plata de los

gringos y no de nuestros productores expoliados. Tenemos que salir a vender y para eso hacen falta vendedores, esas "bandas" que dijo Cárcano, con que los imperios hicieron lores y condes, cuando fundaron el comercio en la exportación de piratas y aventureros. Pero para esto hace falta también una política financiera, bancaria, que acompañe la mercadería al exterior, dé facilidades allí como las dan nuestros rivales. Tenemos, ya se verá, precio y calidad, y no sólo en las materias primas, sino en la producción industrial. Faltan vendedores, en primer término, y esto supone deshacer uno de nuestros complejos coloniales, que consiste en que el consignatario se considera "gentleman" y funda un gran apellido cuando le saca el beneficio a sus paisanos y un aventurero despreciable cuando se lo saca al gringo. Estos "sires" de imitación, creyendo hacer lo mismo que los ingleses, hacen precisamente lo contrario. Y necesitamos nuestro "Export and Import Bank", nuestro Eximbank.

6. - UN EXIMBANK PARA LA EXPORTACIÓN ARGENTINA

Vamos a fundar, hipotéticamente, un banco de exportación. Con ese nuevo banco, o con una sección del departamento exterior de los que ya existen, prestaremos dólares a los compradores de la producción argentina, particularmente promoviendo las ventas en los mercados nuevos no "tradicionales" y especialmente de productos "no tradicionales", es decir de las mismas materias primas, pero en más avanzado estado de transformación. El cuero, el zapato, camperas, etcétera, la leche condensada o en queso o en polvo, la lana lavada e hilada y mejor tejida, y mejor en ropa confeccionada. La carne envasada, curada, en jamones, fiambres y mejor aún en comidas ya hechas de

esas que se venden aquí al consumidor; lo haremos con el trigo, tratando de que vaya, si es posible, en harinas y mejor en galletas o galletitas.

Sí, como esas galletitas que si usted es lo suficientemente tilingo y tiene plata puede comprar ahora en los almacenes, gracias al multilateralismo y al libre giro de la moneda, pues ya no están sometidas a los permisos de cambio que nos impedía gozar de las delicias importadas de esas galletitas, del whisky escocés, los cigarrillos extranjeros y los coches coludos, cuya falta hacía imposible la vida de la gente bien. Permitaseme que recuerde con la debida emoción el fervor democrático con que las caravanas de señoras gordas bajaban del vapor de la carrera en el puerto de Montevideo, después de la revolución de 1955, y marchaban en columna hasta la Plaza Independencia a depositar la respectiva ofrenda floral ante el monumento de Artigas, donde todas las mañanas las esperaba el embajador argentino doctor Alfredo Palacios, rejuntados sombrero y bigotes, para el homenaje de ritual que seguía al mañanero café con leche con medias lunas. (Perdón; croisante, como dicen en Montevideo.)

Era emocionante oír las notas de los dos himnos nacionales y presenciar la precipitada carrera de la dispersión veloz después del reiterado juramento de "morir con gloria", calle 18 de Julio arriba, en busca de las vidrieras y los negocios donde estaba el nylon, el perfume, la salsa, el lorete, todas las delicias prohibidas por la "tiranía sangrienta" que acababa de caer y su intolerable pretensión de hacer una economía nacional privando al democrático pueblo argentino de aquellas exquisiteces.

Y era de ver el retorno cansado de las gordas señoras y los "señores" consortes liberados, pero del gobierno, con los pies deshechos por el duro trajinar de mostrador en mostrador, agobiadas ba-

jo el peso de los innumerables paquetes de mercadería "Libertad" con que deslumbrarían a la tilingueta familiar previo paso ante los ojos sin vista de los vistas de aduana. Porque, ¿qué vista de aduana se iba a permitir interferir con las preocupaciones de las tarifas de avalúos en la patriótica emoción de los raidistas de la democracia, la libertad, la confraternidad rioplatense, el nylon, la salsa Perrin o las exquisiteces aromáticas de Christian Dior y Chanel? ¡Y las galletas para perro tan necesarias al Buby!

Pero sigamos con la fundación del banco o de la sección bancaria. He dicho que la nueva institución presta dólares a los compradores exteriores de nuestros productos. Es cierto que no tenemos dólares, pero para prestarlos no hace falta tenerlos. Los productos son dólares. Cuando un banco de exportación nos presta dólares a nosotros, simplemente nos abre el crédito en mercaderías y el comerciante que nos vende desde el exterior nos manda mercadería que ese banco le paga en su país. Sólo necesitamos dólares cuando le vamos a pagar al banco.

Pues haremos el proceso inverso, es decir, lo mismo que ellos hacen: le diremos al productor argentino o al consignatario de los productores argentinos, o al representante de los productores nacionales que se lleve la mercadería y la ofrezca en el exterior, y para ayudarlo a vender le financiaremos en moneda nacional la adquisición de esa mercadería y su transporte aquí, y le financiaremos también en moneda nacional porque todo lo comprado o producido se paga en moneda nacional, dando facilidades para el comprador extranjero. Esa mercancía que el comerciante argentino ha llevado al exterior en pesos nacionales se venderá en el país de destino en la moneda de ese país, que puede ser dólar u otra, y con esa moneda el comerciante pagará al banco local, al ar-

gentino, el crédito que se le dio para la exportación. Y entonces tendremos dólares; los pesos argentinos se habrán transformado en dólares, o en la moneda que se estipule, de manera tal que habiendo prestado a nuestro exportador pesos moneda nacional, él pagará a nuestro banco en moneda argentina previo ingreso de las divisas que ha adquirido en el exterior a cambio de nuestros productos. Y ya tenemos nuestro Eximbank que nos ayuda a vender y nos produce dólares.

Sin este sistema el vendedor de productos argentinos, que como hemos visto es considerado un mal sujeto que deshonra a la colectividad, sale a competir al exterior con organizaciones de larga experiencia y que dominan las plazas y que están respaldadas por amplias financiaciones. Viene con algo nuevo y tiene que ofrecerlo al contado y sin la certidumbre de una continuidad económica; tiene que hacer un mercado que no sabe si continuará con una mercadería cuyo siguiente envío no sabe si podrá financiar. Ocasionalmente aparece en el mercado exterior cuando se presenta una coyuntura, pero no para abrir una corriente comercial prestigiosa y firme, sino para aprovechar una oportunidad. No cuida la calidad del producto y su correspondencia con las muestras. Y así, en vez de contribuir al prestigio de nuestras exportaciones y a la apertura de nuevos mercados contribuye a cerrarlos tal como pasó en las oportunidades que ofreció la última guerra. Para hacer esta política comercial se requiere una política bancaria celosa de la calidad de a quién se entrega el crédito y que vincule el crédito al buen comportamiento comercial de la firma. Pero esto también supone una política continuada.

Me he referido a los productos de lechería y decía que contra lo que se dice habitualmente, nuestros costos están muy por debajo de nuestros competidores, que son fundamentalmente Dina-

marca, Canadá, Holanda e Italia, en el renglón queso para referirme a uno. Pero en esos países está financiada la exportación y el estacionamiento, que hace la calidad, porque la calidad de nuestro producto es inmejorable; sólo le falta tiempo. El mismo queso que en la Argentina tiene seis meses de estacionamiento, porque el Ministerio de Agricultura lo exige para permitir la exportación, tiene en Parma dos años. Pero estos dos años están financiados por la banca italiana que acompaña el queso al exterior para poderlo vender con ciento veinte o ciento ochenta días de facilidades. Aquí el exportador debe vender en Buenos Aires al importador del país de destino. El negocio lo hará él dando él las facilidades si las hubiera, pero ese importador extranjero tiene en su mercado que competir con el producto de los otros países, que ya trae su financiación de venta después de haber incorporado calidad también por medio de la financiación. Aquí debe hacer el pago abriendo una carta de crédito sobre nuestra plaza y en su propio mercado tiene las desventajas que tendría el exportador argentino; necesita crédito para vender más fácil que a los competidores se lo proporcionan.

Ya veo asomarse el fantasma de la inflación. Tal tipo de financiación para nuestras exportaciones "no tradicionales" y para nuestros mercados "tradicionales" obligaría a aumentar la masa de créditos agravando la situación inflacionaria. Técnicamente les contestaré que esa creación de moneda de crédito crea, a su vez, en el término de la comercialización, su contrapartida de divisas equivalente. Pero volvamos la vista al mecanismo de nuestros créditos a los exportadores tradicionales de nuestros productos "tradicionales", a nuestros mercados "tradicionales".

Cuando la Casa Dreyfus o la Casa Bunge y

Bona se radicaron en Buenos Aires no trajeron centenares de millones de francos.

Trajeron los francos necesarios para tener buenos abogados, buenos escritorios y buena prensa, y para atender lo más elemental de su red administrativa. Trajeron también una buena colección de sellos, bloques de papel timbrado y las fotografías de sus casas matrices y sucursales en diversas regiones del planeta. Con estos antecedentes y sus magníficos informes del exterior entraron al Banco de la Nación y empezaron a financiar la compra de cosechas. El banco les daba para comprarles a los chacareros, ellos vendían en el exterior, o mejor dicho, se vendían a sus propios molinos y aparatos distribuidores, ganaban sus enormes diferencias, hacían arbitraje de monedas manejando con la producción argentina las fluctuaciones del cambio y después le pagaban al Banco Nación, simbólicamente, pues hacían la bicicleta con los préstamos para la compra de la cosecha siguiente que salían por la otra ventanilla.

Como se ve, esto de financiar las exportaciones no es ninguna novedad. Sólo que como monsieur Jourdan, el personaje de Molière que hablaba prosa sin saberlo, porque no sabía lo que era prosa, nuestros bancos no se enteraban de que lo estaban haciendo, pues sus préstamos eran aparentemente préstamos internos para ayudar a los chacareros proporcionándoles compradores.

Se me dirá que sea Bunge y Born o Dreyfus, o que sea un criollo, el resultado es el mismo. ¡No, no! Por eso específico bien lo de tradicional. Es muy distinto financiar un consorcio, destinado a reducir la competencia en un solo comprador aquí, que promover todo un sistema de comerciantes sobre múltiples renglones y múltiples mercados, como es muy distinto hacer pasar por el caño angosto del embudo todo el líquido, que hacer pasar el líquido por la flor de una regadera. Además, el

banco gradúa, como banco exportador, interés y monto, según los grados de transformación de la mercadería y estimulando con mayores facilidades la apertura de los nuevos o la ampliación de los viejos. Porque es una política para vender más y a mejor precio, provocando la competencia de la demanda y la otra es una política de vender masiva y unificadamente a menor precio, que es su consecuencia.

Dejemos, pues, establecido, que en sus efectos exteriores, una banca nacionalizada debe tender: primero, a financiar las exportaciones para que éstas entren en el mercado exterior en condiciones de competencia y promoviendo la diversificación de vendedores y compradores. Segundo, a estimular las ventas al exterior graduando las financiaciones por el grado de transformación que sufren las materias primas y promoviendo al mismo tiempo en el orden interno su industrialización.

7. - LA INDUSTRIALIZACIÓN DE LAS MATERIAS PRIMAS

A riesgo de ser difuso quiero explicar de una manera simple la diferencia que, para la vida económica y social del país, significa exportar un producto en materia prima, o exportarlo transformado, y el porqué del interés de llevar nuestra mercadería en la forma primaria de producción, que tiene el comprador foráneo.

Tomemos el caso de las lanas, típico producto de nuestro agro. Si la lana se exporta sucia, tal como viene del establecimiento ganadero, su precio de exportación, disminuido en sí por el monopolio comprador, sólo lleva incorporado el valor de renta de la tierra, del punto de vista capitalista, y el salario del peón ovejero, y los gastos de esquila y transporte al puerto de embarque. Si se exporta lavada, ya queda en el país el costo "lavado", si

hilada, el costo "hilado", si tejida, el costo "tejido", si teñida, el costo "teñido", y si confeccionada, el costo del traje o la manta. Pero si el país, al industrializarse, como ocurre ahora, fabrica las máquinas de los lavaderos, de las hilanderías, de las tejedurías, también han quedado en el país las utilidades de los salarios y del capital de los industriales y obreros que hacen esas máquinas. Analicémos los respectivos costos, y se verá que la relación es de uno a cien. Uno, el valor de la lana, y cien, el valor del traje confeccionado con esa lana. Calcule usted, lector, el valor lana sucia del traje que tiene puesto, y que es su base, y el valor "traje". Creo que no necesitará más para comprender qué diferencia hay entre un país subdesarrollado y un país desarrollado, entre un país libre y un país colonial. Cuando usted lo entienda, habrá entendido toda nuestra política, y se dará cuenta que no es una cuestión de dictadura o democracia, ni una cuestión ideológica abstracta, sino la cuestión de si somos unos infelices que vendemos lanas sucias y compramos trajes, o somos un país que quiere asentarse en la grandeza sobre sí mismo. Si somos pobres o ricos.

Por esta "pavadita" los Estados Unidos se destrozaron en la guerra de Secesión entre el Norte y el Sur. Hay dos versiones literarias de la misma, que son las que difunden nuestros "inteligentes", para que no entendamos nuestra historia entendiendo la historia ajena, después de haber destigurado la propia.

Según una de las versiones, la señora Enriqueta Beecher Stowe escribió una novela llamada "La Cabaña del Tío Tom", en que pinta el terrible drama de la esclavitud negra. Los norteamericanos del Norte se afligieron tanto, que agarraron las armas y llevaron la guerra a los del Sur, que eran esclavistas. Según la otra versión, doña Enriqueta había exagerado, y los del Sur eran unos

nobles caballeros a la europea, que imitaban el señorío francés, como nuestros señores rurales imitaban el señorío inglés, y cultivan las buenas maneras hasta con los negros; una sociedad romántica y caballeresca, que fue destruida por la grosería irlandesa, polaca, alemana y judía de los mal nacidos del Norte, que son los que ganaron.

La verdad es que los "groseros" del Norte querían que el algodón que se exportaba a Inglaterra fuera exclusivamente a sus hilanderías, y que los negros se incorporasen a la multitud proletaria que usa camiseta, si es posible, con mangas, y no esa "musculosa" que muestra el sobaco, no tanto para no exhibir las axilas, como para insumir más algodón tejido. Y que los "caballeros" del Sur querían seguir siendo sólo "caballeros rurales" a pesar de los "negros" y del destino de los EE. UU.

Si hubiera ganado el Sur, Estados Unidos no sería la potencia que es hoy, y ya no entro en más posibilismos, porque esto hubiese alterado toda la historia del mundo, y tal vez el resultado de las dos últimas guerras, el desarrollo de la energía atómica y las posibilidades interesaciales. ¡Las cosas que resultan del "berretín" de que los negros usen camisetas! Lo malo es que entre nosotros las más de las guerras las ganan los del Sur, aunque el país, afortunadamente, sigue luchando y trabajando, revienta el molde dentro del cual lo quieren meter, para que no exporte más que lanas sucias y viva como negro, y sigue adelante, pero despacio. Y ahora hay que andar ligero. Camarón que se duerme lo lleva la corriente.

Lo de las camisetas es una sola de las tantas cosas que ganó el Norte, para los Estados Unidos.

Nuestros constituyentes copiaron la constitución de los Estados Unidos, y creyeron que con eso hacían los EE. UU. del Sur. Funcionando una constitución como la norteamericana, nosotros debíamos prosperar como los norteamericanos. Pero resulta

que la independencia norteamericana la hizo el capitalismo naciente de los Estados Unidos, y en la Convención de Filadelfia los constituyentes que se sentaban eran todos, menos dos, millonarios. Y aquí los constituyentes eran unos secos rabiosos, que no tenían para pagarse la pensión. Caseros fue el triunfo del sector de comerciantes de la Revolución de Mayo ligado al comercio de exportación e importación; pero estos comerciantes, ni siquiera eran capitalistas propios, sino agentes del capitalismo inglés, y así una constitución capitalista, para un país que no era capitalista, fue la constitución del único capitalismo que había, que era el extranjero, pues las nuevas condiciones de "libertad de comercio" servían precisamente para destruir el pre-capitalismo de tipo artesanal, que era lo único que teníamos y que no pudo defenderse frente a la estructura moderna del capitalismo, con una constitución cuya misión era precisamente dejarlo indefenso. Y para crear un interés afín con los comerciantes extranjeros promovieron *exclusivamente* una clase propietaria, como la que perdió la guerra en EE. UU.

Y no sólo hicimos esto, sino que donde había un país que había comprendido el problema, y con su capitalismo de estado ocupado el lugar del capitalismo nacional inexistente, lo fuimos a destruir, como ocurrió en la guerra del Paraguay.

La guerra del Paraguay y "la libre empresa"

El niño a quien le enseñan la historia oficial no entiende cómo ese pequeño país casi indígena, pudo resistir durante cinco años la coalición Argentina, Brasil y Uruguay, en su contra, y no le dan otra explicación que el heroísmo del pueblo paraguayo, producto de su ignorancia y su brutalidad, como lo han explicado nuestros próceres.

No se le dice que Paraguay era una potencia

entonces porque tenía tanto ferrocarril como tiene ahora, cuando aquí no había un metro, que tenía fábricas de armas, altos hornos, fábricas de vidrio, astilleros. Que en lugar de importar inmigrantes, mandaba sus hijos a aprender la técnica de Europa, ingenieros, doctores, militares. Pero que esos hijos habían aprendido primero a ser paraguayos, de lo que tenían orgullo, orgullo que demostraron muriendo heroicamente el noventa por ciento de su población masculina en la guerra que vino después. Porque nosotros también exportamos técnicos para que se perfeccionen, pero de vuelta nos vienen almirantes, generales y gadieres que en lugar de aprender la técnica, han aprendido las ideas y el concepto de superioridad que les imponen los ingleses, alemanes o norteamericanos, según la época y la moda, donde se perfeccionan para coloniales, como si el sastre que que les hace el traje les hiciera también la cabeza. Y lo mismo que pasa con éstos, pasa con los ingenieros, los juristas, los literatos y los artistas. De modo que en vez de viajar para servir al país, viajan para j...robarlo.

Si no nos basta el ejemplo del Paraguay recordemos el del Japón, que hizo lo mismo que el Paraguay, cuando a cañonazos lo obligaron a conocer los beneficios de la civilización. Los técnicos japoneses, como los paraguayos, aprendieron la técnica para ser mejores japoneses, y no para vender su alma porque de esta venta del alma sale el vendepatria, que es la imagen política del tilingo, utilidades aparte.

Y no es cosa mía esto de que la guerra del Paraguay se hizo para establecer lo que llaman "libertad de comercio". Lo dijo solemnemente el general Mitre, al anunciar las tropas que retornaban triunfadoras: "Cuando nuestros guerreros vuelvan de su larga y gloriosa campaña, a recibir la merecida ovación que el pueblo les consagre, *podrá el co-*

mercio ver inscriptos en sus banderas los grandes principios que los apóstoles del librecambio han proclamado para mayor felicidad de los hombres". ¡Qué alegría para los gauchos inválidos, ésta de haber peleado para los comerciantes de Manchester y Liverpool!

Tuyuty, Curupaity, Boquerón, victorias y derrotas, asentadas en los libros de los comerciantes de Manchester y Liverpool, con la sangre de los criollos arrastrados a la fuerza —porque se palpitaban el objeto de la guerra— a morir bajo el comando inepto de los generales contratados de Mitre, que Roca había después de liquidar.

Pero había un programa, y era lo que se estaba cumpliendo. Constitución norteamericana en el papel, y constitución económica para los exportadores y los importadores, en la práctica. Dejemos que lo diga Sarmiento: "La grandeza del Estado está en la pampa pastora, en las producciones del norte y en el gran sistema de los ríos navegables cuya aorta es el Plata" (pero entre tanto, con la "Libre Navegación de los Ríos" entregaban esta parte de la soberanía). "Por otra parte los españoles no somos ni industriales, ni navegantes y la Europa nos proveerá por largos siglos de nuestros artefactos a cambio de nuestras materias primas". A.C.I.E.L. y la Sociedad Rural no están solos...

Más claro, echarle agua. Vender la lana sucia e importar las camisetas, todo lo contrario de lo que hicieron los norteamericanos. Y de lo que hacía el Paraguay. Ya lo he dicho, pero conviene que lo repita un contemporáneo, Emilio de Alvear, hijo del vencedor de Ituzaingó: "El Paraguay ha sucumbido, pero al menos cada disparo de cañón o de fusil que resuena en los montes marcando su agonía, es de pólvora, cañón y armas paraguayas. ¡Tienen con qué hacer sus honores fúnebres!... Entre nosotros, es extranjera el arma que nos mata, la que nos defiende, hasta el arma con que ven-

amos; la espada de Ituzaingó, que me ha legado mi padre, lleva el escudo de Jorge II. ¡Cuánto daría yo porque ella fuese tan argentina como el triunfo que simboliza!"

Esta referencia histórica no está al divino botón. Hay mucha gente que no entiende la necesidad del revisionismo, porque no comprende que la falsificación de la historia es una política de la historia, destinada a privarnos de experiencia, que es la sabiduría madre. Cuando los sujetos de ACIEL o los de la Sociedad Rural, los editorialistas de los grandes diarios y todos los pontífices de nuestra sabiduría económica y financiera lo quieren complicar a Pellegrini y especialmente los conservadores, que se lo atribuyen como padre en estas cosas de la libre empresa, ocultan deliberadamente su pensamiento básico, que es lo que sigue: "No hay en el mundo un solo estadista serio que sea librecambista, en el sentido que aquí entienden esta teoría. Hoy todas las naciones son proteccionistas, y diré algo más, siempre lo han sido, y tienen fatalmente que serlo para mantener su importancia económica y política. El proteccionismo industrial puede hacerse práctico de muchas maneras, de las cuales las leyes de aduana sólo son una, aunque sin duda, la más eficaz, la más generalizada, y la más importante. Es necesario que en la república se trabaje y se produzca algo más que pasto". ¡Chúpense ésa, Verrier, Hueyo, Alsogaray, Cueto Rúa y "aínda mais".

Y sin embargo pasan por serios y por estadistas los cachafaces y macaneadores de la libre empresa. ¡Y hasta por pellegrinistas!

Inglaterra empezó a ser potencia cuando dejó de proveer la lana para las fábricas de Flandes, llevó de Flandes los expertos en tejidos, y prohibió la exportación de sus vellones, para exportar las camisetas. Su grandeza la hicieron con las leyes de protección y con el Acta de Navegación que

le dio el monopolio marítimo. Y cuando fue grande y poderosa, empezó a exportar la idea de la libre empresa a los países manejados por idiotas o por venales. Una vez logrado su desarrollo pleno, los piratas primero, y los aventureros comerciales después, sembraron el mundo con los productos industriales, invadiendo los mercados que habían quedado indefensos, gracias al soborno de sus agentes, y a la destrucción de la inteligencia nacional con la enseñanza del librecambio y la división internacional del trabajo. Compró en lo sucesivo materias primas, y vendió materias industrializadas, que transportó en sus barcos, que aseguró en sus compañías de seguros, que financió con sus bancos, negocio todo, que le permitió tener la primera escuadra del mundo, pero no para traer heladeras de contrabando, sino para asegurar las rutas de su comercio internacional. Impedir la competencia, y abrir a cañonazos los puertos donde no había vendepatrias que los abriesen por unas pocas libras esterlinas, y educaban a su pueblo para el coloniaje y la dependencia.

La lección de un general norteamericano

Pero no lo digamos nosotros tampoco. El general Grant, vencedor en esa Guerra de Secesión, que llamaremos "guerra de las camisetas", después de terminar su período presidencial en Estados Unidos, en 1897, fue invitado a una reunión librecambista en Manchester. Después que los oradores hubieron expuesto los argumentos ingleses en favor del librecambio y denunciado las barreras del proteccionismo como nefastas para la libertad de comercio, habló de esta manera:

"Señores, durante siglos Inglaterra ha usado el proteccionismo, lo ha llevado hasta sus extremos, y le ha dado resultados satisfactorios. No hay duda alguna que a ese sistema debe su actual poderío.

Después de dos siglos, Inglaterra ha creído conveniente adoptar el librecambio, por considerar que ya la protección no le puede dar nada. Pues bien, señores, mi conocimiento de mi patria me hace creer que dentro de doscientos años, cuando Norteamérica haya obtenido del régimen protector lo que éste pueda darle, adoptará firmemente el librecambio".

¡Compárese este discurso con el del general Mitre!

No han hecho falta doscientos años. Ahora Norteamérica es librecambista, pero poco, como dijo el pelado tapando las "entradas" que le llegaban a la nuca. Porque tiene la aftosa, la mosca del Mediterráneo, para la protección de su agricultura, que es la división internacional del trabajo que practica y le pone sus ricas trabas a los automóviles europeos y a los relojes suizos.

Estaba hablando de la exportación industrializada de nuestros productos. He tenido que redundar en estas generalidades para que se comprendan bien los puntos de partida y las falsedades básicas del pensamiento que se opone, confesada o inconfesadamente, a nuestra expansión industrial, en el empeño de mantener en nosotros el sistema de vender la lana sucia y comprar la camiseta. Seguiremos, para llegar a la política bancaria que nos conviene.

¡Cuando uno piensa que como hay la cultura de la cerámica o la del bronce, la nuestra se ha llamado la "cultura del cuero", y exportamos cuero crudo en lugar de valijas, camperas, monturas que fueron nuestra mejor artesanía!

Recuerdo la casa de Ferré en Corrientes, donde en la construcción no había un clavo ni un alambre. Todo era de cuero. ¡De cuero eran hasta los baldes y hasta retobados en cuero se enterraba a los difuntos!

8. - UN IMPERATIVO: MERCADOS NUEVOS Y ELABORACIÓN DE MATERIA PRIMA

Tenemos ya una poderosa industria liviana que satisface la mayor parte de las necesidades del mercado interno. ¿Está esta industria en condiciones de exportar parte de su producción? ¿Sus costos lo permiten y su calidad lo mismo? Interrogantes éstos a los que nuestros "expertos", vinculados a las formas "tradicionales" de comercio exterior del país, exportar materia prima e importar productos industriales, contestan que no para no afrontar el verdadero problema del comercio exterior, la expansión en abanico hacia afuera, que depende del desarrollo de las aptitudes de vendedor, del estudio del mercado en conquista y la adecuación del producto mismo, y de la existencia de una política bancaria promotora de ventas, nuestro Eximbank.

Exportadores de carnes, especialmente del "chilled", estamos condicionados a un solo mercado: el que tiene el frío organizado para recibir la carne enfriada y distribuirla en las mismas condiciones. Es el mercado inglés de Smithfield.

De tal manera, estamos sometidos al precio que un solo mercado determina y a una estructura industrial dependiente de ese mercado.

No sé si he contado ya la anécdota, pero es útil recordarla.

En la segunda presidencia de Yrigoyen -1929-, Inglaterra envió para la negociación de las carnes a una alta figura del imperio que había sido virrey de la India, Lord D'Albernon, que dio su nombre al tratado. En las tratativas del mismo tuvo que discutir las cláusulas con el doctor Horacio Oyhanarte, que era ministro de Relaciones Exteriores. El doctor Horacio Oyhanarte era un personaje de gran inteligencia, pero de un estilo muy personal, con su voz chillona y su vestimenta aún más, corbatas

esplendentes y camisas gritonas, y su oratoria, de gran riqueza idiomática, muy barroca, y que un exigente en los modos podría llamar "guarango". Un fino espíritu recargado de oropel de mal gusto, como esos magníficos ómnibus que al privatizarse son víctimas de la privatización al gusto del propietario, que consiste en retratos de Gardel, cortinillas con flecos e incomprensibles adornos de macramé o caucho perforado. Lord D'Albernon, a su vez, era un inglés largo y flaco, sobrio y elusivo, conforme a las normas que imitan nuestros "guarangos", diamantes brutos que pasados de talla sin llegar a brillantes, se convierten en tilingos. Pero los ingleses no se pasan de talla, porque son ingleses y no imitación de ingleses.

Tal vez el contraste hizo que Oyhanarte y Lord D'Albernon entraran pronto en una relación amistosa que llegó al tuteo y hasta las "visteadas". Así fue que en una discusión sobre el precio de las carnes, Oyhanarte, tomando a su británico interlocutor de una parte delicada de su persona, le dijo:

"¡Mirá, inglés, te tengo agarrado, y me pagás la carne al precio que quiero o no te la llevás!"

Y el inglés, agachándose un poco porque era muy alto, aprehendió a su interlocutor la parte correspondiente, y le dijo:

"Yo también te tengo agarrado. Si no me la vendés a mí, te la vas a tener que meter en otra parte..."

Esta anécdota me la contó uno de los actores, que desde luego no era el lord, que no frecuentaba mi café.

Esa es la historia de nuestro comercio de carnes. Es la fatalidad a que está sometido todo vendedor que se organiza para un solo mercado, o a quien le acopian la producción en el propio. Es más que la historia de nuestro comercio de carnes enfriadas, la historia de nuestro comercio exterior, mientras dependa de organizaciones foráneas. Con la diferencia, a favor del comprador, que éste puede

abstenerse de comprar, dirigirse a otros mercados vendedores, acumular existencia en el momento favorable y retacear las compras en el desfavorable. Manejar la plaza, en una palabra, "a piacere", imponiendo precio y apurando al vendedor por el acumulamiento de los stocks de mercadería perecedera, como lo es la materia prima alimenticia. Además, ese comprador dispone de todo un sector de la economía argentina, que depende exclusivamente de sus compras y presiona para que se malvenda, descargando sobre el resto del país el bajo precio con la subvención a la exportación. Y dispone, además, de una enorme organización de propaganda que va del periodismo a los "expertos", la Sociedad Rural y los Acieles, destinada a taparnos los ojos.

Y si no, percíbase la contradicción en la propaganda ruralista que se hace en estos días. Por un lado, se tiene a los ganaderos pendientes de un hilo, porque cada vez hay menos posibilidades de vender carnes al comprador "tradicional". Lo lógico, en defensa del mercado, sería aconsejar, adecuar la producción de esa mercadería a los volúmenes posibles de venta. Pero por el otro lado, se exige que aumente la producción de carne con ese destino y que disminuya el consumo interno, para que haya más exportable. Basta con no ser un tarado para darse cuenta que lo que se quiere es que nos ahogemos con la oferta para que el comprador haga lo que quiera con la misma. Más carne enfrida para vender y menos comprador para llevarla. A esto le llaman la "ley de oferta y de demanda" los librecambistas. Y los ganaderos y ruralistas muerden como unos angelitos una tan evidente picardía comercial. Que es picardía en el comprador y traición al país en los cipayos que la instrumentan, porque en el mejor de los casos —que aumenten las compras— ello ocurre como poco después de 1955, que vendimos más carne por menos dólares,

porque cuando el precio está abajo, sólo entonces les aparece la necesidad.

Estamos hablando de las cosas que tenemos para vender y sus soluciones, y una de las primeras es liberarnos de la tiranía del mercado de carnes enfridas, pero esto altera toda la estructura de una ganadería organizada para que estemos en esa situación de dependencia a merced del comprador: los invernadores, en lugar de adecuarse y de exigir nuevos mercados, claman por que la situación continúe y que el resto del país pague el pato. La solución fácil sería venderles a los norteamericanos, tanto el "chilled" como las carnes envasadas, en alimentos para perros, en chorizos, salchichas, etcétera, es decir, en materias primas transformadas que se valorizan. Pero los norteamericanos, que son campeones de nuestra libertad de comercio, y nos adoctrinan sobre la misma, no lo son cuando se trata de permitir la competencia a sus productores agrarios, que están protegidos y subvencionados y esto lo manejan con cuotas, tarifas aduaneras y en última instancia con aftosa. Esto no lo explican aquí los partidarios de la libre empresa que alucinan a nuestros productores rurales con los precios internos de los Estados Unidos, pero no les dicen la subvención indirecta que reciben los productores rurales norteamericanos, que no quieren la libre empresa en esta materia. Tampoco el señor Alsogaray, que como sabemos es un admirador del neoliberalismo alemán, nos cuenta en sus charlas televisadas que la importación de productos alimenticios en Alemania está sometida a cuotas, como en toda Europa, que se establecen una vez que se ha asegurado precio conveniente al productor nacional; y que todo este sistema se redondea ahora con el mercado común europeo, después que nuestros "genios" destruyeron los veintiséis tratados bilaterales que nos diversificaban y aseguraban mercados, como contrapartida de nuestras importaciones

Por razones políticas y casi filosóficas, no podemos comerciar con China. Si cada chino consumiese medio kilo de carne por año, no tendríamos el cupo necesario para cubrir ese mercado. ¡Entonces sí que tendríamos que aumentar la producción y tendríamos precio para convertir todas las praderas de la zona húmeda en praderas artificiales, y para poblar de haciendas toda la zona llamada "semidesértica" del país, que las admite, cuando la carne que hay que exportar no es el selecto producto que demandan las mesas británicas, sino el modesto bife que necesita consumir un chino, un hindú o un malayo, un congolés, un venezolano, un cubano o un brasileño. Porque esos mercados representan no sólo la exportación de carne, sino de comidas elaboradas, aprovechamiento hasta el máximo de los subproductos, industrialización de todo con salario e interés de capital que queda en el país.

Muchas veces he dicho que nuestro problema agrario es un problema de envase. Por ahí es por donde es más urgente nuestra metalurgia. Porque con envase e industrialización, toda la estructura agraria del país se modifica. La zona de los mejores campos, destinada hoy a las carnes enfriadas, es la zona óptima de la industria lechera, y el rinde económico del vacuno en leche es varias veces superior al rinde del vacuno en carne. Significa trabajo rural permanente y bien pagado, y significa industrialización de la campaña. Y nuestros cereales pueden salir también elaborados, si no en todo en parte, como los aceites vegetales, uno de cuyos episodios de lucha internacional he contado anteriormente.

El envase es esencial para la industrialización de nuestra producción rural, y él depende de la metalurgia, cuyo hierro, mientras no lo proveemos, podemos recibirlo de los países que sean nuevos compradores de productos alimenticios y cuyo es-

taño lo tenemos ahí a la mano en Bolivia, país al que pagaríamos con creces cubriendo su déficit alimenticio.

Pero entretanto no hacemos hojalata, está el "draw-back". Todos los días se habla del mismo y todos los días hay proyectos nuevos, pero la ejecución no marcha. Consiste el "draw-back" en que la mercadería entrada al país —en este caso la hojalata— sea liberada de impuesto aduanero en el momento de su salida para la exportación.

Es una cosa sencilla, pero no se pone en marcha. No es sólo útil para la exportación de productos alimenticios de la tierra.

Sería fundamental para la pesca, y su exportación. Conviene advertir que nuestro mercado interno es difícil para la pesca, como es lógico en un país que tiene abundancia de carnes rojas, para su consumo; es difícil también porque la pesca fresca requiere una estructura de frío de que carecemos.

Nuestros riquísimos bancos pesqueros ofrecen posibilidades ilimitadas, y es una riqueza prácticamente a nuestra disposición exclusiva. Compárese este mar nuestro con el Mar del Norte —mucho más pobre—, por ejemplo, y donde compiten las flotas pesqueras de Inglaterra, los tres países escandinavos, los dos países bajos, Francia y hasta los pescadores españoles, con éste que no está ni arañado. Recién ahora empezamos a tener industria pesquera, pues no puede contarse por tal la pesca costera de los pescadores italianos de Mar del Plata, pescadores del Mediterráneo, un mar sin pesca y con la costa casi siempre a la vista. Nuestros lobos de mar no conocen otra navegación que la costera, y de ahí provienen los frecuentes naufragios, en su incapacidad de correr un temporal o internarse mar adentro.

Ahí tenía nuestra marina un punto de partida para sus actividades y para la formación en subsidio de una población marinera, que no sea de

“gauchos al timón”, como alguna vez se ridiculizó en Inglaterra nuestra pretensión náutica. A lo largo de la costa patagónica tenemos la curiosa coincidencia de clima continental sobre costa marítima, excepcionalmente apto para la pesca seca. Eso también pudo ser tarea de nuestra marina, aunque más no fuera para proveer las dotaciones navales y militares, de pescado seco, que era industria importante antes de Caseros, a pesar de la baratura de la carne. Don Juan Manuel, que fue precapitalista, juntamente con los saladeros de carnes vacunas, tenía un saladero de pescado por Samborombón.

El “draw-back”, hasta tanto nuestra siderurgia provea, tendría fundamental importancia en el costo de exportación de la metalurgia liviana. Pero como se dice, se sigue en veremos. ¿Qué intereses la retardan o la ahogan en los vericuetos de la burocracia? Es claro: hay el riesgo de que a su sombra se deslice la materia importada hacia el mercado interno, defraudando la Aduana, y entonces la moral de los que no vieron el paralelo 42, ni lo conocen al “Cacho” Otero, ni se explican la multiplicación al infinito de las “boutiques”, del whisky (y sin estampilla), de los cigarrillos importados, del “ban-lon”, de la perfumería, etcétera, se activa para cuidar los intereses fiscales. Por eso le llamo “moralina”: funciona cuando le conviene al viejo sistema económico, para gritar como el tero lejos de la nidada, o para estorbar la diligencia que interesa al país.

No pretendo contemplar los innumerables productos primarios del país que se exportan como materias primas y deberían exportarse industrializados, principalmente a cambio de otras materias primas o hacia los mercados cuyo estado de desarrollo industrial es inferior al nuestro. Promover esa exportación es un problema de aptitudes de vendedor y de mecanismo bancario exportador. Y de líneas marítimas de transporte.

La Marina y la pesca

Al referirme a la pesca, he hablado de la misión que puede tener allí la marina, y veo adelantarse al libreempresismo en masa, señalando los inconvenientes de los presupuestos navales. No los he visto preocuparse cuando se adquiere un portaaviones de función represiva interior, o en previsión de una guerra lejana, como cuerpo expedicionario de otros. Ni ante las enormes sumas gastadas en convertir en base marítima absurda a Martín García, inapta totalmente, de acuerdo a la técnica moderna, para tal fin, y sólo útil como hospedaje de presidentes depuestos, frente a la potencia aérea de bases terrestres y a la moderna artillería, que hacen completamente inútiles las costosas instalaciones. En cambio, la creación de aquellas actividades onerosas para la colectividad, serviría para la creación de una población marinera y la multiplicación de puertos, a lo largo de una costa desierta, cosa mucho más útil para el desarrollo de aptitudes navales del país que, privado de costa opuesta, por la política inglesa de la segregación de la Banda Oriental, y por la pérdida de la soberanía de los ríos, que lesionó el cabotaje, punto de partida de una política náutica, dificulta una concepción marina del mundo que es previa a la potencia naval.¹

Usted, almirante, que admira ese tapiz de gobelinos, que tiene en las manos esa porcelana de Sèvres, de Buen Retiro o de Capo di Monte, debe saber que no son el producto de la libre empresa, sino de empresas del estado, o de los príncipes, que

¹ La Carta de Gordon y las comunicaciones del comodoro Bowles, jefe de la estación naval británica en el Río de la Plata, documenta la política inglesa destinada a privarnos de costa opuesta, para impedir el desarrollo naval argentino “que pondría en peligro el dominio imperial del Atlántico Sur”.

hicieron primero el sacrificio de crear a pérdida la industria. Le deben haber contado lo de las joyas de la Reina Isabel, en la leyenda de Colón, y sabrá entonces que América se descubrió y se conquistó con la inversión a larga distancia del Estado, y no de los particulares, que vinieron después. ¡Pero si usted mismo, señor almirante, es una inversión del Estado a larga distancia! ¡A usted mismo le toca decidir si útil o no!

Invertir en una flota que abre nuevas vías comerciales puede ser costoso, en términos flota, pero sólo en la primera época, cuando el tráfico no ha tomado volumen; y en esta época no interesa el interés privado. Pero es rendidor en cuanto crea clientes, mercados nuevos y mejor precio para la producción, y de los nuevos negocios resulta la productiva compensación. Pasa como la tan difamada fábrica de automóviles que hizo el Estado en Córdoba, a pérdida, pero sin la cual no tendríamos hoy industria del automóvil, porque ella generó los innumerables talleres donde se construyen las piezas que después van a las plantas de montaje. Sin estos talleres, producidos a pérdida, no habría hoy esa industria del automóvil, porque éstos, al fin, son sólo plantas de montaje. La escuela, el instituto de enseñanza, la higiene pública, el camino, el ferrocarril de fomento, el puerto, tampoco producen utilidad directa. Dan pérdida en su explotación, pero reintegran con creces en el tiempo; inversiones a distancia, malas financieramente y buenas económicamente. Por eso no son para los particulares y sí para el Estado. Es paradójico tener que decirlo a las Fuerzas Armadas, que en eso tienen su única justificación económica. ¡Claro que cuando son para nuestros intereses! Para los de los otros que los paguen los otros.

Pero una política de mercados nuevos, para materias primas transformadas, impone un cambio total de la estructura económica del país, al que se

oponen los intereses tradicionalmente ligados a la exportación barata y masiva de materias primas, que son los aliados internos del coloniaje.

9. -EL MILAGRO ALEMÁN Y EL INSTRUMENTO FINANCIERO EXPORTADOR DE ALEMANIA

Nuevos golpes se preparan para nuestra autonomía comercial, y la política de liberación de nuestro mercado internacional. Se habla insistentemente de la destrucción del Instituto Nacional del Reaseguro, es decir, de la nacionalización del seguro. Es una fuente de divisas rescatada, que se quiere poner de nuevo a disposición de las compañías extranjeras para retomar el sistema colonial en que los acopiadores de nuestra producción interna y exportadores a vil precio también se llevan las primas. Los estudios poderosos vinculados al negocio extranjero del seguro siguen trabajando, mientras su amigo, el ministro de Economía, oculta que la única solución de nuestros problemas está en la estructuración nacional de la economía, pegando grititos escandalizados por hurtos domésticos, o amagando soluciones que ahora empiezan a llamar "nacionales", pero sólo destinadas a emparchar la economía colonial y no a modificar totalmente la base estructural de la economía argentina, para hacerla propia y por consecuencia, socialmente justa y políticamente soberana.

Estoy muy lejos de ser un experto en materia económica; uno de esos sabios patentados que se turnan en la cátedra y en los ministerios, y que son simplemente loros repetidores de fórmulas abstractas de importación, creadas en otros países y para otras circunstancias y difundidas deliberadamente para que nos pongamos sus anteojeras y no veamos nuestra realidad, sino del color del cristal que traen, y deformada por su aumento. Pero con

lo poco que sé, podría pasar por un fenómeno de esos, con sólo tomarme la comodidad de hablar "en difícil", en términos llamados "técnicos", para que la gente no me comprenda.

¡Es mucho más difícil hablar fácil! Nuestros "expertos" son los Fu-Manchú que, bajo su apariencia sabihonda, disimulan que son prestidigitadores para pasar por magos, y me imagino que hasta usted lector, me respetaría mucho más si no me entendiese. Pero yo soy un modesto paisano como usted, que le llamo al pan, pan, y al vino, vino y cuando tengo que explicar algo lo explico para que me entiendan y no para que digan: "¡Qué fenómeno es este Jauretché! ¡Cómo sabe! ¡No entendimos nada, porque lo que sabe es muy difícil!"

La economía es una cuestión de buen sentido y los términos técnicos ayudan para abreviar las explicaciones y nada más. El no utilizarlos me obliga a ser discursivo y usted, lector, tiene que aguantarse; perdóneme, porque una vez que usted ha entendido, todo le resulta claro y después por la pata saca la res. Sucede como en matemáticas, que el problema es entender las primeras operaciones y no aprenderlas de memoria; si usted entiende lo primero, lo que sigue lo entiende por añadidura, pero si no, no. Y nuestros técnicos lo que no entienden es lo primero. Por esto es que se ponen en difíciles; es por darse corte, pero también porque no saben.

Y por eso es que el pueblo sabe más que ellos, porque sabiendo que no sabe, principia por querer conocer las cosas como las ve y no como se las pintan, y habla de la feria según le va en ella, cosa que es de elemental sentido común.

El milagro alemán

Por ejemplo:

Constantemente hablan del milagro alemán, pa-

ra referirse a la Argentina, y después dicen que tendríamos que hacer como los alemanes pero que, desgraciadamente, sólo somos criollos. Pero del milagro alemán cuentan lo que les permiten sus patrones, y empiezan por ocultar la reforma monetaria del 48, que desvalorizó al diez por ciento todos los pasivos y activos, el sustituir el reich-mark por el deutsch-mark, pero no los salarios, de donde éstos se multiplicaron en su capacidad adquisitiva, manteniendo y estimulando el poder de compra del mercado paralelamente al saneamiento contable de las empresas. Le ocultan que la restauración de la economía alemana se hizo sobre el hierro y el carbón que la guerra no había destruido, y seguía estando allí, uno cerquita del otro, con ríos y canales navegables, con ferrocarriles y caminos fácilmente reconstruibles. Le ocultan que había toda una técnica comercial, que venía de antes y no murió con la guerra, y que su población era una población de ingenieros y obreros técnicos. Le ocultan que el pueblo alemán está educado para ser soberano, para comerciar con quien le conviene y no con quien le impongan desde afuera, y que sólo tenía que reabrir mercados, donde su mercadería era conocida y esperada. Le ocultan que Alemania hace sólo cien años era también un país colonial y subdesarrollado, campo de batalla de los otros, desde los orígenes de la historia, sin que le sirvieran para nada el hierro y el carbón y la capacidad de los alemanes hasta que las ideas económicas de List y el genio político de Bismark arquitecturaron una política nacional y una economía nacional, en la cual, hierro, carbón, ríos y alemanes pudieron poner en marcha todo el potencial que estaba larvado —pero inútil— desde los orígenes de la historia, cuando las legiones de César se fortificaban en las orillas del Rin y las legiones romanas incurSIONaban hasta las marcas hamburguesas y pomeranias.

No le dicen eso, que es lo importante que hay que enseñarnos. Que esa Alemania "fenómeno" era hace cien años una aglomeración, sin una empresa unitaria, común, y que eso ocurría sobre el lecho de riquezas que había de fundar la gran Alemania. Pues si dijeran eso, estarían fabricando sus propias horcas de traidores, porque todos los argentinos comprenderíamos que podemos hacer lo mismo con sólo ser nacionales. Porque sólo hace cien años que ellos se organizaron como empresa propia; y hace cien años también que nos organizamos como empresa ajena.

Tampoco le dicen que la reconstrucción de la Alemania de posguerra tuvo el aporte del Plan Marshall, que, inversamente, pretendió someternos haciendo a sus dueños acarreadores y negociantes de lo nuestro, cosa que no permitió Miranda, prefiriendo no vender, a no vender como soberano para nosotros y a nuestros precios. Y ocultan que el Plan Marshall dotó a Alemania de una maquinaria más nueva y por tanto más eficiente que la norteamericana, de donde a éstos se les apareció la viuda en forma de competidor.

El "Hermes" y el racismo antirracista

Pero en materia concreta del comercio exterior de que estoy hablando, no los habrá oído hablar ni por casualidad del "Hermes". Es que el Hermes es el instrumento financiero exportador que abre los mercados de Alemania y valoriza su producción. Vuelvo a preguntarles al general, al almirante, si alguna vez los Alsogaray, Verrieres y demás que les hablan de milagro alemán, les han hablado del Hermes. ¿Lo ha oído usted a Alsogaray en su audiencia televisada, mencionar al Hermes? No ¿Cómo van a revelar el secreto de la liberación en materia de comercio internacional! ¿Cómo van a divulgar los medios de comercialización que aquí

hay que impedir? ¡Papitol, los patrones se enojarían. Y lo que yo estoy proponiendo no es el Hermes de los alemanes, porque no propongo ninguna copia. Pero propongo el instrumento de función parecida, adecuada a nuestra realidad y que sobre nuestra realidad tenemos que crear.

Pero la verdad es que nos hablan del milagro alemán, para grabar el complejo de inferioridad del coloniaje. "Cela va sans dire", para hablar como tilingo.

Lo que se busca es marcar que aquello es posible porque se trata de razas del norte, y no de cabecitas negras, de criollos, de italianos, de españoles, de turcos y de judíos. Es el racismo de los antirracistas que padecemos desde Sarmiento. Nuestro obrero no sirve, nuestro burgués no sirve, nuestro bancario no sirve, nuestro militar, nuestro marino, nuestro aviador, no..., no, eso no lo dicen, porque tienen que utilizarlos. Somos "vagos", inútiles, incultos, ladrones. Toda la enseñanza argentina ha funcionado para esto. Y la prensa, el libro, la cátedra...

Este racismo forma parte de la masa de complejos destinados a mantenernos en inferioridad, en falta de fe en nosotros mismos, en el pesimismo y en la resignación.

Porque si no rompemos ese complejo, es inútil enseñar cómo han hecho los otros para liberarse frente a la respuesta que el complejo pone inmediatamente de pie: los otros son superiores o, lo que es peor, nosotros somos inferiores, que es el corolario lógico de ese tilingo: "este país de m...".

Vamos a ver lo que esto tiene que hacer con el comercio internacional.

10. - ARTICULO NACIONAL VERSUS ARTICULO IMPORTADO

No cuesta tanto hacer una industria como con-

vencer a los consumidores de que sus productos son buenos, sobre todo cuando hay una mentalidad cipaya y colonial que está dispuesta a ver con preferencia como mejor lo importado. ¿Industria nacional?, dice el tilingo, y lo deja despectivamente. Ayer mismo he visto uno de esos contrabandos de viajero que ha traído un profesional lleno de picardía criolla y zoncera cipaya. Consiste en toallas, camisas y camperas. Pero sobre todo hay que ver las toallas. ¡Qué porquería son, en calidad, en color, al lado de las que venden en la tiendita de la esquina de su casa! Es mercadería que no se encuentra ni en los boliches turcos de la cordillera, pero es importada. Va a tener que encontrar otro zonzo como él para encajarla; pero los hay. ¡La mercadería porteña que les han encajado a las señoras gordas argentinas en Montevideo, cuando viajaban en caravanas democráticas mercachifleadas!

Si mis lectores fueran viejos como yo, no tendría que contarles que en una época, allá por 1920, los artículos norteamericanos eran considerados tan despectivamente como hoy los nacionales. Se consideraba el artículo norteamericano peor de lo que ahora se considera el japonés. Berretín puro, charmusca, lata, imitación. ¡Cómo compararlo con el europeo!, se decía. Los choferes, desde los De Dion Boutton, los Renault, los Panhard Levasseur, los Mercedes, y no digamos los Rolls Royces, miraban a los Fords, a los Chevrolet, a los Cadillacs y a los Buicks por arriba del hombro; más o menos como ahora, desde un "bote" coludo norteamericano, miran a una de esas cucarachas que se atreven a andar por el tránsito con una marca europea.

Pregúntenselo ustedes a sus padres, a sus tíos y a sus abuelos; ¡cómo comparar una medicina, una herramienta, una máquina o un artefacto norteamericano con un europeo!

Un joven no podría entender esto que voy a contar.

Era una mañana del día en que los norteamericanos hicieron su primera experiencia atómica en el atolón de Bikini. No hace tanto tiempo. Acababa yo de tomar un taxímetro y con el diario en la mano leía los títulos de primera página que se referían precisamente al acontecimiento, cuando el gallego taximetrero, volviendo la cabeza, me dijo:

—¿Ve esu de la bomba de Bikini? —y agregó, concluyente—: ¡Falsefecada!

Sorprendido por la ocurrencia ésta de que la bomba atómica se falsificase, requerí más explicaciones:

—¿Cómo dice?

—Sí, falsefecada —ratificó el gallego—. Esta bomba no es como la de Najasaki y la de Hiroshima. Esas eran alemanas y los norteamericanos las encontraron allí. Pero ésta de Bikini la han hecho ellos. Falsefecada. ¡El artículo norteamericano no es como el europeo!

El gallego mantenía los prejuicios de la época en que desde su taxímetro europeo, con dos carrocerías, la limousine de invierno y la abierta de verano, miraba por arriba del hombro a los coches de procedencia estadounidense. Y lo comprendía, porque era su contemporáneo, había padecido los mismos prejuicios, pero no lo podría entender un hombre de ahora, que tiene el prejuicio inverso: lo único perfecto es lo norteamericano. Y ya ven. ¡Han pasado sólo treinta años, que es un número de años muy importante en la vida de una persona! ¡Si lo sabré yo!, pero apenas una pausa en la vida de un pueblo.

Comparaciones de un turista

Voy a mencionar sólo algunas cosas en cuanto a la calidad de nuestra industria nacional.

Inútilmente buscará usted en Alemania un renglón de artículos del hogar de la calidad de los

que aquí se producen. No digo heladeras; ¡ni termos!; la ventaja que nos llevan en la industria pesada, en la química, en la alta técnica del sonido, y así, es indiscutible, pero no en esto; actualmente se están exportando heladeras argentinas a Suiza y a diversos países sudamericanos.

También recuerdo lo siguiente: en enero de 1958 vi agolparse la gente en Bonn para oír el primer aparato estereofónico que producía la Grundig. Cuando llegué aquí en julio del mismo año ya se fabricaba entre nosotros, porque somos bastante ligeritos para aprender. Concurrí diez veces a la clásica exposición francesa de "Arts Ménagères" en el Grand Palais de París, para comparar los productos allí exhibidos, y no encontré ninguna diferencia desfavorable en calidad ni en terminación con los utensilios que aquí se fabrican, en los productos de uso corriente allí exhibidos. Puedo contar que en toda Europa no encontré un saco de "tweed" confeccionado como para mi medida, y que sólo lo hallé en Londres, después de minuciosa búsqueda y saliendo de donde se paga en guineas para ir a los más modestos establecimientos en donde se paga en libras. Aquí, la industria confeccionista, mucho más adelantada, los ofrece en todas las tiendas. Eso de la moneda tal vez no venga al caso, pero es una sutileza comercial que conviene explicar. Las tiendas de categoría marcan los precios en guineas, una moneda prácticamente inexistente, cuyo valor es levemente superior a la libra, pero que da el carácter distinguido del establecimiento. Los premios artísticos, los de las carreras y otras cosas por el estilo también son en guineas. Los establecimientos más modestos para el gran público marcan en libras, y los intermedios, que no son ni "pitucos" ni "chusmas", marcan en chelines, porque no se le animan a la guinea, pero no quieren degradarse hasta la libra. Y el forastero tiene que andar haciendo gimnasia mental y con los dedos,

para conocer el precio verdadero. Es una diferencia sutil, como la de nuestra elegancia femenina, que es una cosa en la calle Corrientes y otra en Santa Fe y hay una intermedia, que debe andar por Córdoba. Verdaderamente no me explico cómo nuestros imitadores no han establecido una moneda especial, de categoría, para la "haute couture" y en los hipódromos.

No pretendo que estemos al nivel de aquellos productos europeos de selección, hijos de una larga tradición y de una técnica alquitarada. Pero también es cierto que hay mucha superstición en todo eso, forma parte de la leyenda cultural y es uno de los encantos del turismo. El turista necesita la leyenda. Eso explica que el doctor Nicolás Repetto, en sus famosas correspondencias de Estados Unidos, nos descubriese que las dactilógrafas norteamericanas podían escribir al dictado y a ciegas; no se había dado cuenta que también lo hacen las dactilógrafas criollas que escriben al tacto.

Volvamos a la leyenda del turismo. En "La Nación", la señora Levinson nos está haciendo unas correspondencias sobre su viaje por Europa, y nos cuenta las excelencias de los vinos del Rin, que hacen poner los ojos en blanco a los lectores, y ella ha catado en la bodega más famosa. La verdad es que los vinos del Rin, con contadas excepciones, no pasan de regularones y que los mejores ya no aguantan comparación con los que estamos produciendo aquí en el mismo tipo, y no digo con los de Chile.

Es lógico, porque la zona del Rin no tiene la imprescindible diafanidad del cielo que necesita la maduración perfecta de la uva, lo que ocasiona una leve acidez, típica, por ejemplo, de los vinos gallegos, con el cala-bobo, que opaca el verano. El cala-bobo es una garúa finísima cuya versión vasca más gruesa es el chirimiri, de la costa cantá-

brica común, y se llama así porque el bobo dice que no moja: pero cala.

Todo se puede hacer aquí y mejorar. Nuestros champagnes son flojos, pero ha bastado que una firma contrate la técnica de una casa francesa para que tengamos ya aquí un champagne de reciente aparición en el mercado, que está a la par de los mejores franceses. Y no digo la marca, para que no crean que me tiro un lance invadiendo la sección de publicidad y espero un cajón. No sigo con los vinos, porque me voy a hacer una reputación de borracho, para agravar la malísima que tengo, como descamisado adoptivo. Porque entre las ideas de los tilingos está esto de que los descamisados no tienen derecho a paladear las cosas buenas.

Recuerdo que siendo muchacho, como yo militaba en un partido universitario que se llamaba Centro Izquierda, un compañero pituco que me encontró en la calle Florida me dijo, extrañado: "¡Vos en la calle Florida!".

Y yo le contesté: "¡Y vos te creés que Dios ha hecho las mujeres bonitas nada más que para los imbéciles?".

También forma parte de la imbecilidad esto de que los derechistas me consideren de izquierda y los izquierdistas de derecha, cosa que después le pasó a FORJA, como le había pasado a Yrigoyen y como le pasó a Perón. Porque donde todo el mundo anda de contramano el que lleva su mano parece que es el que contraviene las ordenanzas. Y la mano es la del buen sentido, la del realismo nacional, que contrarían esos planteos importados de derecha e izquierda, que corresponden al ordenamiento europeo de las fuerzas y no al ordenamiento nacional, en que esos matices caben para la disputa interna, pero sólo en la medida en que vayamos realizando paralelamente la disputa externa de nuestra liberación, siguiendo aquel orden

que ya se dijo: para repartir la torta hay que tenerla.

II. - A ESO LLAMAN LIBERALISMO: AL DIRIGISMO DE ELLOS

He señalado la falsedad del pretexto de los costos altos, que se invocan para explicar nuestra política de exportación exclusiva de materias primas. Si nuestros costos fueran altos, también serían altos los costos de las materias primas, porque hay una relación directa entre todos los costos de un país. Pero el hincapié se hace en los costos de las industrias de transformación, y especialmente en salarios, y ya hemos visto que al valor actual del peón, nuestros salarios sólo admiten comparación con el más bajo de Europa, el español, y con ninguno de los países competidores, y que por otra parte, la incidencia del salario en la transformación casi primaria de las materias primas es mucho menor que en las industrias que requieren varios procesos de transformación, por razones obvias. También se invoca el poco rendimiento por unidad productora, y así, en la leche, se compara el rinde de la vaca argentina con la holandesa, olvidando la relación "rinde-costo", es decir, costo "vaca", costo "campo", costo "mantención", y que esta relación hay que establecerla entre los rindes promedios y no tomando como se hace allá la unidad de más rinde y aquí la de menos.

Una de las leyendas más frecuentes es la disminución de los rindes argentinos.

La reseña que comento señala que el promedio de uva en quintales métricos es en Mendoza de 89.20 quintales, en Francia 63.03, Argelia 63.43, Italia 56.65, España 16.38, y Chile, 45.50, y el rendimiento en hectólitros por hectárea es así: Argentina, 67.40, Francia 41.17, Argelia 50.68, Italia 37.62, España 10.20.

Tenemos pues un rinde en uva superior entre el 25 y el 100 % con respecto a productores "tradicionales", y en vino, un 40 % superior a Francia, y un 600 % con relación a España. Atribuyo los bajos rendimientos de esta última a sus cultivos de secano, con viñedos de cabeza, que bajan enormemente el promedio, y que prácticamente no existen en nuestro país.

Uno de los pretextos invocados es el atraso técnico del mecanismo transformador, de la fábrica, en este caso, la bodega, cosa que no cabe en esta industria, donde las novedades son escasas en maquinarias y sólo importa, fundamentalmente, la aptitud técnica. Los guarismos que se reproducen revelan la falsedad de este argumento.

Con los más altos rindes, con los más bajos costos, interesa saber por qué no exportamos. Y de inmediato caemos en el problema de los precios políticos, y de los mercados que se cierran o se abren por convenios. Es decir, que es una cosa que depende de tener o no tener una política de exportación en la que jueguen las políticas comerciales dirigidas al intercambio o limitadas a mantenernos en la mono-exportación.

Queda excluido, por consiguiente, el asunto "costo".

Si consideramos, como lo hace ese estudio, los mercados continentales de nuestra América y también la del norte, vemos que, salvo Chile, ninguno es productor de caldos. Hace algún tiempo viajé a Montevideo para documentarme sobre esta cuestión de los vinos; el consumidor uruguayo dispone de un producto local muy inferior al nuestro, que paga un recargo del 150 %, más un depósito del 100 %. La reseña que comento habla acertadamente de las posibilidades del mercado de libre comercio sudamericano, del que Uruguay es la punta más cercana. Con lo que cito está dicho todo; empezando por el principio que es nuestro

vecino inmediato, y que a su vez tiene medio de pago, que no es sólo la arena y la piedra. En vacunos, carece de campos de invernada, y tiene una terminación lenta de sus novillos y le convendría más vender sus terneros; podría recibir uva de mesa, pues produce frutas, especialmente los duraznos, en calidad y sanidad, que nosotros podemos absorber, en márgenes mucho mayores que los de la uva que importara, como ciertas hortalizas, y particularmente el boniato, mientras tiene déficit en papas. En realidad, su mercado no es más que un desprendimiento del nuestro, o el nuestro un desprendimiento del suyo, con las facilidades de transporte que da la vía acuática. El problema no es económico, sino político, y se trata de restablecer las condiciones de la libertad de comercio, alteradas por una política que se llama "libertad de comercio". Es que toda esta parte del continente es de mercados complementarios, como ocurre con Brasil o Chile, que tienen lo que a nosotros nos falta y les falta lo que nosotros tenemos, o como el Uruguay, se trata de una zona desprendida de un mismo "hinterland" económico, y entonces no se trata de complementación, sino de ampliación de fronteras de producción y consumo, de la que resultaría beneficiaria la vecina república en un mercado común de industrias, hoy muy limitado para ella, que la naturaleza ha dispuesto y la política ha desordenado.

Insisto en este particular, porque uno de los mitos del liberalismo económico consiste en ocultar la naturaleza antiliberal con que sus abstracciones organizan el mundo de la división internacional del trabajo, pues la que sostienen es aquella que conviene a la división internacional del trabajo según el momento del mundo en que unos países se organizan como desarrollados y condenan a los otros al subdesarrollo. En una supuesta división internacional del trabajo auténtica, cada país de-

bería hacer la transformación directa de las materias primas de que dispone, en relación con la energía y la mano de obra disponibles. Pero en la que se pontifica, los países del hierro y del carbón no se resignan a hacer máquinas exclusivamente. Elaboran la lana, el algodón, el caucho, el cuero, la uva, las carnes, los minerales, que no tienen. Y los acarrean con sus barcos y los aseguran con sus seguros, y los vuelven a acarrear después de elaborados a los mismos países que les venden la materia prima. Inglaterra o Francia no debían elaborar más que la lana que producen, y dejar el cuero, la carne, los minerales, el caucho, el algodón, etc., para que los elaborasen sus productores. Esto representaría un equilibrio mundial en el desarrollo y un enorme ahorro de fletes falsos, con disminución de volumen y tonelaje. Si las lanas argentinas se elaborasen aquí, los tejidos representarían mucho menos tonelaje y flete, y no habría que pagarlo por la tierra, la grasa, los abrojos, que las lanas llevan; ni Francia compraría caldos para cortes en España ni en Argelia; y el algodón de fibra larga saldría de Egipto en prendas confeccionada; y Brasil no mandaría hierro de Volta Redonda a Baltimore para la siderurgia norteamericana; ni nuestro maíz saldría vía Inglaterra, Dinamarca y Holanda, para convertirse en cerdos, sino que se iría en cerdos, que es un modo de industrializar el maíz. Y en productos porcinos elaborados.

Esta es una referencia al pasar, para demostrar cómo la división internacional del trabajo que se pontifica es falsa, y es justamente lo que se quiere impedir cuando se habla de la libertad de comercio y del libre-empresismo. Lo que se quiere mantener es, precisamente no la división internacional del trabajo, según la naturaleza, que sería lo liberal, sino la división internacional del trabajo según la actual estructura imperial del mundo,

lo que está contra la misma. La cuestión, como se ve, no es una cuestión doctrinaria, sino una cuestión nacional de intereses concretos, porque el liberalismo es antiliberal, en cuanto quiere la inercia defensiva y antiprogresista de los países que han llegado tarde a la división internacional del trabajo, para que subsista la estructura de un mundo que se opone a una organización auténticamente libre del mismo. Por medios políticos se lo mantiene así, y no se quiere la intervención política de los gobiernos de los estados en retraso para que corrijan esa estructura antiliberal. Y a eso llaman liberalismo; al dirigismo de ellos. Y dirigismo, al liberalismo nuestro. De donde se ve la falacia de todo planteo ideológico, y cómo sólo el hecho concreto en función de los intereses propios puede dar soluciones para el propio interés.

Estamos en un mundo económicamente organizado por medidas políticas y el que no organiza su economía políticamente es una víctima. El cuento de la división internacional del trabajo, con el de la libertad de comercio, que es su ejecución, es pues una de las tantas formulaciones doctrinarias, destinadas a impedir que organicemos sobre los hechos nuestra propia doctrina económica.

Ya he dicho antes que estos problemas no se pueden ver aisladamente; que siendo como son, políticos, necesitan una visión panorámica previa, que el técnico complementa. En cada rama de nuestra producción, hay gente entendida y patriota, que se desespera queriendo hallar las claves, que no están en ninguna rama aislada. Es necesaria una visión total, de que generalmente el técnico y el productor carecen, en la misma medida que sus conocimientos se han profundizado en la especialidad. El árbol no les deja ver el bosque, y éste es un bosque abigarrado, confuso, donde se han preocupado de borrar los senderos y caminos. Toda nuestra educación y toda la publicidad están

organizadas para eso, para que no podamos reconocer los caminos generales y nos perdamos en los senderos. Y aquí vuelvo a la necesidad del revisionismo histórico, que es desandar todos esos senderos hasta encontrar las rutas principales perdidas, para que desde allí podamos ver los verdaderos caminos que hemos perdido. Puede ser que yo me equivoque, pero hablo por mi experiencia; hasta que no hice la revisión de la historia no entendí el panorama general, me perdía en los vericuetos de los problemas específicos sin relacionarlos con el todo, que es lo que le pasa al técnico, o iba a buscar afuera el auxilio de las doctrinas y de las ideologías que me daba soluciones teóricas, generales, que generalmente no tenían nada que ver con nuestra realidad y contribuían a embarullarme.

He de seguir con esto del vino porque de ello salen muchas sugerencias para otros temas, pues todas las cosas van cruzadas como trenza de ocho, según ya lo dije. Con lo que dejo establecido que sin visión política no se ve el problema económico, porque la política es a las demás actividades de la sociedad lo que la filosofía a las ciencias: la visión general y unificante que contiene las respuestas últimas, si las hay.

Y vinculando lo histórico con lo económico me parece útil explicar una aparente contradicción en el punto de vista nacional, que los cipayos aprovechan. Estos hacen pie en la labor progresista efectuada por el capitalismo extranjero en el país, que no podemos negar. Lo que tenemos que hacer es esclarecer en qué ha consistido ese progresismo y para qué, y entonces todo resulta muy claro y no hay contradicción. Ya he dicho antes que las fuerzas extranjeras no se opusieron al desarrollo de nuestra industria vitivinícola mientras ésta persiguiese sólo el mercado interno, porque en el orden que a ella le interesaba el abastecimien-

to interno de vinos cerraba con la importación los medios de pago de los importadores de vinos que competían con ellas en el mercado exportador, y por otra parte estabilizaban en algo el interior, que en insurrección era un peligro constante para el orden necesario a la organización de la granja abastecedora de carnes y cereales del litoral. Abundando en el tema, señalo que se movió el progreso en un sentido, el de su interés, y se lo obstaculizó en cuanto tendía a la diversificación de las formas de producción.

Antes hablé de los secaderos de pescado de la costa patagónica y sus posibilidades, industria que no interesaba promover como, en cambio, interesaba promover nuestro progreso en el orden de la producción de carnes; en síntesis, estímulo de la monoproducción y obstáculos a la diversificación. Alguno debe haberlo creído cosa de imaginación: soñar no cuesta nada.

La pesca seca ha desaparecido del sur. Mejorar las haciendas interesaba a esa política tanto como impedir que se diversificara nuestra producción. Progreso y antiprogreso son paralelos según la conveniencia de quien lo ha dirigido y no según la nuestra, que exigía el progreso en todos los rumbos. Con esto queda bastante claro que el problema económico es un problema político y no una abstracción ideológica.

12. MERCADO INTERNO Y COMERCIO EXTERIOR

El progresismo de la oligarquía en un sentido, es anti-progreso en otro. Progreso en cuanto nos prepara como economía dependiente para complementar el mercado industrial al que debemos proveer de materias primas alimenticias, y subsiguientemente, de lanas, cueros y cereales, generalmente estos últimos destinados a ser redistribuidos

por el país cuya economía complementamos y a través de su sistema comercial, naviero y de seguros. Una vez establecida la producción de dependencia, la política económica se dirige a mejorar ésta en calidad, adecuándola a su exclusivo mercado, y a la racionalización del suministro, y paralelamente, a impedir otras formas de la producción, para lo cual hay que excluir del mercado internacional otros países compradores, concentrando en el país colonial el monopolio de las compras, y cuidando de limitar el progreso del mismo, para que no diversifique su producción empezando por satisfacer las necesidades del mercado interno con productos industriales elaborados en el mismo, es decir, manteniéndolo en las formas primarias de producción. No se trata simplemente de obligarlo a cambiar materias primas por materias industrializadas, para que todo el valor transformación, quede en la metrópoli. (Prebisch: "relación adversa de los términos del intercambio"), sino también la diversificación de la producción que implica la apertura posible de otros mercados externos, cuando se han satisfecho las necesidades del mercado interno. (Prebisch: "las economías débiles no colaboran: se subordinan").

La diversificación y la industrialización en el mercado interno levantan el nivel de vida, al ofrecer trabajo abundante y remunerado. No sólo son precursores de la expansión hacia otros rumbos del comercio internacional, competencia, sino que convierten al país productor en un mercado propio competidor del metropolitano, tanto porque el alza del nivel de vida, como consecuencia del mayor poder adquisitivo de la población, la hace consumidora y por consecuencia competidora del tradicional, como porque alza los costos que el país dominante trata de mantener bajos. País de pocos patrones y "peones de pata al suelo" es lo que éste quiere. Una población rica implica una fuerte de-

manda interna, y sobre la base de esa demanda interna se crean nuevas formas de producción, que se desarrollan a expensas del mercado interno hasta que han adquirido su plena capacidad, y están en condiciones de salir a la conquista de otros mercados.

La subversión de las ideas básicas explica que se haga necesario desarrollar estos conceptos elementales. Estamos habituados a oír hablar de "saldos exportables". Saldo significa sobrante, exceso. Exportar saldos alimenticios, por ejemplo, implica exportar los sobrantes de la producción una vez satisfecho razonablemente el consumo local. Sin embargo, durante toda la época de la oligarquía se ha llamado "saldo exportable" al "faltante" de nuestro consumo interno. No volveré sobre las viejas condiciones de miseria de nuestras clases populares, particularmente del interior, y que ahora parecen retornar. La infancia subalimentada, el alto porcentaje de exceptuados del servicio militar por incapacidad física, eran fenómenos endémicos contra los que se clamaba constantemente, desde los círculos políticos a los círculos médicos, pero no se los afrontó mientras fueron una simple muletilla política o científica y se los quiso remediar con cartillas pedagógicas. Esto lo resolvió la política económica nacional, cuando el país se reconcentró en sí mismo y produjo para sí y manejó el mercado internacional para fines propios, movilizándolo la industrialización, creando un sindicalismo fuerte, paralelo del desarrollo capitalista, que trascendía de las formas primarias del pre-capitalismo agrario. Claro está que el desarrollo interno produce en la primera etapa una disminución de los saldos exportables, al aumentar el consumo local. Pero en la segunda etapa, la misma diversificación crea nuevos saldos, nuevos productos y productos primarios transformados que oportunamente con-

currirán a establecer el equilibrio de la balanza comercial.

Es una consecuencia inevitable del progreso integral, pues los otros productos y los transformados sólo los podremos exportar cuando excedan las necesidades locales, y la competencia interna cree a los productores la necesidad de buscar mercados suplementarios. Es decir, hay primero una retracción en las ventas al exterior, aspecto negativo, pero necesario, porque el mercado interno es el que crea la necesidad y las condiciones de la nueva producción. Parece también un círculo vicioso y hay que romperlo.

La oligarquía y los intereses creados por la monoproducción se apoyan en esta perturbación momentánea para mantener la vieja estructura económica retardataria. Pero anotemos también lo que se oculta. Disminuye la exportación en volumen, pero aumenta en precio, porque estando organizada nuestra economía para funciones bajistas en el mercado internacional, en la medida en que no ofertamos exageradamente, en que restringimos el volumen o diversificamos los mercados, obtenemos más dólares por menos mercadería. Porque los bajos costos internos no benefician al productor capitalista local, desde que el margen es absorbido por el comprador monopolista, que está en condiciones de negar el precio mínimo si no hay precio sostén, que lo da precisamente el mercado interno, o el "precio político", único de fuerza frente al monopolio exportador, que, sin competencia, paga lo imprescindible para que no se muera "la gallina de los huevos de oro".

Después de la revolución de 1955, se aumentó el volumen de exportación, como lo querían los protetas de la "libertad de comercio": reiteradamente se mejoró el precio interno al productor rural y, como consecuencia, aumentó el volumen de carnes exportadas. Pero, en cambio, bajó el ren-

dimiento en dólares, EXPORTAMOS MÁS y COBRAMOS MENOS. Ésa es la síntesis de la economía de dependencia, y el resultado fatal buscado.

Volvamos a la industria vitivinícola. El informe a que me he estado refiriendo, revela que a pesar del aumento de producción no estamos en el mercado internacional de vinos, y que en cierta medida hemos disminuido el volumen de las escasas exportaciones. Simplemente se trata de que, si bien el desarrollo de la industria se ha acelerado, la capacidad de compra del mercado interno en crecimiento más rápido no ha sido superada. La solución es seguir adelante, pero la solución oligárquica es la contraria; restringir el mercado interno, en el caso de que se les ocurriera exportar, como ocurre con los productos demandados por nuestro comprador "tradicional".

Recuerdo al lector que durante la "Década Infame" tuvimos superproducción de vinos, precisamente porque el crecimiento del poder adquisitivo de la población no marchaba paralelamente con el crecimiento de esa industria. Se dio allí la coyuntura para lanzarse al mercado internacional. Se tiraron millones y millones de litros de vinos a las acequias y se extirparon viñas, se prohibió la plantación de viñedos fuera de la zona específica establecida, se destruyeron los que había, y por la unificación de impuestos, que colocó en condición de inferioridad, por su menor proporción alcohólica los vinos de Río Negro, se limitó la producción. Mucho más barato hubiera sido acopiar los vinos excedentes, para constituir reservas de añejamiento, y con precios reducidos, siempre mucho mejores que el que pagaban las acequias, iniciar la política de exportación. Pero esto hubiera sido política nacional, que es justamente lo que se destruía en la "Década Infame", por nuestros liberales, entonces dirigistas. No se beneficiaba la economía de San Juan y Mendoza, sino a un sector de los

bodegueros, a quienes se les reservaba un mercado limitado por la pobreza del pueblo argentino, al precio de no meter el dedo en el ventilador, es decir, salir a conquistar mercados.

Muy doctoralmente le dirán a usted que, si bien en calidad ya estamos, como lo estamos, con nuestros magníficos vinos, no se puede estacionar al precio actual del dinero, porque es una inmovilización de capital anti-económica, con un mercado interno comprador, que acepta toda la oferta. Le ocultan que con una política bancaria nacional para estos efectos, puede haber dinero bajo, como lo hay para otras formas de producción agraria, y una política de financiaciones a la exportación de que hablaré más adelante. Surgen entonces los ortodoxos de la banca libre, que son los mismos que tiraron el vino y extirparon las cepas, pero que además, con el Instituto Movilizador, sanearon las carteras de los bancos, que controlaban la industria vitivinícola, cargando sobre el patrimonio de todos los argentinos sus malos negocios, de donde los bancos de los ortodoxos son útiles para corregir las pérdidas de la mala conducción, pero inconvenientes para promover las buenas, cuyo fruto mediato es la conquista de mercados.

13. POLITICA BANCARIA Y ESCÁNDALO

Ya dije cómo los dueños de amuebladas aprovechaban la moralina del párroco, del padre de familia y del maestro de escuela para que no surjan competidores. Hasta con la moral se pueden hacer buenos negocios, y es lo que ocurre con la política de desprestigio que actualmente se sigue a la banca oficial, y que tiene por objeto limitarla y destruirla.

Todos los órganos de prensa difunden escándalos que sólo lo serán cuando la justicia se pronuncie y se conozca la verdad de los hechos. Es elemental que si hay un negocio delicado y confidencial, ése

es el bancario, y que poner los bancos en la picota prematuramente, sólo tiende a desprestigiar los organismos que en ella se ponen. El escándalo, se ha de producir al final de la investigación, pero es el final de la investigación lo que no interesa, porque entonces, si lo hay, queda reducido a proporciones mucho más limitadas que las de las denuncias. Es que la finalidad perseguida no es la honradez ni la moral, sino la esterilización de la banca oficial, en un plan que se sigue ordenada y metódicamente.

Se principió por destruir la Ley de Nacionalización de la Banca, y estimular la promoción de innumerables bancos particulares. Se va ahora a la liberación de los depósitos y del interés que devengan. La finalidad inmediata que se persigue es la siguiente: lo que los bancos pueden prestar está en relación con los depósitos; los bancos que paguen mejor interés a sus depositantes, tendrán más depósitos y podrán prestar más. Pero los bancos oficiales son los que tienen la función de promover el desarrollo industrial y los que deben hacer los préstamos en defensa de la producción agropecuaria, los que hacen las financiaciones de ayuda, para estacionamiento, y los que podrían financiar nuestras exportaciones. En toda esta política el interés que pueden cobrar está limitado por sus objetivos de promoción; debe ser bajo, y sus amortizaciones a largos plazos. No podrán entonces competir con los bancos particulares, en el interés que pagan por los depósitos, lo que significa que paulatinamente irán reduciendo sus actividades, quedando sólo con los negocios que no interesen a los otros bancos; tendrán los negocios baratos de promoción, y perderán la compensación de los otros, que quedarán en manos exclusivamente de los bancos particulares; poco a poco reducirán su función en la economía, y serán los bancos particulares los que la dirigirán, en función, desde luego, de sus intereses particulares y no de los intereses generales del país.

Pero los bancos particulares son expresión de grupos económicos; detrás de cada banco hay un grupo financiero con intereses propios, que se vinculan exclusivamente a las formas clásicas de nuestra economía, es decir, a la economía de dependencia. Hemos dicho antes que no hay instrumento de gobierno más eficaz que la banca. En manos del Estado, la banca tiene los intereses de la colectividad. Hemos dicho que los bancos manejan la fisiología de la sociedad, y que al través del crédito crean dinero en mucha mayor medida que las emisiones, que son función del Estado. Ahora, como antes del 46, se hablará de la inflación por ejemplo, atribuyéndola al dinero emitido, del que es responsable el Estado. Pero en realidad, la abundancia o escasez de dinero estará en relación con el crédito, de modo que serán los bancos particulares los que la rijan, sin que se vea su mano. Y los que la orienten decidiendo qué actividad y qué producción es la que conviene al país. Y como los bancos particulares son la expresión de la economía colonial, dirigirán el crédito hacia el mantenimiento de la misma. Esto era lo que Pellegrini decía, cuando explicaba que la protección no es el único medio de promover la industrialización del país y porque lo veía creó el Banco de la Nación.

El Banco Central de Pinedo y el de Miranda

Para ser más ilustrativo, estableceré las diferencias del Banco Central creado por Pinedo, con el Banco Central nacionalizado de Miranda. Fuera de la nacionalización de los depósitos, la diferencia sustancial está en cómo se dirigía, y esto con los fines para que fue creado y por quién fue creado.

El Banco Central de la Década Infame, fue la complementación de una política bancaria que Inglaterra realizaba en los países dependientes. (De-

bo recordar que la India, entonces colonia, lo rechazó). Descaradamente, su organizador aquí fue sir Otto Niemeyer, gerente del Banco de Inglaterra quien lo planeó, encargándoles a cipayos criollos su ejecución. Se le atribuyeron al Banco Central todas las funciones que correspondían a una dirección unitaria de la economía, y no hay mayor diferencia con el Banco Central nacionalizado. Se completaba la política dirigista de la Década Infame. Pero... aquí está la madre del borrego. El Banco Central aparecía como un banco de Estado rector, sólo que el Estado no tenía función rectora, porque su directorio estaba constituido por una mayoría de directores de bancos particulares, manejados desde afuera. Se le daba la apariencia de una cosa nacional para garantizar por la ley la orientación anti-nacional de la banca. Del mismo modo que se confiscaban los colectivos y los ómnibus para nacionalizarlos en la Corporación de Transportes de la empresa inglesa de tranvías, cosa que se repetía con el transporte automotor rural, para ponerlo en dependencia del ferrocarril inglés. Como esos ferrocarriles de juguete costosísimos, que los padres les compran a los niños, pero con los que juegan ellos porque los chicos pueden romperlos.

Los liberales eran dirigistas, pero para impedir que el país se dirigiera a sí mismo. ¡Y que todavía haya papanatas que comulguen con esas ruedas de molinol!

La banca nacionalizada controla cosas tan aparentemente lejanas como el federalismo. Y la no nacionalizada también, sólo que entonces dirigen los bancos particulares. La estabilidad de un gobierno de provincia depende de que tenga o no apoyo bancario. Fresco, presidente de la Cámara de Diputados de la Nación, apoyaba el Banco Central de la "Década Infame", y no sabía que Fresco, gobernador de Buenos Aires, iba a depender financieramente de Ortiz, quien resolvía de su frac-

so o de su éxito en el gobierno, desde la banca, y en función de las leyes que Fresco había aprobado, mucho mejor que con una intervención. Del mismo modo, el desarrollo de las actividades de una provincia depende más del gobierno de los bancos que del Congreso y sus leyes. Lo saben bien, por ejemplo los azucareros.

Una banca particular poderosa financia las importaciones y las ventas internas, y haciéndolo decide qué industrias pueden desarrollarse y cuáles no. Y si esa banca particular poderosa está vinculada más al negocio de importación que al desarrollo del país, habrá facilidades para importar máquinas y facilidades para que los usuarios las compren; de tal manera, el industrial argentino, aun protegido aduaneramente, no podrá competir porque financieramente está imposibilitado.

Nuestra industria de máquinas rurales no es nueva; hay una vieja tradición, como la de Istilar en Tres Arroyos o la de Schneider en Santa Fe. Éstas alcanzaron a sobrevivir.

La mayoría murieron en competencia con las máquinas importadas, que tenían financiación de los bancos ligados a los mecanismos de la importación. Y que podían venderse a plazos y con facilidades. En los viejos tiempos, los bancos particulares, preferentemente extranjeros, iban después a redescantar en el Banco de la Nación esos documentos, de manera tal que no sólo disponían del ahorro de sus propios depositantes, sino también del ahorro de los depositantes de los bancos oficiales. Es elemental que en un país en condición colonial la banca no nacionalizada depende de los grupos económicos poderosos que en ella actúan, y esos grupos no harán nada porque el país se modifique, perturbando la estructura sobre la que se asienta.

Aun los mismos grupos económicos nacionales, pueden estar interesados en mantener las condiciones de atraso del país, prefiriendo un mercado pe-

queño en monopolio, a un mercado en expansión en competencia. Es el caso de las Juntas Reguladoras de la Década Infame, destinadas a disminuir la producción y distribuirla entre los intereses creados ya existentes y libres de competidores internos.

Típico de eso fue la vieja Unión Industrial presidida por don Luis Colombo que a su vez era la expresión local del grupo financiero Lengs Roberts y la banca Baring. Don Luis Colombo reunía así, en una sola mano, la industria nacional y el interés extranjero. Pero era la industria nacional tolerada y conveniente, y cuyo interés consistía, no en el desarrollo industrial, sino en el aprovechamiento por grupos reducidos industriales del mercado a su disposición y estacionario.

En 1944 me interesé en el Banco Industrial por una planta de cemento dinamarquesa que quería explotar una cantera en Olavarría, y los dueños del campo, que se harían cargo del negocio, me pidieron que explorase el Banco Industrial, de reciente creación. El Banco Industrial, ateniéndose al informe de las fábricas de cemento existentes, consideró que había exceso de producción de cemento. ¡Y esto ocurría en el momento en que el país iniciaba su brusca expansión, que obligó en los años sucesivos a importar centenares de miles de toneladas de cemento!

Siendo presidente del Banco de la Provincia de Buenos Aires, don Abraham Meller se propuso fabricar máquinas de hilar lana cardada y me vio con ese objeto. Consulté entonces al presidente del Banco Industrial, un hilandero de tradición, quien me dijo que el proyecto era descabellado. Meller se metió nomás en la fabricación; posiblemente sus máquinas eran deficientes, como que tuvo que utilizar hasta caños de hierro de obras sanitarias, para piezas que no se fundían en el país, pero las necesidades de éste suplieron las deficiencias y la industria de cardado cubrió un vacío con ellas.

Después vinieron los Talleres Coghlan y sucesivamente nuevas fábricas; la industria se fue perfeccionando y ahora exportamos máquinas de hilar hasta de los más altos títulos. Italia, nada menos, es uno de los más fuertes compradores. Pero lo cierto es que no le tendí la mano a Meller, por consejo del industrial, y después he comprendido que a éste no le interesaba el desarrollo del mercado.

Un día una pequeña fábrica de ácido sulfúrico radicada en Zárate solicitó un crédito. Encargué su estudio a un excelente funcionario del Banco, y cuando éste llevó el informe al directorio, leyó una notable exposición, en la que técnicamente se demostraba la incompetencia de los solicitantes y la mala calidad de su producto. Le pregunté al funcionario de dónde había obtenido tan minucioso asesoramiento, ya que el Banco carecía de oficina técnica, y el funcionario me dijo que lo había producido un cliente de gran responsabilidad moral y económica: una de las filiales de la Duperial. Entonces exhibí un contrato por el cual ésta le compraba toda la producción a la pequeña fábrica de Zárate. Simplemente, la gran empresa quería tenerla como subsidiaria, impidiendo que se emancipase como productora. El correcto funcionario quedó asombrado, porque lógicamente los funcionarios bancarios suelen tener mucha reverencia por los buenos clientes y hube de explicarle entonces eso de que los millones no se hacen atando perros con longaniza.

He traído estos casos aislados para que se comprenda que no se puede promover el desarrollo nacional sin una banca nacionalizada. Primero, por la dependencia que la banca privada tiene respecto de los grupos financieros internacionales interesados en mantener las condiciones estáticas de nuestra economía. Segundo, porque aunque sean expresión de intereses nacionales, los ven desde el ángulo exclusivo de su interés propio, que no quie-

re perder el control de un mercado reducido pero en su monopolio. Eso era el industrialismo de la Unión Industrial de don Luis Colombo, y me temo que lo siga siendo. Porque el desarrollo del país sólo puede dirigirlo quien tenga un interés general, el de toda la comunidad en desarrollo, y no el particular de los intereses ya creados.

Creo que con lo dicho basta para comprender por qué se desnacionaliza la banca, y por qué se impone nacionalizarla. Para hacerla el instrumento de máxima eficacia en nuestro desarrollo, para orientarlo según una visión patriótica, y no según la visión parcial de los intereses creados, sean éstos nacionales o extranjeros. Y comprendiendo esto también se comprenderá por qué se quiere reducir a los bancos oficiales a las funciones exclusivamente agropecuarias que se les tiene asignadas en el esquema imperial. Que los bancos oficiales no tengan más que los depósitos imprescindibles para hacer ese negocio barato, reservando los otros para una banca privada orientada a dirigir el resto según la misma concepción del país.

14. BANCA NACIONALIZADA E INTERESES PRIVADOS

No necesito insistir en lo que he dicho antes: el que tiene la dirección de la banca tiene en sus manos el factor más eficiente de desarrollo del país o de retraso; si los bancos están orientados por la sociedad, responderán a los intereses de esa sociedad, y promoverán las actividades que a ella le convienen. Si están orientados por los intereses privados, promoverán el estacionamiento del país en la esfera exclusiva de esos intereses privados. Y en un país colonial, donde los más poderosos intereses privados están regidos por la política de los consorcios extranjeros, la acción de la banca se

dirigirá precisamente a mantener las condiciones coloniales.

Esta acción conjunta, disfrazada en diversas formas, provoca el escándalo bancario primero, y acusa a la banca oficial de burocratismo, después.

El escándalo está coordinado con la segunda acusación.

El escándalo tiende a intimidar al personal bancario, para que pierda toda audacia creadora, y para que, en lugar de que el funcionario actúe como promotor de la riqueza, se convierta en un burócrata pasivo, que elude responsabilidades y se excusa. Cuando se ha logrado esto, que es el fin buscado, es decir, convertirlo en un parásito burocrático, vienen las acusaciones contra la inercia de la burocracia. Después que se los inutiliza, se los acusa por los mismos que han trabajado por su inutilización, de inútiles.

Voy a explicar ahora cómo actúa el mecanismo de la banca privada, y lo voy a hacer con la experiencia de lo que yo conocí al hacerme cargo de la presidencia del Banco de la Provincia de Buenos Aires, en la etapa en que me tocó dirigir la transformación de la entidad mixta en banco oficial. Y conste que estoy hablando de un banco no exclusivamente privado, y de un sector privado muy especial, el de tenedores de las acciones particulares, constituido por el alto comercio español de importación, que surtía el comercio de campaña, y cuyo origen se vincula precisamente al negocio rural de comercios de ramos generales, que cumplió en su época una tarea útil en el desarrollo del país, porque la casa de ramos generales fue el banco de la campaña cuando no había bancos. En general no estuvo ligado a los intereses imperialistas que configuraron nuestra economía, porque se nutrió económicamente con el aspecto progresista del desarrollo agrícola-ganadero, el progreso tolerado y querido por aquellos intereses.

El grupo privado del Banco de la Provincia, antes de su provincialización, es el de los importadores de artículos alimenticios españoles. Existen entonces el crédito hipotecario, el crédito de habilitación rural, como medios directos de contacto bancario con los productores rurales. Pero éste no es el grueso del círculo bancario. En esencia, el mecanismo es el siguiente: la función bancaria no la cumplen los bancos, sino las casas de ramos generales del interior, que son las que hacen el préstamo efectivo al chacarero. Éste queda así ligado con la casa de ramos generales, quien le facilita durante el año, medios de vida, recursos de toda naturaleza y adelantos, que pagará después de la cosecha. Lógicamente, la casa de ramos generales termina por comprar la producción al productor ligado como deudor, y así se convierte en agente comprador de los cerealistas, integrando el mecanismo de los consorcios. Inmediatamente que el chacarero ha pagado, vuelve a endeudarse de nuevo y si hay margen disponible, se le vende máquina rural, le haga falta o no le haga falta, la sepa utilizar o no la sepa utilizar. ¡Las veces que he visto "lanzar" chacareros a los caminos, como consecuencia de sus deudas con el comercio o con el dueño del campo, y he visto el patio de la chacra lleno de fierro y máquinas inútiles, sucias; cubiertas de moho y de orín o sirviendo de gallinero! Recuerdo de paso a un chacarero de mi pueblo, que me sirve de tema en uno de mis apuntes del "Manual de zonceras rioplatenses", a quien le vendieron la primera heladera eléctrica que llegó al mismo, ocultándole que hacía falta corriente, que desde luego en la chacra no existía.

El crédito bancario no iba directamente al productor rural, sino a la casa de ramos generales, que con ese dinero podía financiar las chacras y a su vez pagaba a los importadores mayoristas de Buenos Aires, que a su vez hacían las importacio-

nes a través del crédito documentario del mismo banco.

Era un circuito perfecto, pero al que no tenía acceso el productor rural que lógicamente se veía obligado a tomar el dinero de la casa de ramos generales, con la que prácticamente se obligaba también como comprador y vendedor, y con las lógicas diferencias en el interés y en el costo de su producción.

Tan era así este mecanismo, que el doctor Jorge Robirosa, al hacerse cargo de la presidencia del Banco de la Provincia, después de la revolución de 1955, y como había pertenecido a ese banco como jefe de abogados hasta su provincialización, la primera pregunta que formuló fue la siguiente: "¿Qué parte del crédito rural hace el banco y qué parte las casas de ramos generales?", pregunta que dejó azorado al gerente respectivo, por cuanto, desde la provincialización del banco, ni las casas de ramos generales disponían de crédito para constituirse en bancos a su vez, ni el chacareero tenía necesidad de concurrir a ellas, porque era directamente el banco el que le atendía las operaciones.

Hasta la efectiva nacionalización de la banca, el crédito bancario al productor rural era muy reducido, por más que el "encaje" bancario se hiciese con el grueso de sus depósitos, y los préstamos rurales de la banca se hacían en su mayor magnitud a los grandes propietarios, por la vía del crédito hipotecario o de la solvencia de sus respectivas fortunas.

Si esto pasaba en materia rural, cuyo fomento en determinadas líneas interesaba a los grandes grupos vinculados al mantenimiento del país como productor exclusivo de materias primas, es de imaginarse lo que ocurría cuando se trataba de un desarrollo industrial que podía competir con el negocio de importación. Lo que se quiere destruir ahora,

terminando de privatizar la banca, es el instrumento más valioso de que el país se ha valido para acelerar su desarrollo y ponerlo en manos de los intereses ya creados, que quieren estacionarlo.

En este momento, por ejemplo, hay una campaña de las compañías de seguros contra el Banco de la Provincia de Buenos Aires, porque hace hacer los seguros de las prendas que acuerda en la rama seguros de la Caja de Jubilaciones Bancarias. Luchan, dicen, por la libertad del seguro, pero ocultan la estrecha ligazón entre los bancos particulares y las respectivas compañías de seguros controladas por los grupos financieros que manejan ambas: banco y compañía de seguros. La libre competencia consiste en poder actuar sobre los funcionarios para que ellos aconsejen la compañía de seguros conveniente, pero este factor de corrupción que las compañías introducen, no les mueve un pelo. Y ya que hablamos del doctor Jorge Robirosa, recordemos un refrán que ningún viejo funcionario o cliente del Banco de la Provincia de Buenos Aires habrá olvidado. Se decía: "Banco Provincia para Sudamérica, y Sudamérica para los Robirosa", porque éstos controlaban aquella compañía de seguros, que contaba entre su clientela aconsejada a los clientes del Banco de la Provincia de Buenos Aires. Y lo gracioso es que ese señor Robirosa, que también ha sido funcionario de Frondizi y parece ahora olvidarlo, vino al Banco de la Provincia y pretendió juzgarme a mí, cosa de que debió excusarse, aunque más no fuera porque yo lo dejé cesante como abogado jefe del Banco, en razón del mal trato que daba al personal de su dependencia, y porque se perjudicaron los intereses a los que estaba vinculado.

Son referencias personales, dichas así al pasar, pero que son ilustrativas de qué fines se persiguen al combatir la nacionalización de la banca. Ahora se investiga en el Banco Nación. La investigación

dirá si hubo irregularidades y quiénes las cometieron. Pero entretanto, el verdadero objetivo buscado se logra, que es desacreditar la banca oficial y sobre todo determinadas políticas bancarias.

Conozco a uno solo de los incriminados, que es el señor Eugenio Torrigia. Este funcionario se jubiló como segundo jefe del Departamento Exterior del Banco de la Provincia de Buenos Aires. El Departamento Exterior del Banco de la Provincia de Buenos Aires es un modelo en su género, y una verdadera escuela, en lo que no me atribuyo ningún mérito, porque viene de antes de mi presencia en el Banco, donde había actuado ya el señor Vido, un maestro en la materia. Se han sucedido en la gerencia de ese Departamento los señores Tintoré, Parodi, Lastretto, Seoane y tal vez algún otro que en este momento no recuerdo, extraordinaria cadena de funcionarios capaces e incorruptibles, que están ahora al frente de otros bancos, después de su jubilación, han seguido ascendiendo en el mismo, o manejan importantes intereses particulares. De esa escuela de conducta y capacidad proviene Torrigia, que llegó a ser subgerente del departamento mereciendo siempre respeto por su conducta y capacidad. ¿A la vejez, viruela? Ya lo veremos.

Antes de ahora hablé de la calidad moral del funcionario bancario, sobre todo si se tiene en cuenta el medio poco propicio a la moral que es el dinero y la constante tentación a que los "caballeros" del dinero someten a los funcionarios.

A este respecto, y aliviando el tema con alguna anécdota, recordaré un episodio.

Don Julián Negueloaecherry fue un extraordinario funcionario, ya fallecido, tanto por su honorabilidad como por su capacidad y voluntad de trabajo. No era un hombre fácil, y hasta creo que estaba un poco prevenido contra mí, porque lo desplazé de la Gerencia de Sucursales a la de Casa Central, que se consideraba en el viejo banco me-

nos importante, aunque lo fue mucho más después como consecuencia del cambio operado en el modo de bancar y de la transformación de la economía nacional, a medida que el desarrollo del mercado interno y de la industria cambió el panorama económico del país. Un día don Julián llegó furioso a mi despacho; furioso y riéndose, por momentos, y me contó lo que le había pasado.

Un cliente, a quien le había negado determinado crédito, le acababa de decir en un tono insinuante:

—Es una lástima, pues nos podíamos haber ganado cada uno un millón...

—¿Cómo? —le preguntó don Julián, preparando el cachetazo.

—Sí; mi hermano y yo... —dijo el cliente, que se las vio venir.

Don Julián estaba indignado, pero al mismo tiempo se reía por la habilidad del sobornador para escurrir el bulto.

Le cerramos la cuenta, que era lo más que podíamos hacer.

Refiero la anécdota, porque no sería extraño que este cliente fuera uno de los moralizadores que andan por ahí. Porque pasa lo mismo que en política. El político vive en casa de cristal y está sometido al juicio de todos los ciudadanos. No hay incendiario ni quebrado fraudulento, que no pueda juzgar al político, porque nadie se ocupa de sus incendios ni de sus fraudes. El tigre le puede decir "manchao" al oso polar, sólo con que el oso polar tenga una mancha negra sobre su piel blanca, en el blanco escenario de los hielos y las nieves. Y al tigre, de "manchao" que es, no se le ven las manchas.

Tal vez me he desviado un poco, con esta anécdota y con estos recuerdos, pero mi propósito se cumple también por estos caminos indirectos; es el de señalar cómo hay dos morales. La moralina, que con el pretexto de terminar con los hurtos

domésticos trata de esterilizar los poderes públicos en su tarea nacional, apañando en cambio la inmoralidad que se beneficia de esa esterilización.

15. EL "NO TE METÁS" Y LA POLÍTICA BANCARIA

Creo que fue Keyserling, hace más de treinta años, quien encontró que el signo más característico del argentino es el "NO TE METÁS". Es la vieja fórmula:

*"Hacé como hace Rosquilla;
no te metás en lo hondo
andando bien por la orilla".*

En realidad, creo que no forma ya la actitud media del argentino. En estos últimos treinta años ha corrido mucha agua bajo los puentes, y la vida ha cambiado para el argentino y la actitud del argentino frente a la vida.

El "no te metás" reflejaba a la gente de la clase media. A esa clase de pobreza vergonzante, sin otro destino que la profesión liberal, si el padre tenía recursos para costearla —y una profesión liberal también de pobreza vergonzante, en el consultorio del médico con rezagos de hospital, o pichuleando en el avenegrismo de los estudios anónimos—, y su alternativa más fácil, el empleo público, única válvula de salida.

Entonces se nos decía, practicando el racismo de costumbre, que la tendencia a las profesiones liberales o a los empleos públicos era el producto de la herencia cultural y racial española; un mal incurable en los criollos. Y nos proponían como ejemplo los "self made men" anglosajones y germánicos, donde infaliblemente un tipo que había vendido diarios de criatura era multimillonario en la vejez, gracias a las aptitudes especiales que daba la raza y la formación protestante. ¡Si me habrán

hecho tragar libros de Smiles y de Orizon Sweet Mandel, profesores de carácter, para enseñarme el poder de la voluntad! *Ayúdate que Dios te ayudará, el tiempo es oro, al que madruga Dios lo ayuda*, se imprimía en leyendas y la teníamos ante los ojos en las escuelas y en la prédica de todos los días. Pero no había más que el empleo público y las profesiones liberales.

Bastó que la economía cambiase, que dejásemos de ser un mísero suministrador de materias primas, que hubiera mercado interno, que el comercio saliese de las pocas manos que lo regenteaban, y ya no hubo casi candidatos para el empleo público y disminuyó la pasión por las profesiones liberales. En estas mismas, se derivó hacia la ingeniería, la arquitectura, la geología, la química, etc. Lo que no habían hecho cien años de máximas, de profesores de voluntad, lo hizo en cambio la economía.

Los cafés donde sólo se hablaba de carreras y quinielas, vieron sobre las mesas las cotizaciones de bolsa, y cada "punto" fue un experto en cambios internacionales. Y así como surgieron nuevos comerciantes y nuevos industriales y técnicos de toda clase, se produjo el fenómeno inverso. La muchacha abandonaba el empleo público —¡y los empleos bancarios, que era o que seguía en cotización a las profesiones liberales!— e infinidad de médicos y abogados cerraron consultorios y estudios para dedicarse a otras actividades. Pasó lo que he dicho ya muchas veces sobre los que les dan conferencias a los santiagueños para enseñarles a bañarse. Con 42° de temperatura no hacen falta consejos, hace falta agua, y con agua la gente se baña a pálpito. Las nuevas condiciones enseñaron más de economía y finanzas que cincuenta años de Facultad de Ciencias Económicas, y también aquí, como en el Norte, no de los canillitas, que empizaron a "empacar" con el laudo y son ahora los ricos

del periodismo, sino de los "botelleros", empezaron a salir nuestros Rockefeller y nuestros Morgan.

Ni aquéllos ni éstos atan perros con longaniza. Habíamos entrado en el capitalismo; y en sus inmo-ralidades. Estos nuevos ricos guarangos y prepotentes molestaban al vendepatria, que era la forma de hacerse rico anteriormente, pero que estaba reser- vada a un solo núcleo. El vendepatria sólo conoce una manera de ganar plata y es en contra del país. El botellero la gana a favor, aunque de paso le me- te algunas puñaladas, corta achura. Y el vendepa- tria entonces ha construido una moral pública, de- trás de la cual se escuda con la moralina, y grita cuando el botellero hace una diferencia para sí. El vendepatria la hace para otros y lo arreglan con mucho menos, pero es espectable e importante, y gana en honorabilidad lo que pierde de ganar en dinero. Y se ofrecen en seguida para ser juez de la moral de los botelleros; y de los que no son botelleros, pero trabajan a favor del país.

Esta transformación de la economía de las clases medias es materia para más espacio, y lo tocaremos en otro momento. Pero entretanto, señalemos que le ha dado empuje al país, instrumentándola como el factor movilizante de sus riquezas propias.

La vieja oligarquía quiere que nos quedemos en el "no te metás". Y el "no te metás" es hijo de esa sociedad sin otro destino que el empleo público o la profesión liberal.

Los mismos que critican la burocracia por su incapacidad resolutive, se ocupan de difamarla cuando resuelve. Esto se está haciendo ahora con los bancos oficiales. Tratando de intimidar a su personal para que se ajuste a una pura casuística re- glamentaria, para que adopte la actitud del em- pleado de ventanilla de ministerio, que cuando ve venir a alguien, antes de que hable, le dice: "En la otra ventanilla". Y cuando no tiene más remedio

que aceptar que es ésa, hace remolonamente una carátula, agrega el escrito y le pone un pase. Y el expediente empieza a caminar de pase en pase, y para no resolver, todo el mundo le da vista a todo el mundo, y todo el mundo descubre que tiene que darle vista a otro, y nadie dictamina y nadie dice "sí" o "no", que es lo que hay que decir. Es la apli- cación práctica del "no te metás".

A nadie lo han exonerado ni procesado por no hacer; la única defraudación permitida es la del sueldo y del tiempo, pero para eso no hay capítulo en el código ni escándalo en la moral de nuestros mirlos blancos. Mejor si todo el aparato se parali- za, porque no se paraliza cuando viene de arriba, y arriba operan los mirlos blancos, que son los que le aconsejan a Bernberg que no pague el impuesto sucesorio, o a la CADE la nueva concesión, y le tramitan el arreglo de sus irregularidades.

Afirmo que mientras se va desarmando la banca oficial para terminar con los últimos restos de la banca nacionalizada, que es la que debe orientar e impulsar la economía del país, se está en un plan de intimidación, para que el eficiente personal de nuestros bancos se convierta en una burocracia inútil, al mismo tiempo que ya se le empieza a acusar por esa supuesta inutilidad, a pretexto del burocratismo que se provoca.

Los periódicos, y muchos políticos ruidosos —és- tos más bien de ignorantes— contribuyen a la tarea, desfigurando la naturaleza del negocio bancario.

Ayer, por ejemplo, con referencia a una defrau- dación aduanera hecha por un importador de pa- pel, los diarios le tiran de paso al banco que abrió las cartas de crédito, diciendo que la firma no tenía solvencia suficiente. Para esto ya han acostumbrado al público a no diferenciar la natu- raleza distinta de los créditos, haciendo pensar que en todo crédito está en relación fija con el capital de la empresa.

No es así. El crédito de importación, la carta de crédito, se abre más que con la responsabilidad material del importador, con la responsabilidad de la mercadería según su valor en plaza. Quiero decir que para importar un automóvil, por ejemplo, se tiene en cuenta en el crédito el valor del automóvil en plaza, mucho más que la solvencia material del importador, porque la mercadería es la que materialmente responde a la carta abierta. Esto es completamente lógico, e impide el drenaje prematuro de fondos y la limitación del comercio importador a los grandes capitalistas. Más aún, llegada la mercadería, generalmente se la deja sacar a plaza, para su venta, o con un crédito prendario o con un "trust receipt", que es un crédito de confianza. Esto exige de la gente que maneja los departamentos exteriores de los bancos una gran aptitud para apreciar la solvencia moral y una capacidad autónoma de decisión un poco azarosa, pero cuyos resultados los mide el banco y el país por el balance favorable o desfavorable del grueso de las operaciones. Requiere decidir en el funcionario con un gran margen de riesgo, porque está también el riesgo del embarque fraudulento, como es ese caso, o de la sustitución de la calidad de la mercadería.

Un burócrata no daría un solo crédito exterior. Se necesita responsabilidad, conocimiento y un profundo instinto bancario. Después de 1955 los bancos particulares han logrado, asimilando los funcionarios jubilados de los bancos oficiales, y con todas las ventajas que se les han dado, gravitar decisivamente en los negocios bancarios del exterior. El Banco de la Nación no les ha sido un obstáculo, porque su Departamento Exterior nunca fue muy brillante, y la presencia de Eugenio Torrigia en él tenía por objeto hacerle adquirir otro ritmo. Además Torrigia, única persona que conozco del actual escándalo, se proponía poner en ejecución un plan

de financiaciones a la exportación; hacer del Departamento Exterior del Banco de la Nación ese Eximbank que podemos hacer y necesitamos hacer, si queremos salir a la conquista de mercados. Había puesto en marcha ya una reglamentación que protegía con el crédito local la exportación de mercaderías no tradicionales, en la manera en que lo he dicho en la nota anterior. A los exportadores tradicionales esto no les gusta ni les conviene. Cuando lo designaron, Torrigia me visitó, para decirme que iba a poner en práctica mi vieja aspiración de promover las exportaciones al través del aparato bancario, para que vendiéramos CIF y no FOB, y para que las facilidades bancarias argentinas se dieran en el mercado exterior, trayendo de vuelta las divisas fuertes que crearían la facilitación de las ventas.

Yo le previne de los riesgos que corría. Más aún, le recordé que aun en la misma época peronista el escándalo de la moralina había derrumbado dos fuentes de recursos del país, la exportación de las lanas industrializadas y la exportación de la pesca de ballenas, porque faltos de experiencia los funcionarios se dejaron impresionar por el escándalo organizado por los grandes intereses. Luego le escribí una carta en que le recalaba estos riesgos, pero Torrigia no era un burócrata. Era un ejecutivo funcionario que se había formado en la gran escuela del Banco de la Provincia de Buenos Aires, y le metió para adelante.

Ahora está preso e infamado.

Ya se verá, con el tiempo, cuál fue su conducta. Pero entretanto, los intereses retardatarios del país han obtenido una nueva victoria, y de nuevo el "no se metás" es el consejo más prudente que se le puede dar al funcionario.

16. ALGUNOS EJEMPLOS DE CÓMO SE ANULAN LAS POSIBILIDADES NACIONALES:

- a) Merluza y Ballenas
- b) Lanas

Me he referido a dos asuntos vinculados con el negocio de exportación, y que murieron a manos de la moralina. Y murieron a manos de la moralina en tiempos de Perón: fueron, como se dice, víctimas de la "persecución totalitaria". Pero con esta particularidad: que cuando vino la Revolución Libertadora, que arregló a todos los "inocentes" perseguidos, como Bemberg, la ANSEC, la CADE, etc., a éstos no los arreglaron, sino que continuó para ellos el totalitarismo sin que les valiera la "libre empresa".

Para mí no hay prueba más concluyente de que los funcionarios de la época de Perón que actuaron en estos episodios fueron sorprendidos con la campaña de la moralina y utilizados en su reacción moral. Ya he contado cómo se hizo con el embajador Tascheret, en la India, para impedir un trueque de sisal por trigo, y cómo los peronistas "mordieron" en la campaña urdida por los grandes intereses económicos que nos quieren mantener en la monoexportación y en la monoexportación.

Fíjense que yo no digo que los capitalistas víctimas no hayan hecho méritos para serlo. Yo no digo que sean unos santos varones, porque capitalismo y santidad van por caminos distintos. Creo que no hay capitalista que aguante un análisis de saliva a fondo, ni aquí ni en las antípodas; ni se han criado boleando pajaritos. El dinero sí es de naturaleza sucia, y por eso es que la moral exige que ni el sacerdote ni el soldado sean comerciantes, cosa bastante olvidada.

He señalado también el extraordinario caso de los funcionarios bancarios que, inmersos en el medio capitalista, son las perlas blancas del medio.

Pero lo que quiero señalar es que el escándalo siempre se produce y tiene resultados definitivos cuando el objetivo de los escándalos lesiona los intereses competitivos de la economía colonial.

Es muy difícil que la gente desconozca a Ryan, y la compañía Pesca, famosa por sus juegos de bolsa y las especulaciones que originó. Estas y docenas de motivos más hicieron que al desaparecer Miranda del manejo de nuestra economía, prácticamente Ryan y Pesca fueran liquidados del mercado. Lo exigía la "moralina".

a) Merluza y Ballena

Pero también en ese momento se liquidó a la Argentina del mercado mundial de la pesca de ballenas. La importante cuota que el país tenía, según los convenios internacionales que reglamentaban el porcentaje de pesca permitido a cada país, ha desaparecido de nuestra economía, y las divisas que originaba. Muy poco pescamos hoy en esos mares australes, en que nuestro derecho ha sido defendido tenazmente por la labor empeñosa y sacrificada de la Marina de Guerra. Empezábamos recién a recibir uno de sus frutos. Y no es "moco de pavo". Lo que la Argentina puede pescar en esos mares según su cuota ballenera, representa un valor en divisas equivalente y aún mayor que lo que exportamos en grasas animales como producto de nuestro agro.

Buscará usted inútilmente en los diarios y en las conferencias de nuestros economistas algún rastro de que ese interés exista. Sin embargo, para 1948-49, habíamos ya salido de la etapa experimental. Se había construido el "Juan Perón", el barco factoría más grande del mundo en ese momento, que

iba a permitir racionalizar y extender la pesca de la flota pesquera que tenía que anexarse al mismo.

Ahora el "Juan Perón", con otro nombre desde luego, después de haber estado largos años inmobilizado, hace un mal servicio de petrolero, para lo que no sirve, y ha sido inutilizada toda la maquinaria destinada a la explotación de la ballena. La moral liquidó a Ryan y Pesca, y tal vez haya tenido razón. Pero lo cierto es que la moral argentina, que debía ser una moral de país grande, se conformó con la moralina; aquello no fue sustituido. Se destruyó y las ballenas andan por esos mares antárticos sin el riesgo de convertirse en divisas argentinas. Todo el mundo pesca y hace divisas, pero nosotros no. Y también la vocación marítima, que precisamente se despierta con la empresa marítima, ha quedado reducida a la vocación de la Marina de Guerra.

Una mañana de 1957 estaba yo en la rambla que circunda la ciudad antigua de Montevideo. Como un pato seguido de sus patitos, enfilaba hacia el puerto una flota blanca, con su barco factoría adelante a la manera de la madre, y doce o catorce patitos blancos atrás, que eran las naves cazadoras. Era la flota soviética de balleneros, que volvía de pescar en competencia con los demás países de la conferencia en los mares australes que habíamos perdido. Durante varios días los marineros rusos, después de la larga campaña austral, llenaron los comercios de Montevideo con divisas fuertes, y reverdecieron el agitado mercado vendedor que Montevideo había conocido con la peregrinación de nuestras señoras gordas. Soviéticos y libertadores llevaban moneda fresca, y los comerciantes uruguayos no averiguaban la procedencia, rublos y pesos argentinos, sino que ajustaban el cambio a la realidad de ese momento. Mi opinión sobre la personalidad moral del señor Ryan pesaba mucho menos en mi juicio de argentino que la

impresión que me causaba la cantidad de dólares que venía del Sur, y que habíamos perdido en obsequio de una moral chiquita, incapaz de comprender la moral de la grandeza, que a veces necesita manga ancha.

Pero aquí sólo tenemos manga ancha para los que roban en contra del país; no para los que roban —o no roban— a favor.

Recuerdo a este propósito siempre el escándalo que en la Década Infame armaron los periódicos contra algunos concejales que habían sancionado, mediante posibles sobornos, una ordenanza que favorecía a los colectiveros argentinos. Los mismos periódicos escandalosos y los consabidos mirlos blancos de entonces, gritaban como gansos capitolinos mientras enmudecían frente a la concesión de la CADE o la coordinación de los transportes que convertía a ingleses los colectivos criollos.

Pero volvamos a la pesca, y esta vez no de ballenas.

Leo un telegrama de Mar del Plata ampliamente divulgado, donde los pescadores locales parecen quejarse de la competencia que les hacen las "compañías extranjeras" con base en el mismo puerto. Aquí ya no es la moralina; esta vez pretextando "nacionalismo" se trata de que se pesque menos para reservar el monopolio de la plaza a un pequeño grupo de pescadores.

Para el que entiende los intereses que no quieren que se diversifique nuestra producción, la cosa es muy clara; hacer de la industria pesquera actual un monopolio reducido de un mercado reducido. En primer lugar, porque la flota con asiento en Mar del Plata no es extranjera, aunque sus capitalistas lo sean, si pesca y produce la elaboración en nuestro puerto, o en sus barcos factorías, pero realiza la exportación a través de nuestro mercado de divisas y proporciona trabajo al país.

En segundo lugar, la pesca no la obtiene de los

bancos pesqueros donde trabajan las flotillas tradicionales, que son los inmediatos a la costa. Ya he dicho en nota anterior cuál es el defecto de esa pesca que no va a los grandes bancos porque no dispone de elementos de navegación, ni sabe navegar. Está constituida por marineros del Mediterráneo, expuestos ante cualquier tempestad, porque no saben "correr" una tormenta, ni manejan los instrumentos náuticos imprescindibles para las tareas de alta mar. Lo que se quiere es que uno de los bancos de pesca más grandes del mundo continúe inexplorado, o sea explotado por flotas sin asiento en nuestro territorio, que es lo que ocurre ahora con la pesca de la ballena en mares más remotos. Si para matar ésta se utilizó la moralina, para la pesca más menuda se quiere utilizar nada menos que el nacionalismo. Se dispone de prensa y catedráticos, y se intentará aprovechar la sensibilidad nacional y la solidaridad con los pescadores de Mar del Plata, que no quieren que afluya más pesca al mercado, pues no desean el desarrollo industrial, que ésta puede provocar, y que alteraría la cómoda posición monopolista.

Porque, como capitalistas, lo mismo es Ryan que Bemberg, que el patrón de la "Siempre Victoriosa", y ninguno se lonjea contra el cuero. Es el gobernante el que tiene que orientar, considerando el interés de la colectividad, y saber en qué es útil el capitalista y en qué es nefasto, y cuándo representa un interés nacional y cuándo lo está subordinando a un interés pequeño. Y le será fácil conocerlo por quien ladra a favor. Cuando los intereses y órganos de opinión vinculados a nuestra monoproducción apoyan algún interés nacional, hay que ver en qué medida ese interés nacional se está convirtiendo en parasitario y contribuye a estancar el país. Muchas veces, hasta la agitación gremial es utilizada, y con el pretexto de defender determinadas condiciones o fuentes de trabajo, el interés

capitalista se pone detrás del interés obrero, para sostener reivindicaciones, que, justas en lo parcial, son injustas en la economía general de los obreros argentinos. Y ésta es una de las poderosas razones que abonan a favor de la central obrera única, que condiciona la acción de las distintas ramas parciales del gremialismo al interés total de la clase obrera argentina.

En la época en que el fascismo puso de moda el corporativismo, toda la prensa antifascista se preocupó de combatirlo, con una diarrea literaria de que todavía no se han curado los redactores. Pero se cuidaron de hacer el argumento más sólido que había contra el corporativismo en nuestro país concreto y no en la abstracción jurídica y era el que sigue:

En un país colonial o semicolonial, en subdesarrollo, el establecimiento de un orden jurídico basado en la contra-prestación recíproca de las distintas actividades económicas de ese momento histórico, implica cerrar las puertas del futuro. El gobierno se convierte en una contra-prestación recíproca de servicios y el país se divide en compartimientos económicos, correspondientes a la estructura económica y social de ese momento. El futuro no tiene cabida, carece de cajoncito, sino por el desarrollo exclusivo de los sectores ya desarrollados. Se cierran las fronteras interiores de marcha hacia adelante por la diversificación y el surgimiento de nuevos intereses, aptitudes, necesidades y soluciones. No es de gusto que la corporación haya correspondido a una sociedad estacionaria como la de la Edad Media, y haya sido incompatible con la fluencia de la Edad Moderna. Una sociedad corporativa dividida en estancos es lo que conviene a la estratificación que buscan los países imperiales, en los países proveedores de materias primas. Toda su política tiende precisamente a que haya sólo intereses "tradicionales". Exportadores e importa-

dores, industrias, periódicos, universidades y hasta gremios obreros, "tradicionales".

Claro que esta tradición se establece después de haber suprimido la tradición nacional.

La Década Infame trabajó para restablecer condiciones "tradicionales" interrumpidas por el avance social hacia el capitalismo originado por la Primera Guerra Mundial y sus consecuencias sociales y económicas, que se expresaron políticamente en el yrigoyenismo. 1955 intentó restablecer esas condiciones "tradicionales", vueltas a interrumpir por condiciones paralelas a las anteriormente citadas, creadas como consecuencia de la última guerra europea y sus efectos sociales, económicos, y cuya expresión política fue el peronismo.

El país empezó a vivir su momento capitalista. Alguna gente del peronismo y del antiperonismo ha creído que lo de 1945 fue una marcha hacia el socialismo. Lo será o no lo será más adelante, según se den las condiciones históricas, pero esencialmente en ese momento fue la entrada del país al capitalismo, que la política inglesa de granja había retardado en cien años. Y se produjeron todos los fenómenos consiguientes. Claro está que esta marcha se producía en este siglo y no en el pasado y sus exigencias sociales no podían ser las del siglo pasado; eran las del presente. Pero es la misma marcha la que genera los nuevos comerciantes e industriales y el nuevo mercado exportador en retardo, la que transforma los peones de pata al suelo en obreros calzados.

Este tema, que es el de "libros y alpargatas", como lo vio Ghioldi, o el del "aluvión zoológico", como lo vio Sammartino, es para otro momento, pero hay que decirlo al pasar, porque una de las cosas más notables de este proceso es que, mientras el cabecita negra que asciende de peón a obrero y de obrero a trabajador calificado, lo comprende, no lo comprende la burguesía naciente, que en su

semi-cultura, en lugar de tomar conciencia de su papel, se incorpora mentalmente a los prejuicios y a las ideas de las clases dominantes de la vieja sociedad. El ex botellero quiere ser socio de la Rural, y su mujer ya piensa como "señora gorda". Recién cuando los socios de la Rural y las "señoras gordas" agarren la manija, y con mucho retardo, empezarán a comprender que no se puede gozar de las ventajas del capitalismo, sin sus inconvenientes, porque no se puede tener la chancha, los veinte y la máquina de hacer chorizos.

b) Lanás

Ahora hablaré del asunto de la exportación de lanas y su vinculación con el caso Berenbaun.

Esto merece nota especial, porque el tema da para mucho, y Berenbaun es un personaje típico del capitalismo, que lo mismo puede jugar en contra que a favor del país, según se lo utilice, en el recíproco intercambio de ventajas. Interesa saber por qué determinadas formas del capitalismo se oponen a otras determinadas formas, y alrededor del personaje lo veremos. Y también cómo se golpeó la industria textil, por razones de moralina.

Alguno debe preguntarse por qué me meto en estas honduras andando bien por la orilla. Es que defender el país no es tarea fácil y hay que hacerlo sin andarse con "tiquis-miquis" precisamente para que nuestros "tiquis-miquis" no sean aprovechados para demolerlo. Es lo que hace.

Además, siempre recuerdo, como Maverick, el de la "tele", un cuento de mi padre. Salía, siendo muchacho, de un baile en un rancho, cuando vio a una vieja, doña Braulia, que se iba sola en la noche por esos campos de Dios.

Comedido se ofreció para acompañarla.

Y doña Braulia le contestó: —"Gracias, Pedro. Todos saben que soy pobre y nadie me va a asaltar. Lo único que pueden hacerme me gusta..."

En la misma situación que doña Braulia, lo único que pueden hacerme, que es pelearme, me gusta. Tenemos el cuero curtido los que hace cuarenta años andamos en esta lucha.

Eduardo Berenbaun y la sociedad anónima "Barracas Sudamérica" han sido actualizados, mezclándolos en los ruidosos "descubrimientos" del Banco de la Nación. El directorio de este banco habría proyectado una propuesta de transacción en el juicio que le sigue aquél a este último, por daños y perjuicios, y la transacción superaría la cantidad de quinientos millones de pesos. Las bases de la transacción de llegarse a un acuerdo, serían que Berenbaun o "Barracas Sudamérica" destinarían esa suma y otra de la misma significación a la construcción de una gran planta textil montada según las últimas exigencias de la técnica y con maquinaria cuya importación resultaría de la radicación de la segunda mitad. Esta planta estaría destinada a producir para la exportación productos textiles en distintos grados de elaboración.

Esto es lo que resulta de lo publicado por la comisión investigadora y de la solicitada ampliamente difundida del mismo Berenbaun y su letrado patrocinante, el doctor Sebastián Soler, y la transacción se originaría en el riesgo en que se encuentra el Banco de la Nación de perder el juicio por una cantidad que dobla la suma propuesta, demandada por Berenbaun con su letrado. El riesgo del Banco de la Nación consiste en que en el desarrollo del juicio y ante una orden judicial de suspender el remate de los bienes de "Barracas Sudamérica", el Banco de la Nación siguió adelante y vendió para lo cual afianzó previamente ante el juzgado las resultas del juicio en que se reclamaba más o menos la restitución de los bienes. Estos bienes se han vendido y ahora el Banco de la Nación tiene que responder por el valor actual de

los mismos en el caso presumible de perder el pleito.

Esta es la situación, detalle más, detalle menos.

Interesa en primer término saber quién es Eduardo Berenbaun, un personaje típico del capitalismo, de esos que la literatura populariza en las páginas del "Reader's Digest" como próceres de la libre empresa, con todas sus cualidades y defectos. Sólo que este personaje resulta peligroso para el libre-empresismo de los intereses tradicionales, como Enrico De Mattei para el libre-empresismo de los petroleros, o como el capitalista que quiere explorar los mercados de detrás de la Cortina, y se convierte en capitalista-comunista. Porque lo correcto es que sea Inglaterra la que venda nuestros productos en esos mercados.

La vida de Berenbaun es típicamente la vida de esos personajes que nos proponen como ejemplo del "self-made-man" anglosajón, y podría formar parte de la literatura escolar si a Berenbaun, por razón de sus negocios, no se le hubiera ocurrido jugar como capitalista y con los defectos comunes a todos, del lado que se ven los defectos y no se ven las virtudes. Es decir, ser capitalista nacional y no internacional.

Eduardo Berenbaun es uno de los diez o doce hombres que han manejado el mercado mundial de lanas. Digamos, es un rey de la lana como los del acero o del petróleo, y si no un rey, un duque o un marqués. Era prácticamente el dueño de la industria hilandera de Polonia, y el que controlaba el mercado de lanas de Europa Oriental. Cuando se produjo la invasión nazista a Polonia fue liquidado, pues es judío, aunque converso y casado con católica. Perdió sus intereses y huyó por China a través de Rusia.

Apareció un día por el sur de Chile "perturbando", como dicen, con sus compras el mercado lanero. Supongo que como todos los capitalistas, no

habría colocado todos los huevos en la misma canasta y tendría algunos fuera de Polonia. Lo cierto es que un día apareció en la plaza de Buenos Aires y empezó a operar en ella perturbando, también, con el alcismo que provoca un nuevo comprador en el mercado local. Tomó contacto con Miranda y con Maroglio, que estaban entonces al frente de nuestra economía, y expuso sus planes, que más o menos eran los siguientes.

Iba a empezar de nuevo a construir su imperio lanero. Pero la necesidad de empezar de nuevo le imponía adecuar los negocios a las nuevas condiciones. Sus amigos —porque en esto del capitalismo los amigos son enemigos, y viceversa, según se trate de relaciones sociales o negocios—, dueños de grandes hilanderías del mundo, tenían su negocio asentado sobre la vieja estructura imperialista. Consistía esto en llevar de los países de economía primaria las lanas sucias, o en el menor grado de elaboración posible, para trabajarlas en sus plantas de los países metropolitanos. Él no estaba en esa situación, porque había perdido sus plantas. Percibía además que las condiciones del mundo cambiaban y que el avance hacia el desarrollo de los países del retraso exigía adaptar el capitalismo a esa realidad. Su plan, al empezar de nuevo, era empezar conforme a las nuevas condiciones, porque no quería ir en contra de la historia, sino a favor. Esta política se la había planteado a sus amigos y rivales, pero a ellos les resultaba más cómodo seguir con las cosas como estaban y además estaban seguros de vencerlo en su tentativa. El problema que Berenbaun planteaba era el siguiente: ¿podría la banca argentina respaldarlo en una empresa en la que él ponía sus recursos, su capacidad y su dominio del mercado, y le ofrecía al país, en términos no muy largos, dejar de ser exportador de lanas sucias para pasar a ser exportador de lanas elaboradas en distintos grados, hasta llegar a convertir-

se en exportador exclusivamente de tejidos? La Argentina estaba en condiciones de costos y de calidad para hacerlo con ventaja, y la dificultad consistía exclusivamente en la guerra que le iban a hacer los exportadores de lanas sucias, y en la necesidad de contar con un aparato eficiente de comercialización para penetrar por etapas sucesivas en los mercados, que él estaba en condiciones de ofrecer.

El sistema económico lo apoyó en la empresa y se le ayudó industrialmente dentro de la política de promoción industrial en que estaba, para la construcción de una gran planta hilandera, destinada a la fabricación de "tops". Era la hilandería más grande de América incluyendo los Estados Unidos, y tenía 24.000 husos y estaban en viaje 18.000 más, con lo que iba a ser la más grande del mundo. (El "top" es una forma primaria de la elaboración de hilado que debía ser la avanzada de conquista del mercado textil exterior). Al mismo tiempo se le financiaron grandes stocks de lana, cuyas compras provocaron un alza que alteraba los precios "tradicionales".

Dentro de esta política lanera interesaba especialmente el mercado norteamericano de alfombras, que es muy importante, pues en la construcción norteamericana lo corriente es el piso de cemento liso, que requiere la colocación de las mismas.

Esta industria está aquí en un alto nivel. Una firma argentina ganó la licitación para alfombrar la Casa Blanca de Washington y no hace mucho he visto en una exposición un tapiz sobre cartón de luxe, que en nada desmerece del que vi en París en la Exposición de Arte Decorativa. Por otra parte, nuestra industria no ha tenido más que volver hacia una industria tradicional, de las auténticas y perdidas, del interior del país, donde las tejedoras provincianas obtienen colores naturales de la vegetación y las tierras, que en nada desme-

recen de los colores naturales que obtienen los viejos tejedores de Afganistán o de Bukara. Se ha tratado simplemente, y logrado, hacer una industria moderna, recurriendo a una capacidad artística que nos viene de lejos y es casi folklórica.

Paralelamente se consideró las características comunes de la producción lanera del Uruguay y la Mesopotamia, con predominio del doble propósito Corriedale o el Romney Marsh, y se consideró la conveniencia de aplicar en común el sistema del IAPI. Para eludir la campaña internacional desatada contra aquel organismo defensor de la economía argentina y sortear el aspecto internacional que suponían las lanas uruguayas, se creó una sociedad anónima llamada "ILSA", que era IAPI, donde concurrían acopiadores de lanas uruguayos y el IAPI por interpósitas personas, los presidentes de los bancos oficiales, que eran titulares del capital accionario, previo establecimiento por contra-documento de que esas acciones pertenecían al IAPI. Yo, como presidente del Banco de la Provincia de Buenos Aires, tenía cuatro millones de pesos en acciones y también se me vino el escándalo encima; afortunadamente ILSA no había empezado a funcionar —afortunadamente para mí, pero no para el país— y los investigadores encontraron en el IAPI los repectivos contradocumentos. El propósito era destinar estas lanas a la preparación de "tops" e hilados para Estados Unidos que se proveía, en parte, a través de fábricas norteamericanas, pero principalmente europeas, que se llevaban nuestras lanas sucias, las lavaban, las reclasificaban (de dieciocho títulos que salen aquí, el industrial saca sesenta en calidades progresivamente valorizadas, sobre las calidades que corresponden a la clasificación local).

Era una nueva política de las lanas. El mercado local y el internacional se "perturbaban" y se alzó la grito. Berenbaun era un aventurero y un simple

testaferro de negociantes públicos. Todos los intereses laneros se movieron en contra; los industriales internos, porque se afectaban los precios, y los productores de lana, que eran los beneficiarios, porque con los productores laneros pasa lo mismo que con casi todos nuestros productores agrarios: los personajes que manejan sus entes representativos tienen más intereses vinculados a la exportación que a la producción, y dan la cara por los productores pero actúan por los exportadores.

Ahora mismo los veo a los productores de lanas afanados porque se elimine la retención del 10 por ciento a las exportaciones de lanas sucias. Sus dirigentes les hacen creer que eliminado el 10 por ciento lo van a absorber los productores, y éstos no ven que eliminado el 10 por ciento de retención desaparece la ventaja de los elaboradores locales en las distintas etapas y la competencia interna sufre un golpe que pone el mercado a disposición de los exportadores y provoca en los precios una caída mucho mayor que el 10 por ciento. No pagarán el 10 por ciento de la retención, pero el precio les bajará un 20. Pero esto es inútil explicarlo, pues ocurre lo mismo con los productores de carnes, que no comprenden en qué cancha juegan sus representantes.

Y de paso, señalaré que al votarse el proyecto de transacción en el Banco de la Nación hubo un director que se excusó, el señor Orlando, actitud correcta y elogiada. Pero los investigadores han callado la razón por la que el señor Orlando se excusó y ésta es que el señor Orlando es el representante de la Federación Lanera, y si como representante de los productores de lanas a él le conviene la industria Berenbaun, ésta no les conviene a los exportadores. El señor Orlando debe tener ideas más claras que yo sobre el sector al que verdaderamente representa y su excusación se hace aún más meritoria. Además, tengo entendido que es

amigo personal del señor Berenbaun, porque como ya lo he dicho antes, la guerra entre los capitalistas no excluye las cordiales relaciones humanas. Y se hacen la guerra como los jugadores de poker; con toda cordialidad se mandan los "bluffs" y los "restos". Y también una linda guerrita entre dos países. O como los grandes abogados, como podría comentar muy al caso Sebastián Soler, que es el abogado de Berenbaun en este caso.

No voy a discutir ahora si Berenbaun dio pie con sus actos comerciales a que se lo persiguiera fiscalmente. Pero lo cierto es que el hombre fue liquidado totalmente y tuvo que irse del país. La moralina quedó a salvo, como en el caso de Pesca, y el mercado de exportación de lanas quedó inalterable como querían los "mirlos blancos" que están al servicio de los intereses coloniales.

Berenbaun, en una solicitada reciente, afirma que lo que se impidió es que por la política industrial que él representaba, cada dólar de lana sucia se transformase en tres dólares de lana elaborada, que en los doscientos millones de kilos que constituye la exportación anual de lanas argentinas, hacen que el país pierda alrededor de seiscientos millones de dólares anuales de divisas.

Tal vez sean estos cálculos demasiado optimistas. Pero lo cierto es que el "aventurero" Berenbaun tuvo que irse del país y se radicó en el Uruguay, y que por su obra allí ya se elabora el 40 por ciento de la lana que se exporta, en distintos grados, representando el tejido una parte importante. Y téngase presente que el Uruguay posee una variedad muy inferior de lanas y especialmente en lanas finas.

En el Uruguay me tocó presenciar que se realizaba contra este industrial la misma campaña que se realizó en la Argentina, movida por los adversarios del gobierno colorado de Battle Berres, aparentemente. En realidad, por los exportadores de

lanas sucias. Pero no prosperó y derrotados los colorados, y triunfantes los blancos y ruralistas, el gobierno uruguayo continúa sosteniendo la política de la lana que Berenbaun representa y que aquí hemos perdido. También es cierto que ya Berenbaun es tan fuerte que el manejo de la moralina ya no está en manos de los exportadores de lanas sucias, porque cuando un nuevo interés se crea, éste emplea para su defensa los mismos recursos que empleaba el interés que antes se le oponía. Es que estamos en el capitalismo y dentro de él las cosas son así, y lo primero que debe saber el gobernante no es lo que dice la moralina, sino lo que aconseja la moral del interés nacional. Ahora debe ser Berenbaun el que maneja los "mirlos blancos" uruguayos.

Si Berenbaun, en lugar de intentar fundar su nuevo poder capitalista en la lana elaborada, hubiera seguido como industrial europeo la política de la lana sucia, su nombre andaría por el "Reader's Digest", por los grandes diarios y por las escuelas, propuesto como un ejemplo de "self-made-man". Sobre todo si fuera anglosajón y no judío, o italiano, turco o español.

Porque es un fenómeno un tipo que es gran capitalista en Polonia y lo liquidan; que como si fuera nada empieza de nuevo en la Argentina, vuelve a ser gran capitalista y lo liquidan y se va al Uruguay, empieza de nuevo y es otra vez gran capitalista. "Un profesor de voluntad", diría Sarmiento, y "un fruto de la libre empresa" dirían los apóstoles de la misma. Y nos lo meterían por los ojos todos los días, junto con la moral del éxito, que es sagrada e indispensable, siempre que no trabaje a favor del país.

Pero si tuviéramos alguna duda al respecto, un solo interrogante lo resolvería: ¿por qué la Revolución Libertadora, que restauró económicamente a todas las "víctimas de la persecución totalitaria",

no quiso saber nada con restaurar a las mismas cuando se trataba de pescar ballenas o elaborar lanas? Y no es porque Berenbaun no tenga padrinos, porque Sebastián Soler es un padrino en forma.

¿La CADE, ANSEC, Bemberg, han sido más morales que Berenbaun? ¿O son los intereses capitalistas colonizantes frente a los intereses capitalistas nacionales? Y si Berenbaun es extranjero, ¿qué mejor Alianza para el Progreso que el extranjero que se radica en él y sus intereses, ya con hijos argentinos, y no despendiendo de ningún imperio extraño?

17. DECIR ADIÓS NO ES "DIRSE"

Ha llegado el momento de tomar otro descanso, y también de dar a los lectores otro alivio. Que otro ocupe mi lugar en el ruedo, que son muchos los que pueden usar la espada en "la hora de la verdad".

Aunque esto de la espada podría ser mal interpretado, por referencia a aquella otra "hora de la espada", de que habló un gran argentino, Leopoldo Lugones, que en la angustia desesperada de su patriotismo, y en la contradicción de su inteligencia nacional auténtica y su formación cultural foránea, hija de la superestructura que impuso la oligarquía, tuvo la versatilidad apasionada del que no viendo puerta de salida para su pasión de patria, abría puertas al azar, sin dar con la verdadera.

Esta deshilvanada serie de notas que termino no constituye ni un sistema de ideas ni un programa de soluciones. En lugar de partir de una teoría previa, que es como generalmente se hace, he expuesto en el caleidoscopio periodístico sucesivos enfoques de nuestra realidad, y sobre cada uno he trabajado con la reflexión y el análisis de la manera sencilla que puede hacerlo el lector, sin recurrir a

técnicas misteriosas y a la magia de las doctrinas que lo tiene resuelto todo. Más importante que saber es pensar, y sobre todo entender. Ya he dicho antes que todas las doctrinas y teorías de importación conducen fatalmente a que en lugar de dar soluciones para el país, convirtamos el país en solución para las doctrinas. El revisionismo histórico nos ha enseñado a qué conduce eso, y cómo la alternativa lamentable de nuestra historia ha sido optar entre la solución importada que lo deforma y lo somete, o un arisco y cerril encierro en sí mismo, que lo detiene y lo estanca. Y la cuestión está en encontrar la actitud proyectiva que mira hacia adelante partiendo de lo cierto y nuestro, que es la realidad. El nacionalismo, entre las dos actitudes, prefiere la segunda, que por lo menos deja viva y posible la raíz vernácula del futuro, pero no es tampoco solución, sino simple punto de partida.

Esto de saber y entender, como cosas opuestas, es muy importante. Creo que fue Clemenceau quien, humorísticamente, y con referencia a un momento en la política de Francia, lo precisó en una frase: "Poincaré lo sabe todo, pero no entiende nada: Briand no sabe nada pero lo entiende todo".

Tenemos demasiada gente que sabe y poca gente que entiende. Porque nos han educado como si el país estuviera en la estratósfera, o fuera una nebulosa suspendida en el espacio infinito, ajeno a la interrelación de los conflictos internos e internacionales, lo que no obsta que cuando éstos se producen se nos quiera arrastrar a los mismos, en dependencia de alguno de sus bandos, pero nunca por razones propias, y siempre por las razones de los otros. Porque lo que no existe para nada son las razones propias, lo que es lógico es una mentalidad y una cultura en la que no cuenta lo propio.

Con esta conformación que es saber y no enten-

der, es lógico lo que he dicho alguna vez, y que es casi un elogio del analfabetismo: el que no sabe nada entiende más fácil que el que sabe, porque no lo obstaculiza lo que sabe para entender. Es en definitiva lo que ya había dicho Martín Fierro:

*"Es mejor que saber mucho
el aprender cosas buenas".*

La variedad de temas que he tocado podría dar para algún lector la impresión contraria de lo que estoy diciendo: que pretendo saber mucho. No es así; sólo pretendo entender. Y puedo entender muchas cosas porque tengo largos años en la tarea, y no de vago, sino afanándome por comprender. Mirando y rumiando, recogiendo los elementos de la realidad y barajándolos en el magín, y sometiéndolos al control de la misma realidad. He aprendido así a conocer las mentiras desde lejos, cosa que no es difícil, una vez que se les conoce la "vueltita" por cómo las dicen y quién las dice. Por otra parte, no son tantas cosas, y casi podría decir que es una sola. Con sólo saber quién es el enemigo y qué fin persigue, se tiene la clave para entenderlo todo. Una vez que se tiene la clave, uno se va ejercitando, y es como aprender un idioma, que es cosa de practicarlo. Así como hay una técnica de la dominación, hay una técnica de la liberación. La técnica consiste en exhibir lo aparente y ocultar lo real; la de ésta, en desnudar de apariencias las cosas para atenerse al cuerpo cierto de los hechos. Con esto le contesto a un lector, que prácticamente me acusa de pedantería, porque dice que pretendo tener respuestas para todo.

No es así; tengo respuestas para los hechos concretos que planteo, pero es mucho más infinito el número de los hechos que no planteo, y para los que no tengo respuesta, por lo menos todavía. Ese lector es potrillo en esto de los problemas del país, y como tiene los dientes de leche no puede

entender que a alguien le haya salido la muela del juicio. Como él no sabe nada, cree que el que sabe un poquito pretende saber mucho. Le pido que me considere a mí como yo lo considero a Einstein. Yo no entiendo nada de la infinita sabiduría del maestro, lo que no me autoriza a suponer que el maestro macanea, sino que estoy demasiado verde, en una materia en que sería inútil ponerme a madurar, y para lo que no me da el naipe. Si él está con respecto a mí como de aquí a la luna, yo estoy con respecto a Einstein como de aquí a la estrella más lejana. Pero yo no le hablo de la estrella más lejana, sino de cosas que ocurren aquí a la vista, y que son fáciles de entender si no se parte de la base de que ya se sabe, o de que los otros saben y hay que dejarlos.

En cierta medida, soy una víctima de mi buena fe, porque como lo he dicho antes, en mi afán de que todos entiendan me he desprovisto de todos los artilugios y artes de prestidigitación, de que se valen "los que saben", y entonces este lector no me respeta, como "sabidor", porque no me visto con las ropas de mago que los profesionales del saber usan.

En lugar de aprovechar la oportunidad que le doy para que entienda, me ve "chantapufi" como él, y es lógico, no admite que un "chantapufi" pueda enseñarle algo. Es lo mismo que pasa en materia de prosperidad económica, al producirse el surgimiento de nuevas promociones de ricos. Lo que provoca el enojo de muchos no es que haya ricos, sino que se hagan ricos los vecinos a quienes ha conocido pobres, porque no lo calienta el coche coludo del que es hijo del que ya tenía coche, del gerente extranjero o del oligarca habitual, pero sí lo calienta el pantalón de fantasía del vecino de la pieza de al lado del inquilinato. Y lo curioso es que lo mismo le pasa al que tiene el pantalón nuevo, que a su vez empieza a actuar como si siem-

pre hubiera tenido pantalones nuevos y a mirar por encima del hombro a los demás habitantes del inquilinato, mientras prepara su mudanza a mejor barrio.

Precisamente el único camino que tenemos para construir algún día lo que todavía es el germen de una doctrina nacional, es entender los casos particulares, generalizarlos y llegar a determinar las leyes naturales que los rigen. Aquí parece eso anti-científico, cuando es justamente científico, el método inductivo, que va de lo particular a lo general. Aquel simple principio pestalozziano, de lo simple a lo complejo, de lo particular a lo general, etcétera. Así hemos ido conociendo nuestras verdades argentinas los que aisladamente nos tuvimos que formar hasta que construimos nuestro hogar común en FORJA y con la enseñanza de Scalabrini Ortiz, que también iba aprendiendo mientras enseñaba, empezamos a balbucear nuestras leyes generales. Nos habían formado como a todos los argentinos, al revés, de izquierda a derecha y de arriba a abajo. Se traía de afuera una supuesta ley general, que tal vez en su país de origen, lo fuera, y desde ahí se empezaba a deducir para aplicarnos la receta, como el médico que da el remedio antes de hacer el diagnóstico, porque los diagnósticos también estaban contenidos en la doctrina general.

He tenido que utilizar como término de comparación frecuente lo que se hizo de 1945 a 1955. No todos mis lectores son adictos del movimiento que gobernó entonces, y me ven por eso movido de un propósito proselitista partidario, más que del afán nacional de construir para adelante. Así les resulto —y lo mismo pasa cuando hago revisionismo histórico— más un restaurador que un partidario de la marcha hacia adelante, que es desde luego lo que importa.

Está bien eso de que hay que enterrar a los muertos, pero primero hay que estar seguro de que

no están vivos y coleando, y que lo que se quiere enterrar con ellos no sea el país mismo. Para que no resulte el procedimiento de aquel paisano Anzoátegui de Jujuy, que cuando la peste amarilla era el encargado de llevar en su carro los muertos en pila al enterratorio. Y como la defunción se certificaba de apuro y desde lejos, por miedo al contagio, en eso, y a mitad de camino, se empezó a enderezar uno de los "finados", queriendo bajarse del carro. Y Anzoátegui, dando vuelta el látigo, lo afirmó entre los muertos de un garrotazo en la cabeza, diciendo:

—Avisá, si vas a saber más que el "doctor".

Si no podemos prescindir de la revisión histórica más lejana para entender el presente, menos podemos prescindir del punto de comparación y la referencia con respecto a una época cercana que constituye el único ensayo en grande de política nacional. Y mucho menos, cuando la línea reiterada de la cipayería, obliga al cotejo imprescindible, en la medida en que se sistematiza contra lo nacional.

Es lo antinacional de la política de 1955 —y por ende lo antisocial— lo que peroniza a los no peronistas, porque es el único cauce nacional que se deja, y porque cada hecho revaloriza el puesto anterior. Con mayor razón, quien fue solidario con esa línea nacional de soluciones, no puede a título de objetividad dejar de establecer el cotejo. Lo contrario sería no ser objetivo, de modo que es la objetividad la que motiva esa aparente falta de objetividad.

Lo que estoy diciendo, con el transcurso del tiempo está dejando de ser cuestión política partidaria. Es ya una cuestión histórica resuelta, y nadie por más antiperonista que haya sido o sea puede replantear las soluciones nacionales prescindiendo del ensayo que el país cumplió de 1945 a 1955. De ahí para adelante, se puede hacer la crítica de cómo

se efectuó en la práctica, con mayor o menor acierto, la única política nacional que hemos tenido. Pero el hecho del que no se puede prescindir es éste: la única política nacional, con sus virtudes y sus defectos, porque es la única experiencia y la única tentativa de crear una política para el país, y del país.

LA HORA DE LA VERDAD

Con lo que he dicho al principio sobre "la hora de la verdad", que es la de la espada, no quisiera ser confundido con los "civilacos" antimilitaristas, que lo son mientras les va bien en los comicios y lustran las botas cuando les va mal y constituyen los "Regimientos de Embajadores" y los batallones de "animémonos y vayan".

Pero creo que si la espada trajo estas "nanas" la espada debe resolverlas y no veo otra solución para el encuentro de pueblo y fuerzas armadas. Pero eso lo veremos más adelante. Creo que la espada los comprenderá a la larga y el deber que tiene de ser nacional; lo demás vendrá por añadidura porque donde salga al encuentro de la Nación, encontrará al pueblo. Son dos calles que tienen esa esquina común.

Pero eso sí, para eso hay que echar la vaina al mar. Y aquí viene un cuento de toros.

Cuando uno ve las primeras corridas no se impresiona: acostumbrados a nuestros mansos toros no tenemos idea de lo que son los de lidia, y eso de buscar el trapo y sólo el trapo parece excusar el riesgo del torero. Hasta que se han visto algunas "cogidas" y se empieza a percibir el ritual de las figuras y las actitudes y el ajustado peligro de las mismas.

Bajo aquella impresión le dije a mi mujer en la primera corrida que vimos:

—El juego no es parejo. El toro corre mucho más riesgo.

Y ella me contestó:

—Es que si fuera parejo no serían "corridas de toros". Serían "corridas de toreros".

Y parece que sacar la espada por la Nación es entrar en una "corrida de toreros".

Y esto sí es peligroso. Peligroso pero argentino. Cosa que no estaría de más que se tomase en cuenta.

EPILOGO: EL PAÍS DE LAS VACAS Y EL TRIGO HA QUEDADO ATRAS'

1. DE LA ARGENTINA MÁS FÁCIL A LA ARGENTINA MÁS DIFÍCIL

El discurso pronunciado por el Presidente Onganía en el banquete de camaradería de las tres armas es, en mi opinión, de importancia fundamental. Mejor dicho un párrafo del discurso. Aquel donde dijo: "LA ARGENTINA FÁCIL, EL PAÍS DE LAS VACAS Y DEL TRIGO, HA QUEDADO ATRAS".

No sé si la frase es el producto de profundas reflexiones o si se ha tocado la flauta por casualidad. A lo primero inclina la audacia de una afirmación que es revolucionaria.

Es la primera vez en la historia argentina que un Presidente de la República dice cosa tan definitiva y que contraría los postulados básicos de todos los expertos económicos que han fundado las únicas posibilidades del futuro precisamente en el trigo y en las vacas. A lo segundo, la clase de médico de cabecera que le dirige la economía, y la terapéutica que aplica; también un discurso anterior del mismo Presidente en que fundaba todas las posibilidades del país en que nos apretáramos el cinturón para aumentar los saldos exportables de vacas y cereales. Mientras se aclara esta duda sobre el fundamento con que la frase se pronunció vamos a demostrar que ella no puede ser más acertada.

* Nota publicada el 24 de julio de 1967 en *Azul y Blanco*.

DESARROLLO EN EL SUBDESARROLLO

Constantemente, mientras se gira alrededor del tema del desarrollo, los argentinos se enardecen sosteniendo unos que somos un país subdesarrollado y otros que somos un país desarrollado.

Se trata sencillamente de que las dos partes tienen razón pues la Argentina es un país desarrollado dentro del subdesarrollo.

Vamos a explicar la aparente paradoja:

Dentro del sistema liberal de la división internacional del trabajo la Argentina cuenta en el mundo colonial, destinado a suministrar materias primas a cambio de manufacturas. Por consecuencia está sometida a la inevitable ley de la "relación adversa de los términos del intercambio" que obliga a dar cada vez más materia prima por menos manufactura, y a que la utilidad financiera de los ejercicios no se reinvierta sino que se exporte; a que el progreso técnico en lugar de beneficiarla agrave su situación de inferioridad con respecto a las metrópolis. Es así, y por consecuencia, un país subdesarrollado.

Pero durante el apogeo de la época liberal y su división internacional del trabajo, el Río de la Plata, es decir Argentina y Uruguay, del mismo modo que Austria y Nueva Zelanda, disfrutaron de una situación especialísima, de privilegio, dentro del mundo colonial.

A medida que se producía la expansión industrial en las metrópolis, los gobernantes encontraron más conveniente importar los alimentos que producirlos, tanto por su bajo precio, como porque los brazos sustraídos a la producción agraria, reemplazada con las importaciones, multiplicaban su capacidad productiva al afectarse a la máquina, frente a mercados de consumo en expansión. A su vez, esta política de las metrópolis actuaba como

estímulo de la producción de alimentos en el Río de la Plata y en Australasia, que iban ampliando su hinterland de producción exportable y adecuándola por calidad y rinde a las exigencias del mercado de exportación. Mercado de consumo y de producción crecían paralelamente.

LA RENTA DIFERENCIAL

Cotejada con los costos europeos la producción del Río de la Plata era tan barata que pudo creerse que el sistema sería permanente y de ahí la tesis del progreso ilimitado fundado en las vacas y el trigo. Esta diferencia de costos no es otra cosa que la *renta diferencial* que permitió en nuestro país todas las dilapidaciones de los terratenientes, las increíbles inversiones improductivas que se hicieron en el país y en el exterior, al margen de ganancias extraídas al país por el aparato extranjero del transporte, la comercialización, el flete marítimo y el seguro y aun por los propietarios ausentistas, nativos y extranjeros. Más aún, la renta diferencial permitió un estado próspero y la multiplicación de sus servicios, pues dio margen para los recursos impositivos; también hubo margen para una discreta expansión y vida social que contribuyó con las actividades y servicios del estado a crear este aspecto de nación desarrollada que introduce la confusión cuando se hace el cotejo con la situación social de los países crudamente coloniales.

Ahí está el fundamento de la vanidad que nos hizo mirar por sobre el hombro al resto del continente, como país blanco a la europea, y a nuestros vecinos de la otra banda creer que eran una especie de ateneo fubista instalado en un balcón sobre el mundo, al margen de las contingencias económicas y sociales.

Dejaré de lado el crecimiento de la población argentina que supera las conveniencias del país agrario

rio. Así también dejaré de lado los factores locales que exigen ajustarse a una nueva realidad, para remitirme a los originados en el mercado externo que han acabado, aunque los expertos no lo sepan, con el libre juego de los precios internacionales y por consecuencia con la RENTA DIFERENCIAL como fundamento de nuestra prosperidad de país desarrollado en el subdesarrollo.

LA RENTA DIFERENCIAL DEJA DE PESAR EN EL COMERCIO MUNDIAL

Esto empezó a consecuencia de las guerras mundiales y de la aceleración del progreso técnico, cuando el *precio* dejó de regir los intercambios mundiales. Desde que el precio dejó de regir el factor determinante a favor nuestro, la renta diferencial (suelo virgen y fértil, producción sin inversión capitalista y sin acumulación de trabajo social) desaparece. Ni siquiera es cuestión ahora de inversión capitalista, de técnica, de abono y concentración de trabajo en la producción, por más que todo esto disminuya el margen de la renta diferencial. Pues el final de la época de las vacas y el trigo como proveedores de las metrópolis no está relacionado con el precio, sino con la estructura político-económica que adoptan las metrópolis retirándose de la demanda o restringiéndola para dejarnos un mercado con excesiva oferta.

En 1930 Inglaterra hace el primer ensayo de mercado común y eso es Ottawa. El general Justo logra, por el tratado Roca-Runciman, que se atenúen los efectos de los convenios de Ottawa y se dé una entrada a nuestra ganadería que consigue así prolongar la situación anterior, al precio de convenir con la Gran Bretaña la paralización de nuestro desarrollo industrial y diversificación interna, con las medidas que constituyen el "Estatuto Legal del Coloniaje", sancionado entonces.

DE OTAWA AL MOMENTO ACTUAL

Pero Ottawa no es más que el principio y de Ottawa hemos llegado al Mercado Común Europeo, en el que Gran Bretaña entrará tarde o temprano, librando a su suerte a los dominios. Lo cierto es que la política económica de las metrópolis camina en sentido inverso a nuestro destino agropecuario. Con renta diferencial o sin renta diferencial ya no interesamos a los mercados tradicionales del mundo capitalista. Constatémoslo: el Mercado Común Europeo rechaza nuestra carne de óptima calidad al precio de 470 dólares la tonelada y prefiere consumir su propia e inferior producción a 1.200 dólares.

Como se ve el hecho no está regido por el libre juego de las fuerzas naturales, como llaman los expertos económicos a las preferencias determinadas por el precio y la calidad. Está regido por otras leyes.

LAS METRÓPOLIS VUELVEN AL AGRO DOMÉSTICO

En el siglo XIX y principios del XX la industria metropolitana le arrebató brazos al campo, y los gobiernos facilitaban esa política, pero las cosas han cambiado. El adelanto técnico trajo la producción en serie, la máquina multiplicó al infinito su rendimiento, y la electricidad multiplicó la eficiencia del vapor. Se sumaron luego la automatización y ahora la cibernética.

Por otra parte, razones estratégicas determinaron que cada país quisiese asegurarse su propio suministro de alimentos para la emergencia bélica y por último la creación de mercados comunes establecerá la necesidad de integrar toda la producción de manera compensatoria en el conjunto. Ya no existe la Inglaterra victoriana tan atacada por Chesterton,

que había acabado con las aldeas y las granjas y convertido el agro en un paisaje de tarjeta postal con el campo inglés tan verde y destinado sólo a parques de castillos, cotos para la caza del zorro, campos de golf. Inglaterra se ha llenado de chanchos, de vacas, de reproductores, de rastros y de campesinos. Todo eso está no sólo protegido; está subsidiado.

Los Estados Unidos abandonan decididamente la política liberal con respecto a la importación de alimentos; ya no les basta con los eufemismos como la aftosa y la mosca del Mediterráneo y van derecho a la protección impositiva. (En este momento gritan los exportadores argentinos de productos lácteos). Estados Unidos subsidia hasta los excedentes de producción que arroja después a precio de "dumping" al mercado internacional. En algunos casos subsidia su industria a través del agro cuando el campo norteamericano es utilizado como arma industrial. Esto no tiene remedio dentro de la estructura del comercio mundial en que estamos insertos. Necesitamos otra imagen del mundo para hacer nuestra imagen de la Argentina pero el paso previo es saber eso que ha dicho Onganía: "Una nueva mentalidad para una nueva economía".

Hace treinta años que lo venimos advirtiendo. Ha quedado atrás por razones externas y por razones internas. El país necesita otras metas económicas y una política adecuada a esas nuevas metas. Pero todo el mundo prefirió cerrar los ojos y cultivar los mitos que venían del pasado, y se empeñaron en eso precisamente los expertos económicos que aleccionaron a políticos y militares con la ayuda de siglas que dicen representar lo que no representan y con el aparato de propaganda de la superestructura cultural.

Cultura y economía están estrechamente relacionadas y la mentalidad del progreso indefinido es la que nos enfrenta ahora de golpe con una reali-

dad perfectamente perceptible que las llamadas élites del país no han visto.

Hay un duro camino para recorrer, pero es el único. Como el vigilante que sacaron el otro día de una ciénaga en la quema, cuando ya el barro le entraba por la boca, alguien tiene que sacarnos para que caminemos sobre piso firme. Lo lamentable es que quien ha hecho el diagnóstico parece que no tiene ni noticias de la medicación.

¡También con el médico de cabecera que tiene!
¡Y los que le pueden suceder, todos miembros del coro estable de expertos económicos!

2. EL PAIS AGROPECUARIO FRENTE AL RETORNO DE LOS MERCADOS TRADICIONALES A LA ECONOMIA MERCANTILISTA

Hay un autor muy olvidado —Federico List— que dice que Adam Smith era un conquistador más poderoso que Napoleón, porque con las ideas y a la sombra de la libertad de comercio, que es la división internacional del trabajo, creaba la indefensión de los países en estadios menos evolucionados frente a los que estaban en etapas más avanzadas de desarrollo industrial. Esto lo teorizó List en Alemania, y desde luego no contó con la simpatía del pensamiento británico. Un periodista de Edimburgo en un editorial comentaba: "Al robustecerse el espíritu bárbaro del nacionalismo se prostituyó la gran herencia filosófica de Leibniz y Kant y el economista británico Dawson, glosaba esto mismo diciendo: "Hubiéramos preferido, es claro, que Alemania hubiera continuado concentrando su atención en la producción de la música, poesía y filosofía, dejándonos el cuidado de proveer al mundo de máquinas y telas de algodón". Alemania y EE. UU. aplicaron la protección, en ese momento en que en la Argentina adhería a la división interna-

cional del trabajo sin moderar la libertad de comercio para crear la posibilidad de un desarrollo integral. Alemania pasa a una economía nacional y era una Alemania liberal; *porque List era liberal, pero había descubierto la trampa que era confundir las ideas liberales con un sistema económico liberal internacional. Era también capitalista; pero generaba el capitalismo alemán.*

Las ideas económicas de un liberal nacional como List, la capacidad política de un reaccionario como Bismarck, apoyado con los junkers y en los militares prusianos y la expansión del socialismo en las masas, contribuyeron conjuntamente a crear la Alemania industrial simplemente porque se la defendió de la mentira de la división internacional del trabajo. Es muy difícil deshacerse de la idea de una Alemania poderosa porque hemos visto una gran Alemania de principios de siglo; la hemos visto derrotada del catorce al dieciocho (14 al 18), la hemos visto derrotada otra vez y resurgir. Sin embargo, de ésta decía Voltaire en el siglo XVIII: "Este pobre país sin destino, condenado a la miseria permanente" y allá por el año mil ochocientos treinta y tantos, un ministro de Hacienda de Austria se reía de la pretensión de algunos alemanes que querían hacer un gran país.

Desde el principio de los tiempos Alemania tiene en los alemanes, filósofos y músicos; ríos navegables, y el carbón y el hierro y sólo cuando elabora el pensamiento y una voluntad para hacer valer los factores económicos y sociales que estaban contenidos pre-existentemente, pasa a primer plano. Antes ha sido campo de batalla de franceses, suecos, españoles, austríacos y rusos; un sujeto pasivo de la historia.

En los EE. UU. (donde estuvo List, también y ratificó sus ideas con la experiencia) la burguesía norteamericana, también liberal, limitó su liberalis-

mo para adentro y frenó la libertad de comercio con la protección y la participación estatal.

A este respecto nos enseñan en la Universidad las ideas jurídicas de Jefferson y las de Hamilton, pero no nos enseñan el porqué del conflicto de las dos concepciones económicas: la de Jefferson, que quería un país rural sin muchas complicaciones y la de Hamilton, que representaba el espíritu del capitalismo de Norteamérica que, impidiendo el desarrollo del capitalismo extranjero, promovía el nacional. Hamilton triunfó y Jefferson terminó adhiriéndose a su pensamiento. Ahora es como llegamos a un momento en que tenemos que preguntarnos por qué los iniciadores de nuestro liberalismo que querían construirlo y querían construir el capitalismo, tomaron los modelos políticos y jurídicos de Estados Unidos, que tenían adelante, pero no vieron cómo se producían los hechos económicos.

En esta materia es muy ilustrativo un episodio que ha sido referido varias veces. El general Grant visita Inglaterra después de su presidencia (había sido el vencedor de la Guerra de Secesión); asiste a una conferencia liberal en Manchester y allí le piden su opinión sobre la libertad de comercio y contesta: "Inglaterra durante varios siglos con la protección y el Acta de Navegación ha logrado llegar al primer plano económico. Una vez que lo ha logrado se hace partidaria de la libertad de comercio. Yo no tengo ninguna duda que los EE. UU. dentro de 200 años, cuando haya llegado al mismo nivel de Inglaterra, serán partidarios de la libertad de comercio".

Quiero demostrar que hay dos liberalismos completamente opuestos, y para mostrarlo, no tengo más que referirme a la arenga que Mitre pronuncia frente a los soldados que vienen de la guerra con el Paraguay y donde dice: "Habéis inscripto en vuestras banderas, la libertad de comercio, predi-

cada por los dos apóstoles de Manchester". Es decir, que el liberalismo permitía optar entre dos políticas: una nacional y otra de dependencia y atraso. El error estuvo en no comprender que este país, en su integridad, y no sólo como pampa húmeda en donde se daban transitorias condiciones, debía desarrollarse coordinadamente. Es muy frecuente una discusión donde las dos partes tienen razón, cuando se dice que el progreso que nosotros hemos realizado a través de los años es obra de la política liberal. Es cierto, pero no se excluye que ese proceso sea fraccional y deformante y que ha cerrado durante muchos años la posibilidad de una política integradora. Pero hay un argumento muy importante en los que sostienen una política liberal fundada en la libertad de comercio, es decir, en el intercambio de productos de la pampa húmeda por los productos industriales de la metrópoli. Y es que, a diferencia de todos los otros países subdesarrollados productores de materias primas, nosotros realizamos en cierta medida, un desarrollo por encima de ellos. Es decir, que bajo una economía puramente agraria y de intercambio con países industriales, hemos recibido las ventajas que sólo proporciona el desarrollo industrial. Esto no se puede comprender tampoco, si no se comprende la profunda originalidad de nuestra economía. El Río de la Plata, igual que Australia y Nueva Zelanda, reúnen condiciones óptimas de producción agropecuaria. Un publicista uruguayo, Alberto Methol Ferré, ha desarrollado el tema. Dice que las pampas realizan una cibernética natural, una especie de automatización porque la riqueza de las pampas no está en relación al trabajo ni al capital invertido. Por su bajo costo de producción, ha hecho que haya una enorme renta diferencial, la que hemos dilapidado en lujos de toda naturaleza en lugar de reinvertir en actividades paralelas; permitiendo que la mayor parte de los frutos de esa renta diferencia-

da sea absorbida por una comercialización que no es nuestra, por un transporte que no es nuestro, por un seguro naval que no es nuestro, por una comercialización ajena, etc. Pero aun así ha sido tan grande que ha dado margen para un Estado poderoso que ha hecho escuelas, policías, registro de la propiedad, servicios sociales, dándonos el aspecto de un país desarrollado. En ese momento que duró largos años, la Inglaterra de las alquerías y las aldeas, desaparece porque necesita la mano de obra de los hombres en los centros industriales y porque los costos de los alimentos importados permiten subvencionar al asalariado, con un bajo costo.

Durante todo este proceso, la relación "Río de la Plata-abastecedor - Inglaterra-consumidor" satisface el esquema del mercado tradicional. Pero, a su vez, el desarrollo técnico y además, necesidades estratégicas, que han traído como consecuencia las dos grandes guerras, van creando en la metrópoli la necesidad de una economía doméstica de las carnes especialmente. Y se va produciendo un fenómeno ya ahora definitivo, que excede a Inglaterra y cubre casi todos los mercados del Norte del continente y de Europa. Retornamos a la economía mercantilista. Ya el precio no es la ley que dirige las transacciones y entonces la renta diferencial deja de jugar su papel. (Aparte de que la renta diferencial se ha deteriorado, en parte por una decadencia de la capacidad productora de los campos que necesita cada vez más recurrir al abono y a otros elementos que encarecen el costo). Estados Unidos nunca estuvo en el mercado mundial en la economía libre con respecto a los productos agrarios; siempre fue proteccionista y esto es cosa que no necesitamos decir, lo dice Alsogaray todos los días cuando protesta. Ahora Europa organiza su Mercado Común, también político, pues, de economía mercantil, es decir, compra carne de la producción doméstica de Europa continental a 1.200

dólares la tonelada y rechaza la nuestra a menos de 500 dólares. Inglaterra va disminuyendo sus compras, y no todo lo bruscamente que pudo ocurrir, porque el crecimiento vegetativo de la población y del nivel de vida hace que haya un aumento de demanda que corrige la restricción. Bueno, lo curioso es que esta política que ahora está a la vista empieza en 1933 con los convenios de Ottawa. Los ganaderos argentinos debieron comprender en ese momento que había que diversificar la producción para adecuarse a los nuevos mercados, que había que salir a conquistar o que había que crear un poderoso mercado interno que compensase el mercado tradicional de exportación. Preferimos cerrar los ojos. La existencia de un mercado tradicional y su correlato, que es comprar a quien nos compre, organizó la raza que el mercado tradicional exige y el frigorífico exigió al invierno un tipo de producción de carne. Entonces los campos de invernada y las cabañas están organizadas exclusivamente para ese mercado, no se resignan a transformarse porque eso les significa rehacer, no sólo su técnica, sino cuantiosas inversiones y alterar las ideas, los hechos, los conceptos, en que se funda su estructura. Entonces, prefirieron seguir tirando y eso fue el trabajo de Roca-Runciman. Por el mismo, la Argentina consiguió una cuota del mercado tradicional, para lo cual le hicieron creer que iba a gozar de los beneficios de la condición de dominio. Fue cuando Roca, vicepresidente de la República, dijo en Saint James: "La Argentina forma parte virtual del Imperio Británico". Era vicepresidente de la República y el jefe de las negociaciones con Leguizamón, que también reunía la condición de Embajador argentino y presidente de los ferrocarriles británicos en la Argentina. No comprendieron los ganaderos, por otra parte, que la asignación de una cuota, implicaba la necesidad de restringir la producción porque desde que us-

ted tiene a su disposición una cuota, cualquier cantidad de mercaderías, que ofrezca por encima, está incidiendo con exceso de oferta en el precio que entra en la cuota. Sobre eso he leído un artículo de un presidente de la Rural, de Peralta Ramos, muy claro. Ahora que yo no entiendo, cómo viendo claro, no razonan. Por el contrario, aceptaron las exigencias y tratados que son la serie de leyes que constituyeron el estatuto legal del coloniaje; las dos leyes de coordinación del transporte, el Banco Central organizado por Sir Otto Niemeyer; el Banco de Inglaterra, que le sacó al Estado todas las facultades en materia de crédito y moneda; y las Juntas Reguladoras, la Ley de unificación de los impuestos internos, una cantidad de leyes, que fueron el precio con que se pagaba por la cuota. Digo el precio porque todas estas leyes tendían a parar el desarrollo interno del país, es decir que los ganaderos, aceptaron la cuota que les significaba limitar su producción y, poner en cuota también el mercado interno al paralizar su desarrollo con la expansión, la industrialización y el ascenso del nivel de vida que significaba en este mercado. ¿Por qué lo aceptaron? Aquí viene a jugar un poco la composición de la Sociedad Rural, la cual dice expresar al agro argentino. Bueno, a los agricultores no los expresa y desde luego a los trabajadores del agro tampoco. ¿Expresa sólo a los ganaderos, expresa a los invernadores y cabañeros? Esto era claro hace 30 años cuando Jorge y Horacio Pereda hacían sus campañas y la Confederación de Sociedades Rurales había establecido bien claro que el interés del criador era completamente distinto al del invernador, a quien debían venderle necesariamente. El criador hace las razas que Inglaterra encarga para el mercado tradicional porque le compra los reproductores al cabañero que hace razas para Inglaterra, pero después tienen que venderle al invernador, es decir que tiene que pasar por el comprador

necesaria e imprescindible, que prepara el animal con el peso, el tipo y la calidad que reclama el mercado tradicional. Ese momento era el de empezar a salir del dogal del mercado tradicional. Ahora son 35 años que se han perdido desde que los intereses ganaderos debieron lanzarse a luchar por el desarrollo del mercado interno y por la apertura de otros mercados y por la diversificación de su producción; por el contrario, se encerraron en el mercado tradicional, el que cada vez se iba a achicar más hasta llegar a esto, y más aún, a medida que se hacía la sustitución del mercado tradicional por el mercado interno, terminaron por acostumbrarse al consumidor interno, a consumir iguales productos que consumían en el mercado tradicional. Es decir, que en cierta medida hoy que la ganadería está sostenida casi exclusivamente por el mercado interno, los prisioneros del mercado tradicional han quedado prisioneros de un tipo de carne. Esto achica el *hinterland* ganadero en nuestro país porque sólo se puede lograr en determinadas zonas de la pampa húmeda. En cambio, diversificando nuestra ganadería con un consumo interno y con un consumo externo variado, el *hinterland* ganadero argentino se amplía enormemente. ¿Por qué se amplía? Porque para la carne, que no es "chilled", todo el norte de Santa Fe, Santiago del Estero, gran parte del interior, gran parte del oeste, está en condiciones ganaderas muy superiores a las de Texas y Arizona. Máxime ahora con la presencia de los sorgos que permiten hacer reservas para los inviernos. Esto lo ven las compañías norteamericanas que compran campos allí. Ella se orienta hacia los futuros mercados y por eso van a las razas nuevas hechas sobre el cebú, aptas para los campos de las zonas cálidas. Es decir, vamos a dejar establecida una cosa que es típicamente del país: el mercado tradicional ha generado en la dirección de la ganadería, sectores que están li-

gados al mercado tradicional y que no están en condiciones de afrontar ahora la revolución que tiene que producirse en materia de comercio de carnes. Se aferran al año 33 (Tratado Roca-Runciman), a un pasado que ha muerto. Digamos ahora que las consecuencias del Tratado antedicho no fueron tan graves porque la guerra alteró todos los esquemas y rompió la cadena; provocó el desarrollo industrial que no se pudo impedir y que después fue favorecido por circunstancias políticas. Pero todo este aparato dependiente de eso que se llama mercado tradicional y de todos los intereses agrupados allí convencieron a la totalidad de los ganaderos de que el desarrollo industrial era el abandono del agro, y que la salud de la República exigía la vuelta de los trabajadores del interior a su vieja condición de peones sin instrucción, ni educación de consumo. Después de 1955, yo me he referido a un artículo que escribió Ernesto Hueyo en "La Prensa", en el cual viendo evidentemente que el país no podía contenerse en un esquema económico tan simple, sostenía que el excedente de población argentina debía emigrar, y no hace mucho tiempo conté cómo en un discurso en la comedia de la Prensa Extranjera, F. Fano, que era presidente de la Rural, dijo que la ecuación perfecta de la economía nacional argentina era un habitante cada cuatro vacunos: ¡ya estamos excedidos en el doble de la población! La verdad es que el desarrollo industrial ha creado consumidores, anormales por otra parte, en el caso, porque evidentemente nuestro proletariado consume más carne que la que debería consumir por razones higiénicas. Esto está vinculado a otra cosa, y es a que el hombre y la mujer que trabajan, o que carecen de economía doméstica, eso no de ahora, sino desde hace mucho tiempo en que se rompieron las viejas tradiciones culinarias, al no disponer de comodidades, ni de tiempo para cocinar recurre a lo más

simple: hacer el bife. De modo que ocurre una cosa curiosa: que el más modesto peón come más carne que Rockefeller, porque come lomo con huevos que es lo más sencillo. Si se produce la desocupación industrial, si se realizara el sueño de volver al agro que postulan los naturalistas, en una economía agraria que no los necesita, dejarían de ser consumidores a través del gancho de la carnicería para carnear lo ajeno, porque en el desamparo que el retorno al campo significaría, la res no iría al gancho. Ahora bien. ¿Cuáles son las perspectivas de nuestra ganadería? Por ahora mantenemos con el mercado interno, es decir, con más fábricas. Yo creo que el cambio de las perspectivas agrícolas es favorable porque a medida que aumenta la producción doméstica ultramarina de carnes, que no es sólo de vacunos, sino también de aves, cerdos, leche, los países que vuelven a la economía doméstica de la producción de carnes, tendrán que importar alimentos porque allí no se dan las condiciones fáciles que aquí se dieron para la renta diferencial. Allá los costos de producción son mucho más elevados. Yo nunca he podido entender, por ejemplo, por qué nuestros productos lácteos no pueden competir con los holandeses. Cuando la hacienda holandesa tiene que estar estabulizada por lo menos cuatro meses en costosos establos, con personal de salarios mucho más altos que los nuestros y alimentada a granel mientras está en el establo. Lo más posible es que esa economía doméstica de la metrópoli, la lleve tarde o temprano a ser consumidores de granos, es decir que los recursos que no vendrán por la carne, pueden venir por el aumento de la producción de granos en esos países. Esto a su vez supone también una transferencia de la estructura de producción de nuestra pampa húmeda. Hasta ahora el ganado vacuno ha ido ganando tierra constantemente con respecto a la agricultura. Es sabido que en el régimen de los arren-

damientos, la siembra de cereal se hacía desde el punto de vista del propietario para sacar la renta, pero a los 5 años, recibía el campo hecho y alfalfado. A medida que en la zona apta para la invernada el campo se iba convirtiendo en pradera más o menos perenne, dejaba de ser agrícola. Cada vez que se habla de la distribución de la siembra, se olvida que la ecuación vacuno-cereal, en superficie opera sobre un mismo campo: aumento vacuno, disminución del cereal, salvo en lo que se refiere al aumento de los rendimientos. Quiere decir esto que con un reajuste de la ganadería y un desplazamiento con vista a la conquista de otros mercados, una adaptación de nuestro mercado interno a carnes no tan exigentes como las del comercio tradicional, se va a ampliar el espacio agrícola de la pampa húmeda, lo que no excluye la ganadería de la pampa húmeda, pero como complementaria.

Los hechos llevan ahora a una comprensión común de que el país tiene que desarrollarse dentro de sí y para sí; y esta comprensión llega precisamente al sector que más ha hostilizado la lucha por el desarrollo argentino. Perdido el mercado tradicional, ya no tienen más remedio que adaptarse a la necesidad de otros mercados y cuidarlo muy especialmente al interno, que será exclusivo hasta que otros mercados estén en condiciones de observar nuestra producción de carnes. Pero además los otros mercados posibles no exigen como "el tradicional" el producto que sólo se produce en las zonas óptimas del país; además no disponen del aparato frío que él reclama; es decir, esto obliga que nuestros frigoríficos o la organización de exportación, como quiera que sea, tenga que avanzar en los procesos industriales, es decir, que también la carne empezaría a ser un producto industrializado. Esto ya no se puede discutir. Se me ha quedado entre los papeles uno que quería traer y es un artículo de Juan B. Justo, publicado en el

Libro La Moneda, editado por La Vanguardia, para que veamos la diferencia con que la Argentina de hoy está en condiciones de ver sus problemas.

En el momento en que la clase ganadera tiene que adecuarse a la necesidad de desarrollo integral del país, conviene recordar lo que pensaba el diario socialista en 1933. Dice que la burguesía molinera pretende elaborar todos nuestros trigos para exportar harina y se opone sosteniendo la necesidad de respetar los intereses de los trabajadores europeos que trabajan en los molinos de Europa y también, los intereses de los que obtienen los subproductos.

Entonces uno no puede extrañarse que la gente ligada directamente al mecanismo del mercado tradicional piense eso, si lo piensa el adversario teórico de su posición. Y esto ¿de qué es producto? De que nuestra intelectualidad jamás pensó los problemas del país como originales, siempre se manejó con ideas hechas.

Por ahí yo comento una expresión que Justo inventó: política criolla, la cual sostiene que todas las cosas son sucias en nuestra política. Pero la política turca es turca y la francesa es francesa y también hay cosas sucias. No sabía el maestro que los gangsters de Chicago elogian a los jueces: hoy no tendría más que ir a ver las series de televisión. Pero nunca trató de entender por ejemplo por qué razón, y esto también tiene algo que ver con la ganadería, se hacía el tan atacado asado de la elección.

En un pueblo de campaña donde hay fondas para que coman 10 o 15 tipos, se juntan en el día de las elecciones 2000 personas. ¿Dónde van a comer si no hay asado? Ni al dirigente conservador, ni al dirigente radical, ni al peronista se le ocurre que porque comen su asado lo van a votar, porque entonces los conservadores no habrían perdido

nunca una elección porque son los que tienen mejores asados; y tenía que ser un marxista el que se daba cuenta de que era una exigencia de las condiciones económicas del medio. Bueno, en este desordenado exponer en que mezclo la anécdota con el recuerdo, yo persigo una finalidad que he perseguido siempre en mis exposiciones: suscitar en los oyentes la preocupación por ver las cosas como son, eliminando todo prejuicio.

Es que nosotros nos organizamos para producir para ultramar, lo que hace inaplicable la experiencia cipaya. El mercado de productos rurales en Europa, por ejemplo, ha estado constituido esencialmente por la ciudad en cuya periferia se hace la producción y el mercado y el consumidor. En el "Medio Pelo en la Sociedad Argentina" expliqué a este propósito, una cosa que hace constar Bagú, un investigador, que a él le llama la atención y es que en 1912 nosotros tenemos el mismo número de actividades secundarias y terciarias que la Francia de 1954. Lo importante en nuestra producción no es la producción misma. Lo más importante es el transporte, comercialización, el barco, el flete, el seguro. Eso explica también que nuestra inmigración, la parte más gruesa, no ha tenido asentamiento agrario sino urbano. ¿Por qué? Porque en Europa el aparato urbano está construido paulatinamente desde siglos. Aquí el aparato urbano surge de la necesidad de servir esa política ultramarina de nuestra producción y, mucha inmigración queda en la ciudad para construirla, construir puertos, etc. toda esta ciudad que es hija del puerto, porque la producción agraria se dirige a ellos.

Así, toda una estructura tradicional está en crisis. Si Uruguay es el primer caso de "una colonia que pierde a su Imperio", nosotros afrontamos también el final de una estructura económica organizada

colonialmente para un mercado mundial distinto del actual. Frente al retorno de los mercados tradicionales a la economía mercantilista, el viejo país agropecuario no da más y sólo podemos encontrar un camino hacia adelante aplicando sistemáticamente una política económica nacional.¹



¹ Esta última nota corresponde a una conferencia pronunciada en mayo de 1968.

Entreverado sin descanso en las luchas políticas de nuestra época. Arturo Jauretche no gozó del reposo necesario para clasificar y archivar sus notas periodísticas.

Por eso no logró darnos en vida su anunciado libro Política y Economía y cuando se nos fue, sus notas sobre asuntos económicos quedaron dispersas en esas publicaciones de azarosa vida donde su pluma gustaba incursionar.

A su muerte, quedó el compromiso para sus amigos y compañeros de rescatar toda su producción e incorporarla al libro para que las generaciones venideras puedan reseñar en ellas la mejor tradición del pensamiento nacional.

Jauretche
Bairrich
Proponemos haciendo



Peña Lillo editor